

¿Cuántas vidas y cuántas muertes son posibles en la existencia de una misma persona? *Los ingrátidos* es una novela sobre existencias fantasmales; una evocación, a la vez melancólica y llena de humor, sobre la imposibilidad del encuentro amoroso y el carácter irrevocable de la pérdida. Se lee con la emoción trepidante que genera una escritura ágil, aguda, a ratos francamente iluminada, pero que no renuncia nunca al cuidadoso cuestionamiento y disección de los valores del mundo contemporáneo.

Dos voces componen esta novela. La narradora, una mujer del México contemporáneo, relata sus años de juventud como editora en Nueva York, en los que el fantasma del poeta Gilberto Owen la perseguía por el metro. El narrador, un Owen al borde de la muerte, recuerda su juventud durante el Renacimiento de Harlem a finales de los años veinte, donde participaba —a veces a regañadientes, otras con alegre socarronería— de la vida literaria neoyorquina, al lado de escritores como Louis Zukofsky o Federico García Lorca. Ambos narradores se buscan en el espacio insondable de los trenes subterráneos, donde viajaban en sus respectivos pasados.

«La novela de Luiselli se distingue de la mayor parte de la narrativa latinoamericana. Elude las gastadas narrativas sobre la guerra contra las drogas y la violencia, y su supernaturalismo melancólico se encuentra muy alejado del realismo mágico de Gabriel García Márquez. Al ocuparse, sobre todo, de la capacidad de la literatura para trascender el tiempo y el espacio, *Los ingrátidos* marca la aparición de una emocionante voz narrativa femenina que se une a una nueva ola de escritores latinoamericanos».

MINA HOLLAND, *The Guardian*

«Por modesta que sea, toda manifestación artística ha de tener algo de alucinación, de fuego en los ojos, de delirio. La primera novela de Valeria Luiselli, rebosante de humor y de horror, de sutiles coincidencias e inaudibles gritos, está llena de esa libertad, de ese fuego y de una inmensa promesa. Tremenda escritora. Y crecedera».

ROSA MONTERO, *El País*



narrativa sextopiso

ISBN 978-84-96867-89-5



Valeria LUISELLI | Los ingrátidos

Los ingrátidos

VALERIA LUISELLI

narrativa sextopiso

↑ Exit Bedford Avenue & North 7 Street



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Este libro fue escrito con el apoyo del Fondo Nacional
para la Cultura y las Artes

Copyright © Valeria Luiselli, 2011

Primera edición: 2011
Segunda edición: 2012
Tercera edición: 2013

Fotografía de portada
MÓNICA LLEÓ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-96867-89-5
Depósito legal: S 817-2011

Impreso en España

Para Álvaro

*¡Ten cuidado! Si juegas al fantasma,
en uno te conviertes.*

(Anónimo, la Cábala)

El mediano me despierta:

¿Sabes de dónde vienen los mosquitos, mamá?

¿De dónde?

De la regadera. De día están en la regadera y de noche nos pican.

*

Todo empezó en otra ciudad y en otra vida, anterior a ésta de ahora pero posterior a aquélla. Por eso no puedo escribir esta historia como yo quisiera —como si todavía estuviera ahí y fuera sólo esa otra persona—. Me cuesta hablar de calles y de caras como si aún las recorriera todos los días. No encuentro los tiempos verbales precisos. Era joven, tenía las piernas fuertes y flacas.

(Hubiera querido empezar como termina *A Moveable Feast* de Hemingway).

*

En esa ciudad vivía sola en un departamento casi vacío. Dormía poco. Comía mal y sin variar mucho. Llevaba una vida sencilla, una rutina. Trabajaba como dictaminadora y traductora en una editorial pequeña que se dedicaba a rescatar «perlas extranjeras» que nadie compraba —porque al fin y al cabo estaban destinadas a una cultura insular donde la traducción se abomina por impura—. Pero me gustaba mi trabajo y creo que durante un tiempo lo hice bien. Además, en la editorial se podía fumar.

De lunes a miércoles iba a la oficina; los jueves y viernes estaban reservados para hacer investigación en las bibliotecas. Todos los lunes llegaba temprano y de buen ánimo, con un vaso de cartón lleno de café. Saludaba a Minni, la secretaria, y luego al *chief editor*, que era el único *editor* pero era el *chief*. Se llamaba White. Me sentaba en mi escritorio, me hacía un cigarro de tabaco rubio y trabajaba hasta entrada la noche.

*

En esta casa vivimos dos adultos, una bebé y un niño mediano. Decimos que es el niño mediano porque aunque es el mayor de los dos, él insiste en que aún es mediano. Y tiene razón. Es el mayor pero es chico, así que es mediano.

Hace unos días mi marido pisó un esqueleto de dinosaurio mientras bajaba las escaleras y hubo un cataclismo. Llantos, gritos, temblores: el dinosaurio era irrestaurable. Ahora ya el T-Rex es irrescutable, decía el niño mediano entre sollozos. A veces tenemos la impresión de ser como dos Gullivers paranoicos, caminando eternamente de puntillas para no despertar a nadie, para no pisotear nada importante y frágil.

*

En invierno pegaban tormentas de viento. Pero usaba minifaldas porque era joven. Escribía cartas a mis conocidos, les contaba sobre mis caminatas, sobre mis piernas enfundadas en unas medias grises, sobre mi cuerpo envuelto en un abrigo rojo, con hondos bolsillos. Escribía cartas sobre el viento frío que acariciaba esas piernas y comparaba el aire helado con los picos de una barbilla mal rasurada, como si el aire y unas piernas grises que caminan por las calles fueran material literario. Cuando alguien ha vivido solo durante mucho tiempo, el único modo de constatar que sigue existiendo es articular las actividades y las cosas en una sintaxis compartible:

esta cara, estos huesos que caminan, esta boca, esta mano que escribe.

Ahora escribo de noche, cuando los dos niños están dormidos y ya es lícito fumar, beber y dejar que entren las corrientes de aire. Antes escribía todo el tiempo, a cualquier hora, porque mi cuerpo me pertenecía. Mis piernas eran largas, fuertes y flacas. Era propio ofrecerlas; a quien fuera, a la escritura.

*

Una novela silenciosa, para no despertar a los niños.

*

En aquel departamento había sólo cinco muebles: cama, mesa-comedor, librero, escritorio y silla. El escritorio, la silla y el librero, en realidad, se integraron después. Cuando llegué a vivir ahí, encontré sólo una cama y un comedor plegable de aluminio. Había también una tina empotrada. Pero no sé si eso cuenta como mueble. Poco a poco, el espacio se fue habitando, aunque casi siempre con objetos pasajeros. Los libros de las bibliotecas pasaban los fines de semana apilados en una torre junto a la cama y desaparecían el lunes siguiente, cuando los llevaba a la editorial para dictaminarlos.

*

En esta casa tan grande no tengo un lugar para escribir. Sobre mi mesa de trabajo hay pañales, cochecitos, transformers, biberones, sonajas, objetos que aún no termino de descifrar. Cosas minúsculas ocupan todo el espacio. Atravieso la sala y me siento en el sofá con mi computadora en el regazo. El niño mediano entra a la sala:

¿Qué estás haciendo, mamá?

Escribiendo.

¿Escribiendo nomás un libro?
Nomás escribiendo.

*

Las novelas son de largo aliento. Eso quieren los novelistas. Nadie sabe exactamente lo que significa pero todos dicen: largo aliento. Yo tengo una bebé y un niño mediano. No me dejan respirar. Todo lo que escribo es —tiene que ser— de corto aliento. Poco aire.

*

A veces compraba vino, aunque la botella no duraba ni una sentada. Rendían un poco más el pan, la lechuga, los quesos, el whisky y el café, en ese orden. Y algo más que esas cinco cosas juntas, el aceite y la salsa de soya. Pero las plumas y encendedores, por ejemplo, iban y venían como adolescentes empeñados en demostrar su exceso de voluntad y absoluta autonomía. Sabía que no era bueno depositar ninguna clase de confianza en los objetos de una casa; que en cuanto nos acostumbremos a la presencia silenciosa de una cosa, ésta se rompe o desaparece. Mis vínculos con las personas que me rodeaban estaban marcados de igual manera por esos dos modos de la impermanencia: quebrarse o desaparecer.

Lo único que perdura de aquel período son los ecos de algunas conversaciones, un puñado de ideas recurrentes, poemas que me gustaban y releía una y otra vez hasta aprenderlos de memoria. Todo lo demás es elaboración posterior. Mis recuerdos de esa vida no podrían tener mayor contenido. Son andamiajes, estructuras, casas vacías.

*

Yo también voy a escribir un libro, me dice el niño mediano mientras preparamos la cena y esperamos a que vuelva su papá

de la oficina. Su papá no tiene oficina, pero tiene muchas citas de trabajo y a veces dice: Ya me voy a la oficina. El mediano dice que su papá trabaja en el trabajo. La bebé no dice nada, pero un día va a decir Pa-pá.

Mi marido escribe películas, pero también comerciales de televisión y a veces poemas. Él cree que ya perdió la vitalidad que se necesita para escribir buenos poemas, así que los anota en una libreta café que siempre esconde en un cajón con llave.

¿Cómo se va a llamar tu libro?, le pregunto al mediano.
Se va a decir: *Papá siempre regresa enojado del trabajo*.

*

En nuestra casa se va la luz. Hay que cambiar los fusibles muy a menudo. Ésa es una palabra de adquisición reciente en nuestro vocabulario cotidiano. Se va la luz y el mediano dice: Ya se fusilaron los fusibles.

No creo que hubiera fusibles en aquel departamento, en aquella otra ciudad. Nunca vi el medidor, nunca se fue la luz, nunca cambié un foco. Todos eran de neón: duraban para siempre. Un estudiante chino vivía en la ventana de enfrente. Estudiaba hasta muy tarde bajo su foco muerto; yo también leía hasta muy tarde. A las tres de la mañana, con precisión oriental, él apagaba la luz de su sala. Encendía la lámpara del baño y, cuatro minutos después, la apagaba otra vez. La de su cuarto nunca la prendía. Efectuaba sus rituales íntimos a oscuras. Me gustaba imaginar al chino: si se desnudaba para entrar a las sábanas, si se tocaba, si lo hacía debajo de las cobijas o de pie junto a la cama; cómo era el ojo del pene de ese chino; si pensaba en algo o me observaba a mí, imaginándolo a él desde mi cocina. Cuando terminaba la ceremonia nocturna, yo apagaba la luz y salía de mi departamento.

*

Nos gusta pensar que en esta casa hay un fantasma que nos acompaña y observa. No lo vemos, pero creemos que apareció a las pocas semanas de nuestra mudanza. Yo estaba gordísima, ocho meses de embarazo. Casi no me movía. Me arrastraba como un león marino por el suelo de duela. Me dediqué a desempacar cajas de libros, a alfabetizarlos en torres. Mi marido y el niño mediano los colocaban en los libreros recién pintados. El fantasma tiraba las torres. El mediano lo bautizó Consincara. El fantasma abre puertas y las cierra. Prende la estufa. Es una casa con una estufa enorme y muchas puertas. Mi marido le dice al niño mediano que el fantasma rebota una pelotita contra una pared, y el mediano se muere de miedo y enseguida se acurruca en los brazos de su padre, hasta que le jura a nuestro hijo que lo decía sólo de broma. A veces, Consincara mece a la bebé mientras yo escribo. Ni a ella ni a mí nos da miedo eso, y sabemos que no es una broma. Ella es la única que sí lo ve, sonríe hacia el vacío con todo el carisma del que es capaz. Está a punto de salirle un diente.

*

En este barrio pasa el tamalero a las ocho de la noche. Salimos corriendo a comprar media docena de tamales dulces. Yo no salgo, pero le chiflo desde la puerta de la casa, metiéndome dos dedos a la boca, y mi marido corre a la calle para alcanzarlo. Cuando vuelve, mientras desempaca los tamales dice: Me casé con una persona que chifla. También pasan vecinos frente a nuestra ventana, nos saludan. Aunque somos los recién llegados, son amables con nosotros. Todos se conocen. Los domingos comen juntos en el patio común. Nos invitan, pero no nos sumamos al convite; los saludamos desde la ventana de la sala y les deseamos un buen domingo. Es un conjunto de casas viejas, todas un poco caídas o a punto de caerse.

*

No me gustaba dormir sola en mi departamento. Estaba en un séptimo piso. Prefería prestar mi casa a amistades lejanas y buscaba otros cuartos, sillones prestados, camas compartidas, para pasar la noche. Le repartí copias de mis llaves a mucha gente. Otras personas me dieron copia de las suyas. No generosidad: reciprocidad.

*

Los viernes, aunque no todos los viernes, llegaba Moby. Fue el primero que tuvo llaves. Nos cruzábamos casi siempre en la puerta. Yo salía hacia la biblioteca y él llegaba a bañarse, porque en su casa, que estaba en un pueblo a una hora y media de la ciudad, no había agua caliente. Al principio no se quedaba a dormir y no sé dónde dormía, pero se daba baños en mi tina empotrada y a cambio me traía una planta o me preparaba algún guisado que guardaba en el refrigerador. Me dejaba notas que yo encontraba por la noche, cuando regresaba a cenar: «Usé tu champú, gracias, M.».

Moby tenía un trabajo de fin de semana en la ciudad. Vendía falsos libros viejos que él mismo fabricaba en una imprenta casera. Los intelectuales bien se los compraban a precios poco razonables. También reimprimía ejemplares únicos de clásicos estadounidenses en formatos igualmente únicos. (Es notable la obsesión de los gringos por las cosas únicas). Tenía un ejemplar ilustrado de *Leaves of Grass*, un manuscrito a lápiz de *Walden* y una versión grabada en cinta de los ensayos de Ralph Waldo Emerson leídos por su abuela polaca. Pero la mayoría de sus autores eran «poetas de Ohio de los años veinte y treinta». Ése era su nicho. Había desarrollado una teoría sobre la ultraspecialización que le estaba funcionando. Por supuesto, no la había desarrollado él sino el señor Adam Smith, pero él creía que la teoría era suya. Yo le decía: Ésa es la teoría de los alfileres de Adam Smith. Y Moby respondía: Estoy hablando de *American Poets*. El libro que por ese entonces trataba de vender se llamaba *Can We Hold Hands Out Here?* Tenía

diez ejemplares y me regaló uno. Era un poeta muy malo, de Cleveland, Ohio, como Moby.

Algunas veces, antes de regresar a su pueblo, venía a mi departamento para bañarse una vez más. Cenábamos los restos de lo que él había cocinado el viernes. Hablábamos de los libros que había vendido; hablábamos de libros en general. A veces, los domingos, hacíamos el amor.

*

Mi marido lee algunos de estos párrafos y me pregunta quién es Moby. Nadie, le digo, Moby es un personaje.

*

Pero Moby existe. O tal vez ya no. Pero entonces existía. Y también existía Dakota, que iba a mi departamento por la misma razón que Moby: no tenía regadera. Ella fue la segunda persona que tuvo llaves. Llegaba a bañarse y algunas veces se quedaba a dormir. También me dio copia de sus llaves. Vivía con su novio en el sótano de una casona en Brooklyn y llevaban meses diseñando un baño que nunca construyeron. Me gustaba pasar la noche en ese sótano sin regadera, ponerme los camisones de Dakota, probar su lado de la cama.

Dakota trabajaba de noche, cantaba en bares y a veces en el metro. Su rostro era como los de las películas mudas, los párpados dos lunetas enormes, la boca muy chica, cejas arrogantes. Ella y su novio tenían una banda. Él tocaba la armónica. Era de Wyoming —uno de esos gringos que, a pesar de tener los ojos casi transparentes, son guapos—. Tenía una cicatriz que le atravesaba la cara. El día que le dije a él que me iba para siempre de la ciudad porque me había afantasmado, me acarició la frente. No supe leer entonces si ésa fue una respuesta. Quise tocarle la cara, pero no me atreví a subrayar la cicatriz.

*

El niño mediano regresa de la escuela, me muestra la rodilla:

Mira mi cortada.

¿Qué te pasó?

Estaba corriendo en el patio de la escuela y se me cayó una casa encima.

¿Una cosa?

No, una casa.

*

En esta casa hay un refrigerador nuevo, un mueble nuevo al lado de la cama, plantas nuevas en macetas de barro. Mi marido se despierta a medianoche de una pesadilla. Me empieza a contar mientras yo sueño otra cosa, pero lo escucho desde el principio, como si nunca me hubiera dormido, como si toda la noche hubiera estado esperando el pie de esa conversación. Dice que vivimos en una casa que crece. Aparecen nuevos cuartos, nuevos objetos, el techo sube de nivel. Los niños están, pero siempre en otro cuarto. El mediano corre peligro y no encontramos a la bebé. Hay un mueble que se desdobra y produce música a un lado de nuestra cama. Adentro del mueble descubre un árbol, un árbol muerto pero bien arraigado a la base de un cajón. Ese árbol es el que produce el embrujo de la casa que crece; él lo intenta arrancar; las ramas se extienden y le arañan los testículos. Mi marido llora. Lo abrazo y después voy al cuarto de los niños. Le doy un beso al mediano y reviso la cuna, para ver si respira aún la bebé. Respira. Pero yo no tengo aire.

*

Me gustaban los cementerios, los parques y las azoteas de los edificios, pero sobre todo los cementerios. De algún modo, vivía en un estado perpetuo de comunión con los muertos. Pero

no de una manera sórdida. En cambio, los vivos que me rodeaban eran sórdidos. Moby era sórdido, Dakota también, a veces. Los muertos y yo, no. Había leído a Quevedo e interiorizado como una plegaria, de un modo quizá demasiado literal, eso de vivir en conversación con los difuntos. Visitaba seguido un pequeño panteón a unas cuerdas de mi departamento, porque ahí podía leer y pensar sin que nadie ni nada me perturbara.

*

1e2
Vuelvo a la novela cada que los niños me lo permiten. Sé que debo generar una estructura llena de huecos para que siempre sea posible llegar a la página, habitarla. Nunca meter más de la cuenta, nunca estofar, nunca amueblar ni adornar. Abrir puertas, ventanas. Levantar muros y tirarlos.

*

Cuando se quedaba en mi departamento, Dakota hacía ejercicios de voz con la cubeta que yo usaba para trapear la duela. Metía la cabeza entera y producía notas agudísimas, como de un violín mal afinado, como de un pájaro moribundo, como de puerta vieja. A veces, cuando yo regresaba de pasar algunos días fuera, me encontraba a Dakota tumbada en el piso de la sala —descansando las lumbares, explicaba—, y la cubeta azul a un lado:

¿Por qué siempre sacas mi cubeta del baño?

Para que no me escuchen tus vecinos.

¿Quiénes?

Para poder oírme.

*

Mi marido escribe rápido; hace mucho ruido al teclear. Escribe para el cine y sus personajes tienen voz y cuerpo. Los míos no existen. Él repite sus parlamentos cuando termina cada página. Dramatiza. Yo procuro emular a mis fantasmas;

escribir como ellos hablaban, no hacer ruido, contar nuestra fantasmagoría.

*

Pajarote hablaba poco. Era estudiante de filosofía. Vivía en New Brunswick, un pueblo espantoso de Nueva Jersey. Venía a dormir los miércoles porque los jueves asistía a un curso en la universidad. Llegaba en un viejo Buick que estacionaba en la 119. Me gustaba dormir en mi casa cuando él venía. Me abrazaba con un brazo largo y lampiño. Pero nunca hicimos el amor. Era un pacto silencioso que protegía nuestra amistad. Todos los jueves se despertaba temprano y compraba pan y coca-cola en el supermercado de la esquina. Compartíamos el desayuno sin decir una palabra.

Un día rompí nuestro pacto de silencio matutino y me animé a preguntar de qué se trataba su curso.

Es sobre vaguedad, me dijo, masticando un pedazo de pan.

¿Así nada más? ¿Vaguedad?

Vaguedad y límites temporales difusos.

Me pareció un chiste, me burlé un poco, pero me dijo: Es la punta de la filosofía analítica. Las clases de ese mes abordarían la paradoja de la composición material, donde el ejemplo era un gato, ahora con cola, ahora sin cola. Pajarote hablaba con la boca llena y, mientras elaboraba argumentos sobre los gatos y la vaguedad, se le iban acumulando minúsculos archipielagos de baba y migajas en las comisuras de los labios.

¿Es el mismo gato?, me preguntó después de una larga explicación a la que yo había dejado de prestar atención.

Asentí, y luego dije que más bien no, o que en realidad no sabía; que quizás era un gato con pocacola. Pajarote no se rio. Nunca se reía. O tal vez se reía, pero nunca de mis chistes. Él era más inteligente que yo, más serio que yo. Era muy alto y tenía los brazos largos y lampiños.

*

Aquel departamento se fue llenando de plantas; presencias silenciosas que de tanto en tanto me recordaban que el mundo requería de cuidado e incluso de ternura. Casi nunca había flores. Hojas sí: algunas verdes y muchas amarillas. Veía un puñado de hojas secas en el piso y me sentía culpable; las levantaba, regaba todas las macetas, pero luego se me olvidaban otro par de semanas. No existe nada menos recomendable que atribuir a los seres inanimados un valor metonímico. Si uno cree que el estado de una planta en una maceta refleja el estado de su alma, o peor, el de una persona querida, estará condenado a la desilusión o a la paranoia perpetua.

*

Eso decía White. Él no tenía llaves de mi casa. Pero fue en dos ocasiones. En ambas me contó la misma historia después de un par de tragos. Había un árbol afuera de su casa en el que siempre veía a su mujer muerta. No la veía, pero sabía que ahí estaba. Como el miedo en una pesadilla. Todas las noches, cuando regresaba a su casa, se despedía de ella, del árbol, de ella en el árbol. No decía nada. Sólo pensaba en ella al pasar junto al árbol y lo rozaba con las yemas de los dedos. Era una manera de despedirse, otra vez, cada vez.

Una noche se le olvidó. Entró a su departamento, se lavó los dientes y se metió a la cama. Entonces se dio cuenta de que se le había olvidado su mujer. Lo atribuló la culpa y salió a la calle. No se puso zapatos. Abrazó el árbol y lloró hasta que se le mojaron los calcetines, los pies y las rodillas en la calle nevada. Cuando regresó a casa, no se quitó los calcetines para dormir.

*

¿De qué es tu libro, mamá?, me pregunta el mediano.
Es una novela de fantasmas.

¿Da miedo?

No, pero da un poco de tristeza.

¿Por qué? ¿Porque están muertos?

No, no están muertos.

Entonces no son tan fantasmas.

No, no son fantasmas.

*

Existen diferentes versiones de la historia. La que a mí me gustaba era la que me contó White un día que nos quedamos trabajando tarde en la editorial y tuvimos que esperar más de una hora a que pasara el metro. Parados en el andén, atentos al estremecimiento que se produce en el interior de las cosas con la cercanía inminente de un tren en movimiento, me dijo que en esa misma estación el poeta Ezra Pound había visto un día a su amigo Henri Gaudier-Brzeska, muerto unos meses atrás en una trinchera en Neuville-Saint-Vaast. Pound estaba apoyado contra una columna del andén, esperando, cuando por fin se aproximó el tren. Al abrirse las puertas del vagón vio aparecer entre la gente el rostro de su amigo. En unos segundos, el vagón se llenó de otros rostros, y el de Brzeska quedó sepultado por la multitud. Pound permaneció inmóvil algunos instantes, sobrecogido, hasta que cedieron primero las rodillas y después todo el cuerpo. Apoyando todo su peso sobre la columna, deslizó la espalda hasta sentir la caricia concreta del piso en el filo de las nalgas. Sacó una libreta y empezó a tomar notas. Esa misma noche, en un *diner* al sur de la ciudad, terminó un poema de más de trescientos versos. Al día siguiente lo releyó y le pareció demasiado largo. Volvió todos los días a la misma estación, a la misma columna, para podar, cortar, mutilar el poema. Debía ser igual de breve que la aparición de su amigo muerto, igual de estremecedor. Desaparecer todo para hacer aparecer un solo rostro. Después de un mes de trabajo, sobrevivieron dos versos:

*The apparition of these faces in the crowd;
Petals on a wet, black bough.*

*

Dakota y yo nos conocimos en el baño de un bar que se llamaba Café Moto. Ella se estaba maquillando la cara con una esponja cuando me acerqué al tocador para lavarme las manos. Nunca me lavo las manos en los baños públicos, pero la mujer que se estaba repasando el futuro rostro de Dakota con una esponja me pareció inquietante y quise verla de cerca. Así que me lavé las manos.

*

Las oficinas de la editorial estaban en el número 555 de la avenida Edgecombe, pero yo pasaba la mitad de la semana en las bibliotecas de alrededor de la ciudad, buscando libros de escritores latinoamericanos que valiera la pena traducir o reeditar. White estaba seguro de que, tras el éxito de Bolaño en el mercado gringo hacía más de un lustro, habría un siguiente boom latinoamericano. Pasajera —asalariada— en el tren de su entusiasmo, yo le llevaba una mochila llena de libros todos los lunes, y dedicaba mis horas de oficina a escribir un informe detallado de cada uno de ellos. Inés Arredondo, Josefina Vicens, Carlos Díaz Dufoo Jr., nada le convencía.

¿No fuiste amiga de Bolaño?, preguntó White a gritos desde su escritorio (yo trabajaba en un pequeño escritorio a su lado así que lo de los gritos era innecesario, pero lo hacía sentir un editor de verdad). Le dio una larga calada a su cigarro y siguió insistiendo: ¿No tienes cartas tuyas o alguna entrevista o algo que podamos publicar?, siguió gritando. No, White, nunca lo conocí. Pues lástima. ¿Ya oíste, Minni?, tenemos el honor de trabajar con la única latinoamericana que no fue amiga de Bolaño. ¿Quién es ése, *chief*?, preguntó Minni, que nunca se enteraba de nada. Es el escritor chileno muerto con más amigos vivos.

*

Paseaba poco, en la ciudad donde todo el mundo pasea. Iba de mi departamento a la editorial, de la editorial a alguna biblioteca. Y, por supuesto, al cementerio a unas cuadras de mi casa. Un día, en su eterno afán por producir en mí un cambio, mi hermana Laura me envió un correo electrónico desde Filadelfia. Decía sólo: 115 West 95th Street. Laura vivía en Filadelfia con su esposa Enea. Todavía viven ahí. Son personas activas, contentas consigo mismas. Enea es argentina, da clases en Princeton. Laura y Enea pertenecen a toda clase de grupos y organizaciones; son académicas; son de izquierda; son vegetarianas. Este año van a subir el Kilimanjaro.

Salí de mi departamento enfundada en mis medias grises y mi abrigo rojo de bolsillos enormes. Me enrollé una mascada en el cuello y caminé sin detenerme hasta llegar a la dirección que me había dado Laura.

Las coordenadas existían, pero pertenecían a una casa imaginaria. En vez de puertas, ventanas y escalones, había un muro de ladrillos sobre el cual alguien había pintado el marco de una ventana, la silueta de un búcaro con flores, un gato dormitando sobre el pretil, una mujer mirando hacia la calle. Era un chiste sofisticado de Laura, comprendí tarde. Un *trompe l'œil* que funcionaba como tropo de mi estilo de vida en esa ciudad. No sé qué diría Laura ahora que mis únicas caminatas son entre la cocina y la sala, entre el baño de arriba y el cuarto del mediano y la bebé. Pero todo eso no lo sabe Laura, ni se lo contaré.

De regreso a mi departamento me detuve en una vendimia afuera de una iglesia. Compré una antología de poesía norteamericana de 1900-1950 por un dólar y un librerito de cuatro estanterías, por diez. Me gustaba caminar por la calle cargando un mueble. Es algo que ya no hago. Pero cuando lo hacía, me sentía una persona con propósitos. Cuando regresé a mi departamento, acomodé el librero en el centro de la única pared sin ventanas de la sala y coloqué mi nuevo libro sobre la primera tabla. De vez en cuando abría el tomo y escogía alguno

de los poemas, lo copiaba en un papel. Cuando salía de casa para ir a la editorial, me llevaba el papelito para memorizar los versos. William Carlos Williams, Louis Zukofsky, Emily Dickinson y Charles Olson. Tenía una teoría que no sé si era mía pero me funcionaba. Los espacios públicos, como las calles y las estaciones del metro, se iban volviendo habitables a medida que les asignara algún valor y se les imprimiera alguna experiencia. Si yo recitaba un pedazo del *Paterson* cada vez que caminaba por cierta avenida, con el tiempo esa avenida sonaría a William Carlos Williams. La boca del metro de la estación de la calle 116 era de Emily Dickinson:

*Presentiment —is that long Shadow— on the Lawn
Indicative that Suns go down—
The Notice to the startled Grass
That Darkness —is about to pass—.*

*

La leche, el pañal, los vómitos y regurgitaciones, la tos, los mocos y la baba abundante. Los ciclos de ahora son cortos y urgentes. Es imposible tratar de escribir. La bebé me mira desde su silla de bebé —a veces con resentimiento, a veces con admiración. Tal vez con amor, si acaso a esa edad somos capaces de amar. Produce sonidos que difícilmente se incorporarán al español, cuando lo aprenda a hablar. Vocales cerradas, opiniones guturales. Habla algo parecido a lo que hablan los personajes de los dramas de Lars von Trier.

*

Conocí a Moby en el metro. Y aunque ésa sea la verdad, no es verosímil, porque la gente normal, como Moby y yo, no se conoce nunca en el metro. Podría escribir, en vez: Conocí a Moby en la banca de un parque. La banca de un parque es cualquier parque, cualquier banca. Y eso tal vez sea bueno. Tal vez sea justo

que las palabras no contengan nada, o casi nada. Que su contenido sea, cuando menos, variable. Lo previsible es que la banca se imagine verde y de madera. Entonces debo escribir, por artificio: Moby estaba leyendo un periódico en una de las bancas de cemento blancas, un poco despostilladas, del parque Morning-side. Eran las diez de la mañana y el parque estaba casi vacío, como la palabra «parque» y la palabra «banca». Un jardinero encorvado y sumiso repasaba el seto con una tijera. Quizá debería explicar por qué yo cruzaba el parque de este a oeste a las diez de la mañana. Mentiría: iba camino a una misa. O al cementerio, o al supermercado, que tal vez sean casi lo mismo. O mejor, había pasado la noche durmiendo en una de esas bancas.

De qué va a servir todo eso si la verdad es más simple: Conocí a Moby en el metro. Yo estaba leyendo un libro que ya no recuerdo —tal vez *A las orillas del Hudson* de Martín Luis Guzmán— y él hojeaba junto a mí un libro fascinante con fotografías de las películas de Jonas Mekas. Le pregunté de dónde había sacado ese libro y me dijo que él mismo lo había hecho. Me extendió la tarjeta de una imprenta, su imprenta, en un pueblo a las afueras de la ciudad.

*

Era muy fácil desaparecer. Muy fácil ponerse un abrigo rojo, apagar todas las luces, irse a otro lugar, no regresar a dormir a ningún lado. Nadie me esperaba en ninguna cama. Ahora sí.

Sé que cuando entre hoy al cuarto de los niños, la bebé percibirá mi olor y se estremecerá en su cuna, porque algún lugar secreto de su cuerpo le enseña desde ahora a reclamar su parte de aquello que nos pertenece a las dos, aquello que nos arrebatamos todos los días, los hilos que nos sostienen y nos separan. Le daré de comer.

Luego, cuando entre a mi cuarto, mi marido también reclamará su porción de mí y yo me entregaré al goce indefinido, abrupto, sereno de su tacto.

*

Moby tenía una casona del siglo diecinueve en un pueblo desalmado, pero agradable a su manera puritana, no lejos de la ciudad. La casa no tenía luz eléctrica ni agua corriente. Moby vivía ahí, vivía solo. Cocinaba sopas de lata en una estufa de keroseno y dormía sobre un catre arrumbado en el suelo, junto a la prensa. Su libro de cabecera era la biografía de Santayana. Se levantaba todos los días a las cinco, se preparaba un té verde y trabajaba en la imprenta hasta pasado el mediodía. Llevaba ese estilo de vida por decisión propia, no porque no hubiera otras opciones. Hay dos tipos de personas: las que nada más viven y las que diseñan su vida. Moby era del segundo tipo. Para entrar a su casa, era necesario quitarse los zapatos y ponerse unas pantuflas japonesas. Había algo de impostado en esa vida, en la excesiva estetización de esa realidad, diseñada como para ser contemplada por espectadores a través de una lente. En definitiva, yo desencajaba en la vida sobrediseñada de Moby. Por eso acepté el té verde, por eso dejé que Moby me quitara la ropa y me pusiera una bata japonesa, y luego me la quitara otra vez, para recorrerme el cuerpo con sus manos huesudas, su nariz delgada, sus labios finos, casi invisibles. Por eso dormí desnuda sobre el catre junto a la prensa, y salí corriendo a la mañana siguiente. Solía llevar conmigo dos juegos de llaves de mi casa —metía uno en la mochila y otro en el bolsillo de mi abrigo rojo por si se me perdía una u otro—, y antes de salir le dejé a Moby uno de los juegos, encima de una nota donde apunté mi dirección.

*

La bebé duerme. El niño mediano, mi marido y yo nos sentamos en las escaleras, frente a la puerta de la casa. El niño mediano pregunta:

Papá, ¿qué es una avispa?

Es una abeja peligrosa.

¿Y una ballena asesina?

Una orca.

¡Una ahorca! ¿Y en inglés cómo se dice, papá?

Se dice: Moby Dick.

*

Una noche adquirí un escritorio para mi departamento vacío. No lo compré. Tampoco lo robé. Supongo que debo decir que me lo encontraron. Yo estaba en un bar para fumadores. Había pasado la noche fabricándome cigarros, hojeando una antología aburridísima de poetas mexicanos amigos de Octavio Paz traducidos al inglés —hay tal vez por ahí un ergo, pero no sé bien dónde colocarlo—, mientras esperaba a que Dakota saliera de su último gig en un bar cercano. En un momento de distracción de la lectura sentí que alguien me miraba desde afuera. A través de la ventana vi a Dakota en la banqueta, sentada sobre algo, arreglándose las medias. Me saludó desde lejos con la mano y me hizo una señal para que saliera. Pagué. Dakota estaba sentada sobre un escritorio antiguo, sus zapatitos rojos de tacón a un lado de ella.

Te encontré un escritorio, me dijo, para que escribas tus cosas.

¿Y cómo me lo llevo?

Lo cargamos hasta tu casa. Mira, yo ya me quité los tacones.

Primero lo arrastramos, luego probamos cargarlo sujetándolo por las esquinas, cada una de un lado. Parecía imposible: el departamento estaba a más de treinta cuerdas. Finalmente, nos metimos debajo de él y lo cargamos con la coronilla y las palmas de las manos. Dakota se fue cantando el resto del camino. Yo le hacía los coros. Nos salieron ampollas.

*

Puedo escribir de día sólo cuando la bebé duerme siestas a mi lado. Aprendió a sujetar las cosas que se le acercan y se aferra a mi mano derecha para dormir. Escribo un rato con la mano izquierda. Las mayúsculas son muy difíciles. Hago el intento dos o tres veces de recuperar mi mano, deslizarla suavemente por entre los barrotes diminutos de sus dedos, y traerla hacia el teclado para escribir una línea más. Se despierta y llora, me mira con resentimiento. Le devuelvo mi mano y otra vez me quiere.

*

Para poder usar el escritorio nuevo, me llevé una de las sillas de la editorial a mi departamento. Nadie la usaba, era improbable que alguien se diera cuenta, llevaba meses arrumbada en el baño y no cumplía otra función que sostener un rollo de papel higiénico. Era de madera clara; esbelta y frágil. La pinté de azul por si White volvía un día a mi casa y la reconocía. La puse frente al escritorio nuevo y escribí una carta para mi hermana Laura. Empezaba:

Vivo a espaldas de un parque donde los niños son niños y juegan beisbol.

*

El niño mediano juega a las escondidillas en esta casa llena de rincones. Es una versión distinta del juego. Él se esconde y mi marido y yo lo tenemos que encontrar. Tenemos que llevar con nosotros a la bebé y cuando por fin lo encontramos debajo de la cama o metido en un clóset, él grita «¡Encontrado!» y la bebé se tiene que poner a reír. Si la bebé no se ríe, hay que volver a empezar.

*

Un viernes por la tarde, mientras hojeaba libros en la biblioteca de la Universidad de Columbia para llevar a la editorial el lunes, di con una carta del poeta Gilberto Owen a Xavier Villaurrutia: «Vivo en Morningside Av. 63. En la ventana derecha hay una maceta que parece una lámpara. Tiene redondas llamas verdes...». La carta pertenecía al tomo *Obras*, y en ella Owen hacía un inventario de los objetos de una recámara que rentaba en Harlem: escritorio, cuadros, planta, revistas, un piano. Las coordenadas que le daba a Villaurrutia me llamaron la atención: Morningside Av. 63. El edificio debía de estar a sólo unas cuadradas de la biblioteca, y muy cerca de mi departamento. Ni siquiera terminé de leer la carta, dejé los demás libros que había escogido en una pila, pasé a registrar el préstamo, y salí a la calle.

Ese barrio, después de las tres de la tarde, olía a sal: lágrimas y sudor de los niños negros y latinos que salen de las escuelas: costras en las rodillas, baba y mocos en las mangas de los suéteres. Una niña, mulata, ancha como una glorieta, se concentraba en terminar un dibujo apoyada en el tronco de un árbol del parque Morningside. En una mano sujetaba una pierna de pollo que de tanto en tanto mordisqueaba, o más bien sorbía, y en la otra prensaba con los dedos índice y cordial la crayola verde con la que completaba su dibujo. Por detrás apareció un niño, le dio un golpe en las corvas con la mochila —las dos rodillitas rechonchas cedieron— y le arrebató la crayola a la niña. Ella pegó un grito y se abalanzó sobre él, *you madafaka*: le dio con la pierna de pollo en la frente y en la cara hasta tumbarlo al suelo.

Caminé hasta el edificio de Owen. Lo había visto muchas veces en mi camino al metro, sin saber que había vivido ahí. Era un edificio de ladrillos rojos, similar a todos los de la cuadra, con amplias ventanas que daban al parque. Al detenerme frente a la fachada estaba entrando un viejo, de manera que me pude colar por la puerta detrás de él. Subí el primer nivel y el segundo; seguí subiendo. El viejo se detuvo en el tercero, se volteó para sonreírme, *afternoon ma'am*, *afternoon sir*, y

entró a un departamento. Seguí subiendo hacia el cuarto y quinto piso, hasta que se me terminaron el aliento y las escaleras. Salí por una puerta hacia la azotea y la cerré detrás de mí. Prendí un cigarro en un rincón soleado y me puse a esperar a que pasara algo.

Como el mundo no registraba ningún cambio, me puse a leer el libro recién sacado de la biblioteca, a la espera de alguna señal propiciatoria. No pasó nada; seguí leyendo y fumando, hasta que anocheció. Al cabo de unas horas me había terminado todas las cartas del tomo, el poemario entero de *Perseo vencido*, y todo mi tabaco, así que decidí volver a casa. Me levanté para ir hacia la puerta de la azotea, buscando algún lugar para deshacerme del puñado de colillas. En un rincón de la azotea había una planta en una maceta y me acerqué para enterrarlas ahí. Me senté sobre una torre de periódicos que alguien había atado, como para posteriormente reciclarlos, y cavé un hueco. Entonces me di cuenta de que la maceta, como la que describía Owen a Villaurrutia, parecía una lámpara. La planta dentro de la maceta —tal vez un pequeño árbol— estaba seca. Era imposible que se tratara de la misma maceta que refería Owen en su carta, pero de alguna manera era una señal, la señal que había estado esperando. Me sobrecogió ese mismo entusiasmo que muestran los bebés cuando confirman su existencia en un espejo.

No era mi costumbre llevarme las cosas que no me pertenecían. Sólo a veces, sólo algunas cosas. A veces, bastantes cosas. Pero cuando vi ese arbolito muerto en la azotea de Owen, me pareció que tenía que llevármelo a casa, cuidarlo, por lo menos durante el resto del invierno. Después, acaso cuando llegara otra vez la primavera, podría devolverlo a su azotea. Estaba anocheciendo. Enfilé hacia la puerta cargando la maceta, lista para volver a casa. Pero la puerta no tenía chapa por fuera y no hallé modo de abrirla.

Alguna vez leí en un libro de Saul Bellow que la diferencia entre estar vivo y estar muerto radica sólo en el punto de vista: los vivos miran desde el centro hacia fuera, y los muertos

desde la periferia hacia algún tipo de centro. Tal vez me congelé, tal vez morí esa noche de hipotermia. En todo caso, ésa fue la primera noche que tuve que pasar con el fantasma de Gilberto Owen. En la vida real no hay giros de tuerca, pero fue a partir de entonces que comencé, poco a poco, a existir como habitada por otra posible vida que no era la mía, pero que bastaba imaginar para abandonarme a ella por completo. Empecé a mirar de fuera hacia dentro, de alguna parte a ninguna. Incluso ahora, que mi marido duerme, y la bebé y el niño mediano duermen, y yo podría estar dormida también, pero no lo estoy, porque a veces me parece que mi cama no es mi cama, ni estas manos mis manos. Me abotoné el abrigo hasta el cuello. Dispuse los periódicos asoleados sobre el concreto, formando un petate noticioso que me protegería un poco. Antes de sumergir las manos en mis bolsillos hondos, guardé el libro en la mochila y formé una almohada. Coloqué la maceta a mis pies y me tendí boca arriba en el suelo.

Al amanecer, fui a sentarme sobre el borde de la azotea, deseando que alguien saliera pronto del edificio. Tenía las manos azules, los labios partidos. Alrededor de las nueve de la mañana —el sol ya me empezaba a calentar la espalda—, salió una niña en bicicleta. Le grité desde arriba. La niña giró la cara y me saludó. Era la misma gordita de la crayola verde que había visto el día anterior. Le imploré, le prometí dulces, crayolas y piernas de pollo en recompensa por su ayuda. Dejó su bicicleta recargada contra las escaleras de la fachada y entró de nuevo al edificio. Subió lento, prolongando mi agonía. Me imaginé que iría por su madre, su padre, sus abuelos, todos los residentes del edificio subirían a lincharme y yo tendría que explicar que, ¿qué les diría?, que me había perdido, que estaba barriendo el techo, que era mexicana, traductora, *sorry sir*, *sorry ma'am*, o que tal vez no había nada raro en que yo estuviera ahí trepada en su azotea un sábado por la mañana. La puerta de la azotea, una lámina metálica finísima, empezó a temblar levemente, sacudida por las manitas débiles de la posible niña. Se abrió de golpe. La niña había subido sola.

¿Tú eres el fantasma que vive aquí arriba?
No, nomás subí a regar mi planta temprano por la mañana y me quedé encerrada.

Mi mamá no nos deja subir, dice que acá arriba hay fantasmas.

Tiene razón.

¿Tú eres una fantasma?

No, los fantasmas no existen en Estados Unidos.

¿Qué vas a hacer con ese árbol seco?

Lo voy a llevar al doctor.

Salí detrás de ella cargando la maceta. Bajamos las escaleras despacio. Afuera, una pandilla de gorditos ya la estaba esperando. Por un momento dejé la maceta en el suelo y nos despedimos con un saludo de manos que surqué sin gracia.

¿Cómo te llamas?, le pregunté.

Dolores Preciado, pero me dicen Do.

Volví a levantar la maceta. Los demás niños me vieron alejarme, cargando el árbol muerto. Se rieron, se burlaron sin pudor: la crueldad natural de los niños se potencia en los niños gordos. Cruzé el parque y Do me gritó desde lejos:

¡Los doctores de árboles tampoco existen!

Cuando llegué a mi departamento, deposité la maceta junto al escritorio. Antes de bañarme, antes de hacerme un café, antes de hacer pipí, me senté a redactar un dictamen febril sobre *Sindbad el varado* de Gilberto Owen. El estudiante chino se estaba comiendo una sopa en su mesa de trabajo.

*

Algunas noches, mi marido y yo escribimos juntos en la sala, espoleados por el whisky, el tabaco y la promesa del sexo de madrugada. Él dice que en realidad escribimos sólo para poder fumar y beber en paz. Llegaremos a la cama después de haber escrito algunos párrafos, excitados como dos desconocidos que se encuentran por primera vez y no se cuentan nada

ni exigen explicaciones. La *tabula rasa* de las páginas, el anonimato que conceden las muchas voces de la escritura.

*

En ese departamento no había nada. No había, ni siquiera, fantasmas. Había un montón de plantas semivivas y un árbol muerto.



En esta casa se va el agua. El niño mediano dice que el fantasma es quien se acaba la reserva de la cisterna. Dice que es un fantasma que se murió de sed y que por eso se toma toda el agua de la casa.

*

Pajarote me invitó a cenar para festejar su cumpleaños. Fuimos a un lugar francés. Sabía que, en Estados Unidos, francés quiere decir elegante, así que fui bien vestida y me porté lo mejor que pude. Pedí poca comida, una sopa de cebolla y unas almejas; él se comió un pato. Le hablé febrilmente de la planta que me había llevado de la azotea del antiguo edificio de Owen, de la niña Do que me había salvado, de las posibles vidas de Owen en el Harlem de los años veinte, del nuevo escritorio y su silla, de Moby y las batas japonesas y lo triste que me había puesto hacer el amor en un catre junto a una prensa, con un hombre narigón. Pajarote me miraba en silencio.

Tienes un pedazo de cebolla quemada en el diente, me dijo, cuando por fin hice una pausa.

Terminamos de comer y nos trajeron un digestivo en unos vasos chiquititos. Cuando nos acabamos las bebidas, me metí los vasos a la bolsa. Eran vasos muy bonitos. Pajarote me miró, perplejo. Es mi cumpleaños, me dijo, por favor hoy no robes. Yo te compro esos vasos. Y llamó al mesero y me los compró.

*

La bebé se carcajea por primera vez. Hace un sonido como de ballena y enseguida se le rompe la voz en cuatro livianas, abruptas, sonoras ráfagas de risa.

*

A White no le convenció mi primer dictamen sobre Owen. Me dejó una nota pegada en la pantalla de mi computadora: «Tráeme otra cosa que sí se pueda traducir al inglés y devuélveme la silla de madera que te robaste del baño, y luego discutimos las posibilidades de tu Owen. Yours, W.».

A diferencia de la mayoría de los editores gringos, White no era monolingüe. Y a diferencia de la mayoría de los gringos que hablan español y han pasado una temporada larga o corta en Latinoamérica y creen que eso les da una especie de fogueo internacional tercermundista que los capacita intelectual y moralmente para —no sé muy bien para qué—, White sí entendía los mecanismos jodidos de la historia literaria latinoamericana. Lo natural hubiera sido que, ante su negativa, yo le hiciera caso y dejara ir a Owen.

*

El mediano a su papá:

¿Los pulpos tienen pirrín?

Estoy trabajando.

¿Y los camarones? ¿Y las esponjas de mar?

El papá del niño mediano se queda pensando un momento, y luego:

Los camarones son pirrines.

*

Cuando me embaracé de la bebé, el doctor me dijo que este embarazo era «de alto riesgo». Dejé de fumar, de beber, de caminar. Tenía miedo de que la bebé no se terminara de formar, o que se formara mal: la espina dorsal incompleta, chueca; el sistema nervioso desengranado; retraso mental, lento aprendizaje, ceguera, muerte súbita. No soy religiosa, pero un día en la calle me asaltó un ataque de pánico —mi hermana Laura me explicó después que lo que había tenido era un ataque de pánico— y tuve que detenerme en una iglesia. Entré a rezar. Es decir, entré a pedir algo. Recé por la bebé sin forma, por el amor de su padre y su hermano, por mi miedo. Cierta silencio me devolvió la certeza de que en mi vientre tenía un corazón, un corazón con aorta, lleno de sangre; una esponja, un órgano que latía.

*

Una novela compacta, porosa. Como el corazón de un bebé.



En el ejemplar de las *Obras* de Owen que saqué de la biblioteca había una sección de fotografías, colocadas de manera más o menos aleatoria, entre las páginas de *Novela como nube*. Una de las fotos me llamó la atención. Dos terceras partes del perfil de Owen ocupaban casi todo el espacio. La frente amplia y un mechón de fleco rizado. Una nariz fina, casi un pico. La ceja ensombrecía un párpado casi inexistente, el ojo dormido, suave. Apenas un asomo del labio superior. Todo lo demás, negro. Un hombre casi sin rostro. Arranqué cuidadosamente la foto y la coloqué sobre una de las ramas del arbolito muerto, junto a mi escritorio —de todos modos, no pensaba devolver el ejemplar a la biblioteca.

*

Mi marido y yo vemos una película con los niños. La película se llama: *Lluvia de hamburguesas*. Es una historia ridícula. La bebé, que es la más prudente de los cuatro, se queda dormida al cabo de algunos minutos; el mediano resiste sólo un poco más que eso. Los pasamos a su cama y a su cuna, respectivamente, y los vemos dormir. De alguna manera, nos queremos en ellos, a través de ellos. Tal vez más a través de ellos que de nosotros mismos —como si tras su llegada el espacio vacío que nos juntaba y separaba, se hubiera llenado de algo, de algo ajeno a nosotros, que ahora resultaba indispensable para justificarnos—. Les besamos la frente, cerramos la puerta de su cuarto. Nos tiramos en nuestra cama y terminamos de ver la película sin poder conciliar el sueño.

*

A veces dormía en un sillón en el décimo piso de mi edificio porque en mi casa había poco aire y demasiado ruido. Siempre estaba Moby bañándose; estaba Pajarote desayunando pan tostado; Dakota con la cubeta; el eco de White repitiendo la misma historia tristísima; estaba la amenaza de las plantas vivas; un árbol muerto, y una foto del fantasma de Gilberto Owen que no me dejaba dormir.

*

Una tarde, llevé a White a un bar cerca de mi casa, para tratar de convencerlo sobre Owen. Durante todo el día habíamos estado trabajando con el «Cántico Espiritual» de San Juan de la Cruz. Llevábamos el texto con nosotros porque la editorial iba a hacer una edición bilingüe y comentada del poema. Habíamos pasado la tarde memorizándonos los versos, los valles solitarios nemorosos, y se nos hizo de noche pidiendo whiskeys, los ríos sonorosos.

¿Qué prefieres? —preguntó White —, ¿«sonorous rivers» o «roaring torrents»?

Ninguna de las dos.

Y qué tal lo de los valles: ¿«wooded valleys» o «bosky valleys»?

No sé, pero lo de «amorous gales» es horrible.

Tienes razón: «amorous breezes».

Cada tanto, dejábamos nuestras bebidas sobre la barra y salíamos a la calle a fumar. En una de esas pausas, traté de mentirle a White:

¿Sabes que Gilberto Owen venía a este mismo bar?

No, no creo, este lugar abrió en los años treinta o cuarenta y según tu informe Owen estuvo en Nueva York antes que eso.

Está bien, no venía aquí, ¿pero sabes que era amigo de García Lorca?

San Juan, mejor San Juan. ¿Cómo se traduce esa hermosa cacofonía: «Un no sé qué que quedan balbuciendo»?

Supongo que alguien adulteró mi bebida mientras salimos a fumar. Cuando volvimos me terminé el trago de un jalón y poco a poco dejé de entender lo que me decía White.

Lo miraba, impávida, mientras contaba una larga anécdota sobre William Carlos Williams y Zukofsky. Se desarmaba en sonoras carcajadas. Yo me reía con él, sin saber de qué nos estábamos riendo. Cuando por fin guardó silencio, vi crecer en torno a su cabeza un pequeño halo azul. Ya te moriste, ¿verdad White?

Voy al baño y ya nos vamos, me dijo.

El mesero detrás de la barra me pareció altísimo, estirado. Tenía los dientes largos, una sonrisa endemoniada. La gente se reía. White se tardaba muchísimo en el baño. Cerré los ojos un momento. Cuando los abrí, vi a mi lado a William Carlos Williams, con unos anteojos enormes, revisando la vagina de una mujer miniatura acostada en una servilleta sobre la barra; dirigiendo una orquesta imaginaria estaba el poeta Zukofsky parado en una mesa; colgado dentro de una jaula en la esquina del bar, Ezra Pound; y García Lorca aventándole cacahuates que él recibía con júbilo.

Vámonos, escuché decir a White detrás de mí.

Me obstiné en pagar, pero me habían robado la cartera. Pagó él y nos encaminamos a la puerta. Antes de salir, vi a Owen, tristísimo, comiendo *debris* de cacahuates bajo la jaula de Ezra Pound.

Caminamos muchas cuadras para llegar a un hospital, los valles solitarios nemorosos. Mientras andábamos, yo me veía los muslos envueltos en las medias grises, como para no perder el sentido de realidad. Caminábamos rápido sobre las banquetas escarchadas, las ínsulas extrañas. White me hablaba del árbol afuera de su casa. Lo quería cortar. Mis piernas tenían el tono que tienen las banquetas en el invierno, parecían una extensión de la banqueta. Le contaba a White del árbol en la maceta que me había robado de la azotea de Owen. Me veía las piernas para no ver nada más. Era una mujer gris, una mujer-banqueta. San Juan, mejor San Juan: las medias, las banquetas: mi amado, las montañas.

¿Tu crees que me meterían a la cárcel si alguien me ve cortando el árbol?, me preguntaba White.

Yo creo que sí, White.

Las calles y las piernas: las ínsulas extrañas. En la lógica del enfermo, del idiota, del loco, los ríos sonoros, todo está a punto de caer en su lugar. Las medias, las banquetas, pasos y polvo, calles y piernas: el silbo de los aires amorosos.

¿Me ayudarías a cortarlo?

¿Qué?

El árbol.

Pero nunca nada cae en su lugar. En el hospital pensaron que me había drogado voluntariamente. Para tranquilizarme, me dieron valium, los valles solitarios. Tal vez me morí otra vez, como me había muerto ese día en la azotea de Owen. Dormí: la noche sosegada. No sé si horas o minutos: la música callada, la soledad sonora. Cuando desperté le pedí su celular a White y llamé a mi hermana para contarle lo que había sucedido. Me explicó: tuviste un ataque de pánico. Le dije: No, me drogaron y me robaron todo. Y un no sé qué que quedan balbuciendo.

White me acompañó al pie de la cama hasta que me estabilicé.

Hacia el mediodía, salimos del hospital y White me llevó a la puerta de mi edificio. Todavía un poco atolondrada por el valium y muy agradecida, le prometí ayudarlo a talar el árbol. Él me prometió leer las notas que había hecho sobre Owen con más detenimiento. Sólo investigame un poco más para que podamos escribir una semblanza, me dijo, mientras me daba un abrazo. También me dijo que me podía quedar con la silla esa que de todos modos nadie usaba. Entré al edificio, saludé al portero, subí a mi casa y me lavé los dientes. O tal vez no me lavé los dientes.

*

Todos tenemos gripa. El primero que cayó fue el mediano. Después la bebé. Ahora mi marido y yo, con más intensidad. El mediano dice que cada uno tiene un viru. Y que en total, tenemos cuatro virus.

*

En ese país la gente demandaba. Llamaba a la policía. Dakota me fue a ver al día siguiente del incidente del bar. Me preguntó:

¿Ya le avisaste a la policía?

No, ¿para qué?

Ella hizo la llamada, dramatizando, fingiendo un acento extranjero. Anoche me drogaron unos hombres y me robaron, les dijo. Usaron mi tarjeta de crédito y se acabaron todo mi dinero. Dakota era buena dramatizando. Unas horas después, aparecieron dos policías uniformados en mi departamento. Se tomaron un café en el comedor, tomaron notas en una libreta. Se va a llamar el detective en unos días, me dijeron antes de irse. El más joven de los dos me extendió un papelito con su nombre completo, su número de teléfono y un corazón con una carita feliz adentro. Coloqué el papel entre las ramas del árbol,

junto a mi escritorio. Dakota y yo nos emborrachamos y vimos una película de Jim Jarmusch.

*

A mi marido le gustan las películas de Kubrick y las de zombis, todas las de zombis. Hemos estado en cama los cuatro, enfermos de virus, viendo alternadamente películas de Kubrick y de zombis. No entiendo cómo le pueden gustar las dos cosas a la vez. Lo confronto: Es como si te gustaran los hombres y las mujeres a la vez. El mediano aporta: Es como si te gustan los Corn Pops con leche.

*

El detective llamó a mi casa unos días más tarde. Era domingo. *Detective Matías speaking*, me dijo. Fui a verlo a su oficina al día siguiente, un despacho público, enfrente de la escuela primaria St. Mary's. En la recepción, unas sillas de madera y un corcho con la agenda de la semana: fotos de gente desaparecida, números de emergencia, listas de delitos posibles, un anuncio escrito a máquina sobre un cura católico que había sido golpeado en la cabeza con un bate de beisbol por los miembros de una pandilla. Una y otra vez: lesiones craneales y faciales.

La sala de espera olía a pipí. Una secretaria me hizo pasar a un cuarto donde, presumiblemente, se efectuaban los interrogatorios. Entró un chaparrito con cara andina y acento del Bronx. Era la caricatura de un detective: sombrero, tirantes y palillo de dientes. El detective Matías me ofreció un café.

*

No me gustan las películas de zombis, ¿por qué escribiste que me gustaban las películas de zombis?

Porque sí.

Por favor borra lo de los zombis.

*

Una noche que teníamos que terminar de leer unos originales, White me invitó a su casa a cenar pizzas. Trabajamos hasta tarde y, alrededor de las cuatro de la mañana, White se quedó dormido con la cabeza apoyada sobre la mesa. Yo dormí en su sillón hasta el amanecer, hojeando los libros que tenía apilados en torres por toda la casa. Lo escuchaba roncar, plácido, sobre la superficie de la mesa. White, me di cuenta esculcando su biblioteca personal, tenía una afinidad por Louis Zukofsky. Se me ocurrió que por ahí podría convencerlo de la relevancia de Gilberto Owen. Así es como funciona el éxito literario, por lo menos a una escala. Todo es un rumor, un rumor que se reproduce hasta convertirse en una afinidad.

*

Volví varias veces a la biblioteca de la Universidad de Columbia, para buscar algún libro, periódico, archivo, lo que fuera que iluminara un poco el período que Owen pasó en Nueva York. Por recomendación de White, empecé a llevar un registro sobre todo lo que tuviera alguna relación con él. Tomaba notas en *post-its* amarillos y cuando llegaba a mi departamento los colocaba entre las ramas del árbol seco, para no olvidar, para poder regresar a ellas algún día y poner orden. La idea era que cuando el árbol estuviera atiborrado de notas, se empezarían a caer por su propio peso. Yo las recogería en el orden que se fueran cayendo y en ese mismo orden escribiría la vida de Owen. La primera fue:

Nota: El metro de NY se construyó en 1904.

Aún conservo esas notas. Cuando nos mudamos a esta casa, las saqué de un sobre donde las había guardado cuando me fui de aquella ciudad, y las pugué en la pared frente a mi escritorio. El niño mediano está aprendiendo a leer y pasa horas frente a

la pared tratando de encontrar algún sentido en esas hojas. No me hace ninguna pregunta. Mi marido, en cambio, quiere saberlo todo.

*

Dakota cantaba en tres bares distintos y, cuando necesitaba dinero rápido, cantaba en el metro. Una noche fui a verla a una estación de la línea uno. Me llevé mi silla de madera y la coloqué de espaldas a la pared del andén, mirando hacia las vías. Dakota y su novio se habían instalado en el centro del pasillo. Su novio tocaba la guitarra junto a ella y la miraba como miran los ventrílocuos a su muñeco, como miramos los padres a nuestros hijos. Pasaban los trenes a un costado de ambos. Era claro que él la despreciaba y la respetaba al mismo tiempo. Se detenían los trenes frente a mí. La adoraba y le tenía miedo. Él tocó razonablemente bien esa noche, y ella cantó como nunca antes la había oído. Pero ninguna de los cientos de personas que salían de los trenes se detuvo a escucharlos. Dakota era una mezcla de Vincent Gallo y Kimya Dawson, en el cuerpo de una futura anciana judía. Se movía con la gracia de una zanahoria, pero el timbre de su voz atravesaba el andén y mi cabeza con la violencia blanda de los dolores hondos. Se detuvo un tren. Detrás de Dakota me pareció ver el rostro de Owen entre las muchas caras del metro. Fue sólo un segundo. Pero estuve segura de que él me había visto también.

*

Nota (Owen le escribe a Celestino Gorostiza): «A New York se la empieza a ver desde el *subway*. Acaba allí la perspectiva plana, horizontal. Empieza un paisaje de bulto ahí, con la doble profundidad, o eso que llaman cuarta dimensión, del tiempo».

*

A Dakota le gustaba mi árbol muerto. Y a mí me gustaba que le gustara.

Me hace compañía y hablamos de muchas cosas, me dijo una vez.

¿Y qué te dice?

No me dice nada, está muerto.

Lo regó mientras me fui a un viaje de trabajo. Había llegado la primavera y por todos lados empezaban a brotar flores. Los primeros siempre son los narcisos, me explicaba Dakota, que hacen algún tipo de justicia poética a su nombre de adelantados. Pero el árbol no retoñó. Cuando regresé del viaje, Dakota me había preparado pescado con verduras. Nos bebimos una botella de vino y me dijo que quería dejar a su novio, que si podía vivir un rato conmigo, en lo que encontraba algo para ella sola.

¿Por qué lo vas a dejar?, pregunté.

El sexo, dijo.

Dakota tenía un rostro hermoso. Le gustaba decir que tenía la cara deshecha —había leído a Marguerite Duras en su adolescencia, y le había convencido la idea de que la belleza fuera un poco afrancesada—. Y tal vez era cierto, Dakota se parecía a Anaïs Nin y se cortaba el pelo como Jean Seberg en *A bout de souffle*.

*

A Moby no le importaba el árbol con la futura historia de Owen. Colgaba sus guantes encima de él cuando llegaba al departamento, como si fuera un perchero.

*

En mis pesquisas de biblioteca nunca di con nada importante ni revelador, pero le mentí a White. Le dije que había encontrado, en la pequeña y desordenada biblioteca de la Casa Hispánica de la Universidad de Columbia, un original anónimo,

torpemente mecanografiado y apenas legible, donde había una serie de traducciones comentadas de poemas de Owen. Era muy probable que las traducciones fueran de Zukofsky: estaban firmadas LZ&GO. Era la mentira menos verosímil de todas las posibles mentiras en torno a Owen, pero White decidió darme por mi lado. Le prometí llevarle avances de una transcripción literal que yo misma haría.

*

Dakota se mudó a vivir conmigo. Llegó con una maletita verde inglés en una mano y una cubeta nueva en la otra. Cuando yo no pasaba la noche en otro sitio, dormíamos ambas en mi cama, aunque Dakota llegaba casi siempre muy tarde de trabajar. Se metía desnuda a la cama y me abrazaba la espalda, también desnuda. Tenía los senos suaves y abultados; los pezones pequeños. Ella decía que tenía pezones filosóficos.

*

Mi marido ha vuelto a leer algunas de estas páginas. ¿Te acostabas con mujeres?, me pregunta.

*

A la hora de las acusaciones el cuchillazo definitivo es la higiene moral propia. Eso me decía Enrico, un viejo oceanógrafo nacido en Roma que vivía en el décimo piso de mi edificio. Enrico y yo nos conocimos en el elevador. Tenía una maraña de pelo blanco en la cabeza, una nariz de gancho, las fosas enormes, con cuajiringos de moco eternamente aferrados a los bordes. Ambos nos dirigíamos al sótano, donde estaban las lavadoras y los basureros. Yo llevaba una bolsa de ropa sucia; él su basura. No llevaba basura, llevaba chatarra adentro de una maleta gris. *Estuff*, me dijo, cuando le pregunté qué tenía ahí dentro. Junto a los basureros, sacó sus cosas, las separó en

montoncitos, las depositó poco a poco en los distintos contenedores. Yo lo miraba desde una de las máquinas, tardándome más que de costumbre en efectuar mi modesto ritual de higiene. Lo espiaba. Lo último que sacó fue un tocadiscos viejo. Le pregunté si servía. Sí, sí servía. Me dejó llevármelo a mi casa. Luego te regalo unos discos, me dijo. Nunca cumplió. Pero un día me invitó a cenar al décimo piso.

*

¿Pero te has acostado con alguna mujer?, insiste mi marido. Nunca, respondo. No sabría cómo.

*

Nota: Owen se pesaba todos los días antes de subirse al metro. Había una báscula en la estación de la calle 116, que le devolvía la certeza de que se estaba desintegrando. 126 libras, 125 libras. Nunca supo cuántos kilogramos perdía por semana.

*

Antes de mudarnos a esta casa vivíamos en un departamento muy pequeño, en una planta baja, casi sin luz. Ahí vivíamos mi marido, el niño mediano y yo. Sólo entraba la luz del día al baño, donde también estaban la lavadora, la tina, y un mueble lleno de medicinas, frascos de cremas que nunca usábamos y a veces tazas de café y calcetines sucios que habían perdido su par. El día que hicimos la prueba de embarazo mi marido se sentó sobre la lavadora mientras yo orinaba. El baño era nuestro rincón adulto y esos eran nuestros lugares, el escusado y la lavadora: ahí tomábamos decisiones, ahí nos peleábamos para que el niño no escuchara. Anegué la primera prueba y se estropeó. Él tuvo que salir a comprar otra. En lo que volvía, metí a lavar toda la ropa que encontré tirada por la casa. Incluí los

trapos de cocina, nuestras sábanas y un oso de peluche. El niño mediano, que entonces era el niño nada más, estaba jugando videojuegos en la sala. Le di un beso en el pelo y me encerré otra vez en el baño. Cuando mi marido volvió, se sentó sobre la lavadora encendida y yo hice pipí, tres gotas de pipí. Esta vez no estropeé nada. Cerré la tapa del escusado, coloqué ahí la prueba. Me senté sobre el borde de la tina y esperé, recostando la cabeza sobre una de las piernas de mi marido, que se mecían leves en el ronroneo húmedo, uterino, pesado, circular de la lavadora.

Vas a tener una hermanita o un hermanito, le anunciamos al niño, que seguía jugando videojuegos.

Lástima, dijo, yo quería tener un conejito.

*

Cenaba espagueti con Enrico. Su departamento en el décimo piso del edificio estaba lleno de libros, tazas, archivos, cosas inútiles. Daban ganas de que alguien impusiera un orden narrativo en esa casa. Había un librero repleto de discos de 33 revoluciones, y ya no había dónde escucharlos. Enrico los iba sacando mientras preparaba la cena. Éste es una joya, me decía, las primeras canciones de Roberto Murolo. Yo estudiaba la lista, lado A y lado B: no conocía ninguna. Éste otro lo tienes que conocer, también es napolitano. Y este otro hay que escucharlo juntos un día. La montañita de discos iba creciendo—yo los apilaba en la mesa del comedor—. Cuando la cena estaba lista, Enrico los volvía a meter en su lugar. Mientras comíamos, como una forma tal vez mezquina de hacer justicia, yo le hablaba a Enrico sobre escritores latinoamericanos que él no había leído.

*

Cenamos tamales dulces. Durante la cena, hablamos primero de la bomba de Hiroshima, porque el mediano quiere saber

qué es una bomba atómica, y luego del cantante de Joy Division, de cuyo nombre no nos podemos acordar. Nos interrumpo al cabo de un rato el mediano:

¿Yo también puedo decir algo?

Sí.

Quiero decirles que no pude ver el final de *Lluvia de hamburguesas* porque me quedé dormido.

*

Los hombres con quienes me acostaba se quedaban dormidos inmediatamente después del sexo, mientras yo sufría insomnios invencibles, especialmente si la persona había sabido complacerme. En aquella otra ciudad, en aquel departamento, simplemente salía de la cama y me iba a sentar frente a mi escritorio. Estudiaba el retrato de Owen, que me miraba como una fruta apócrifa desde el otoño de recordatorios inscritos en *post-its* amarillos que se iban acumulando entre las ramas del árbol muerto.

Owen tenía un rostro espiritual, distante y mustio, como de mártir religioso; pómulos angulosos, barbilla en pico, ojos demasiado chicos: imposible geometría tarasca. El cuerpo lánguido, abatido, sumiso. Rasgos de indio y porte de criollito: ninguna de las partes concordaba con el todo. Alguna vez leí en un libro de Fitzgerald que la personalidad es una serie continua de gestos exitosos. Puede ser. Al hombre que aparecía en el retrato le ocurría lo contrario: se le notaban las fisuras y discontinuidades. Estudiándolo de cerca era fácil imaginar, incluso, los lugares en donde había tratado de ocultar cierta fragilidad con pedazos de otras personalidades, más firmes y más seguras que la suya.

*

Mi marido me pregunta si es cierto que me da insomnio después del sexo. Le digo: A veces. ¿Y qué haces cuando yo me

quedo dormido? Te abrazo, te escucho respirar. ¿Y luego?, insiste. Luego nada, luego me duermo.

*

Durante mi segundo embarazo no hice más que dormir. Me despertaron las contracciones en la semana 39. Mi marido estaba leyendo a mi lado. Con mi mano, puse la suya sobre el arco de mi vientre. ¿Sientes?, le pregunté. ¿Está pateando? No, ya viene. El primer parto había sido una cesárea inducida, porque no sentía nada, nunca llegaron las contracciones. Esta vez, la sensación comenzaba a la altura de la espalda baja. Un calor helado. Después, empezando por los flancos, la piel se erizaba y tensaba. Un fenómeno más geológico que biológico: un temblor, un arqueo leve, y la panza entera comenzaba a elevarse, como un cuerpo de tierra emergiendo, rompiendo la superficie marina. Y el dolor, un dolor más parecido a un destello de luz, un destello que deja una estela, que deja una huella y que se esfuma tan incomprensiblemente como vuelve a llegar.

*

Nota: Owen nació en El Rosario, Sinaloa. Pero eso no tiene importancia. Nació el 4 de febrero de 1904.

*

Cuando no puedo dormir, entro al cuarto de mis hijos y me siento en la mecedora. Escucho sus respiraciones lentas, llenan todo el cuarto. La bebé también nació un 4 de febrero. El niño mediano, un 4 de mayo. Ambos nacieron en domingo.

*

Le conté a Enrico sobre la falsa transcripción. No conocía a Gilberto Owen, pero me escuchó atento. Le conte que Owen había

vivido en Manhattan entre 1928 y 1930, en pleno Renacimiento de Harlem y al principio de la Gran Depresión Económica. Aunque Owen dejó cartas, algunas entradas de diarios y un puñado de buenos poemas, se sabe poco de su estancia en Nueva York. Se sabe, por ejemplo, que vivió en un viejo edificio de Harlem frente al parque Morningside y que en esos mismos años, del otro lado del parque, Lorca estaba escribiendo *Poeta en Nueva York*. A unas pocas cuadras de ahí, Zukofsky empezaba su poema «A». Poco más al norte, Duke Ellington tocaba en el club de «México». Pero, por lo que dejó escrito sobre esa etapa, da la impresión de que Owen odiaba Nueva York y vivía más bien aislado de todo aquello. Es probable que apenas se haya cruzado una o dos veces con Lorca, ninguna con Zukofsky, y que nunca haya visto tocar a Duke Ellington.

¿Y qué si no?, me preguntó tras mi larga explicación.

¿Y qué qué si no?

¿Qué importa que no haya conocido a Lorca o escuchado a Duke Ellington?

Supongo que nada, pero nomás te estoy contando.

Exacto, y eso es lo que importa.

*

La primera entrega de la falsa transcripción fue un éxito. Llegué el viernes con un manojo de hojas escritas en Word, a espacio y medio, Times New Roman. White las leyó frente a mí y se mostró convencido, incluso entusiasmado. Si se trataba de traducciones de poemas de Owen hechas por Zukofsky, habíamos dado con un tesoro. Me pidió ver el manuscrito original. Lo tuve que elaborar durante el fin de semana, con la ayuda de Moby —era la única persona que yo conocía que tenía herramientas para falsificar esa clase de objetos—. Moby llegó a mi departamento con una Remington de 1927, y papel viejo. Como una especie de recompensa, hicimos el amor. Me dijo que le gustaban mis senos aunque fueran un poco chicos.

*

Nota: Owen murió ciego, víctima de una cirrosis hepática, el 9 de marzo de 1952, en Filadelfia. Se hinchó tanto que le salieron senos.

*

Tenemos un vecino que cría sapos. Y cucarachas de Madagascar, para alimentar a sus sapos. Nos lo encontramos en la puerta de la casa y el niño mediano le cuenta que él tiene un dinosaurio junto a su cama, aunque es de plástico espumoso, porque el de plástico duro ya se rompió.

Son mejores los sapos vivos, dice el vecino, porque se comen a los mosquitos y a las cucarachas.

El niño lo mira con atención:

Mi dinosaurio come mosquitos y sapos. Pero no come cucarachas, le dan asco.

*

Volví muchas veces al despacho del detective Matías. En mi segunda visita, nos tomamos un café en la sala de interrogatorios, mientras él me hacía preguntas y yo respondía, convencida de que iba a resultar que la culpable era yo. Sentí remordimiento por la calculadora que me había robado a los once años en mi escuela de monjas; me asaltó el recuerdo de la vez que una profesora de matemáticas me lavó la boca con jabón, argumentando que no me podía devolver a mi casa con la lengua tan sucia; me pesaron los libros que me había robado de tantas bibliotecas; los besos que le di al novio de mi amiga; los que le di a mi amiga. Se me vino encima el falso poemario de Owen traducido por Zukofsky.

¿Cuántos whiskies te bebiste esa noche?, me preguntó.

Ni uno, como medio, como tres cuartos de uno.

¿Cómo describirías al sujeto que se te interpuso en la salida del bar?

Negro. Medio latino. Hispano con algo de afroamericano.

¿Quieres agregar algo?

No, gracias.

El detective Matías se comprometió a llamarme cuando se resolviera el caso. Tardaría algunas semanas, tal vez meses.

*

Nuestro vecino prepara su fiesta de cumpleaños número 41. El domingo compra 41 animales en el mercado de Sonora y despliega cajas, peceras y jaulas en el patio común de nuestra vecindad ante los vecinos atónitos que van llegando, un poco borrachos, de sus comidas familiares. Los miro desde la ventana de la sala. Los niños admiran al vecino. Él va a liberar a los animales en un bosque el día de su cumpleaños, un animal por cada año cumplido: tres sapos, tres tortugas, dos pájaros, 32 cucarachas de Madagascar (*Gromphadorhina portentosa*), y una lagartija. Todos los vecinos estamos invitados a la fiesta. Relata un viaje a Tailandia, un ritual budista, un templo, una mujer, treinta y tantos animales, pero no lo escucho. En medio del patio de la vecindad dos cucarachas gigantes copulan adentro de una pecera.

*

Tras el préstamo de la Remington, Moby se sintió en libertad de venir a mi casa más y más seguido. Pasaba días enteros ahí, metido en mi tina, cocinando, regando plantas y tomando cafés con Dakota. Yo empecé a odiar a Moby. Olía mal. Dejaba pelos en mi jabón. Empecé a pedirle prestado a Enrico su sillón en el décimo piso, y regresaba a mi casa cuando estaba segura de que se hubiera marchado Moby.

*

Ayer mi marido me preguntó si él deja pelos en el jabón.

*

Hace algunos años le tomé una foto a Gilberto Owen. Eso fue lo que le dije a Enrico. Era una mentira elaborada, repetida para mí misma tantas veces que ya formaba parte de un repertorio de eventos, indistinguible de cualquier otro recuerdo. Por supuesto, nunca había visto a Gilberto Owen, y mucho menos de joven, y menos aún le tomé una foto. Pero eso le conté a Enrico. Estaba en un café libanés de la calle Donceles en el centro histórico de la ciudad de México, y Owen pasó caminando bajo un enorme paraguas negro. Eran las cinco y tantos de la tarde. Acababa de caer una de esas tormentas de verano que sólo caen en la ciudad de México o en Bombay. Las calles del centro se empezaban a llenar otra vez de vendedores ambulantes, turistas, cucarachas, y esa peregrinación tristísima de burócratas que vuelven de prisa a sus cubículos, llenos de satisfacción y de culpa —las camisas arrugadas, la piel sebosa—, después de unas horas dulces en alguno de los hoteles de paso de la zona. Le dije eso a Enrico y luego me arrepentí. Describir la calle de Donceles a un extranjero tiene un aire de literatura impostada que me avergüenza. Pero Enrico asintió, comprometido con mi relato, y yo seguí adelante, envalentonada. Llevaba algunas horas sentada en el café libanés esperando a que pasara la lluvia, mitad leyendo una edición escolar de las *Meditaciones* de Rousseau, mitad estudiando a un grupo de viejos que tomaban café y jugaban dominó en silencio en la mesa de al lado. Me había quedado pegada en una frase rousseauiana, quizá más artificiosa que sensata, sobre cómo la adversidad resulta ser una maestra cuyas enseñanzas nos llegan demasiado tarde como para sernos verdaderamente útiles. Enrico se acordaba de esta meditación, me dijo. Tenía conmigo una Pentax que me habían arreglado en uno de los talleres fotográficos de esa calle y, más por aburrimiento que por verdadero interés, había estado tomando fotos de los viejos. Pupilos lerdos de la adversidad, remató Enrico, sintiéndose muy listo. Cuando por fin dejó de llover, le di un último trago a mi café, puse un billete de veinte

pesos bajo la azucarera y enfilé hacia la puerta. (Alcancé a escuchar, al pasar junto a la mesa de los viejos, alguna especulación sobre el tono exacto de mis nalgas). Antes de salir me detuve un instante a mirar la calle: la ciudad de México, mojada, vuelve a ser ese valle que obsesionó a Cortés, a Juan Zorrilla o a Velasco. Elevé la cámara, enfoqué a un peatón rousseauiano que en ese momento libraba un charco, y disparé.



Nota (Owen escribe): «El burócrata comúnmente sufre la influencia nefanda de la lluvia con cristiana resignación y calmamente se prepara a ir de su casa a la oficina, por los andenes arrinconado y meticuloso, esquivando lodazales y baches y haciendo equilibrios que lo ponen sentimental y filosófico».

*

Hoy encontré las *Meditaciones* de Rousseau en la mesa de noche de mi marido. Dice que las necesita para su guión.

*

Una noche, Enrico quiso acostarse conmigo. ¿Conoces a Inés Arredondo?, le pregunté, mientras me acariciaba una pierna. No la conocía por supuesto. Te voy a dar a leer su mejor cuento. Se llama «La Sunamita». Es sobre una mujer joven que va a visitar a su tío en la provincia. El tío se está muriendo y la manda llamar porque le quiere heredar todos sus bienes. La joven llega al pueblo y enseguida el tío empieza a mejorar. La obliga a casarse con él y a dormir en su lecho de muerte. Gracias a la presencia vital de la sobrina, el tío mejora y mejora, hasta reponerse por completo. Enrico me acariciaba; yo, por compasión, no se lo impedía. Esa noche, después de cenar, regresé a mi departamento. Antes de dormir, lloré un poco y me masturbé, estudiando la foto de Owen.

*

Es horrible lo de la masturbación con la foto, opina mi marido. Me molesto, me defiende como una cucaracha, y para no seguir escuchando su reproche leo en voz alta de un folleto que nos regaló el vecino que cría sapos y cucarachas de Madagascar:

«Cuando es atacada o molestada, la cucaracha gigante de Madagascar se aplana contra el suelo o soporta y expulsa bruscamente el aire contenido en sus vías respiratorias, produciendo un inquietante resoplido, cuya finalidad es la de asustar a su agresor».

*

Le llevé a White el falso original completo. La verdad es que con la ayuda del infame Moby habíamos logrado algo digno de vender a un coleccionista auténtico. Le dije a White que no nos lo podíamos quedar muchos días —temía que buscara un experto y comprobara que el documento había sido falsificado— porque lo tenía que devolver a la biblioteca de la Casa Hispánica. White prometió tenerme una respuesta al lunes siguiente y me dio el resto de la semana libre.

*

La película que está escribiendo mi marido sucede en Filadelfia. Dejó una copia del guión sobre su escritorio y ahora soy yo quien busca algo. Leí todo. Está casi acabado, pero no sé cómo va a terminar. Un solterón de cincuenta y tantos encerrado en un departamento, a punto de morir, espía obsesivamente a una mujer joven por la ventana. Ella vive en un cuarto en el hotel de enfrente. No quiero saber más.

*

Nota (Owen a Josefina Procopio, Filadelfia, 1948): «Como este mes el día 4 fue domingo, lógicamente mañana será martes 13, y yo he de morir en martes 13. Pero si no me toca mañana, la Muerte me esperará, o yo a ella, la cita no será ya este año. Vamos a ver».

*

Durante mi semana libre, Dakota y Moby coincidieron en mi departamento. Yo no podía soportar a los dos a la vez, así que el viernes resolví irme a Filadelfia a visitar a Laura y Enea, y ver si en el consulado mexicano existía algún archivo con documentos sobre Owen. Desayunamos los tres y me fui. Moby pasaría el fin de semana entero en calzones. Dakota estaría ocupando la tina todo el tiempo. Tal vez, en algún momento del sábado, Moby entró al baño y vio la ropa de Dakota tirada en el piso, junto al escusado. Vio una pantorrilla y un pie, las uñas pintadas. Se disculpó y salió del baño, se hizo un café o preparó un desayuno. Dakota habrá salido un poco después, envuelta en mi toalla. Quizá tomaron café juntos, tal vez desayunaron. Seguramente hicieron el amor en mi cama y desayunaron juntos otra vez el domingo. Tal vez, otro domingo, nos habríamos metido los tres a la cama.

*

Los domingos, mi marido, los niños y yo escuchamos a Rock-drigo y desayunamos *hotcakes*. Pero no este domingo. Mi marido está enojado. Por descuido mío, ha vuelto a leer algunas de estas páginas. Me pregunta cuánto hay de ficción en ellas, cuánto de verdad.

*

En esa etapa me dio por mentir. Mentía cada vez más, hasta en situaciones que en definitiva no lo ameritaban. Supongo que

ésa es la lógica de la mentira: un día pones la primera piedra y al día siguiente tienes que poner dos. Cuando estuve en Filadelfia, mi hermana me llevó a una consulta médica porque me dolía el riñón —o tal vez el ovario— izquierdo. El consulado había estado cerrado todo el fin de semana, así que no hice más que caminar con Laura y Enea, comer comida china, y luego ir a doctores por haber ingerido demasiado glutamato. La recepcionista me tendió un formulario que contesté más o menos así:

- ¿Es su primera vez aquí? Sí.
- ¿Le duele el pecho? Sí, mucho.
- ¿Está desempleada? Sí.
- ¿A qué grupo étnico pertenece? Caucásica.
- ¿Pertenece a alguna iglesia? Sí.
- ¿Cuál? Anglicana.
- ¿Hay casos de cáncer en su familia? No.
- ¿Cuál es su número de seguridad social? 12345.

*

Hoy fue el cumpleaños de nuestro vecino: no nos invitó a su fiesta.

*

Pasó el cartero a media mañana. Me extendió una postal y yo le devolví cinco pesos de propina. La postal viene de Filadelfia y es para mi marido. La leo. Hiervo de rabia. Tal vez, hace algunos años, la habríamos leído juntos, nos habríamos reído juntos. Habríamos analizado el lenguaje desproporcionado de los que venden alguna forma de la felicidad pretérita y futura. Luego nos habríamos emborrachado y habríamos hecho el amor, fingiendo por un rato que no teníamos pasado. Pero ya no. Ahora elegimos, porque de alguna manera lo elegimos, ensayar principios de finales, provocar temblores para que la casa se caiga.

*

Cuando regresé de Filadelfia fui inmediatamente a buscar a White a la editorial. No estaba, pero encontré una nota pegada en mi computadora: «Tú ganas. Publicamos primero este documento, con una nota introductoria señalando que muy probablemente pertenezca al mismísimo Z y, cuando se haya generado suficiente expectativa, publicamos tus propias traducciones de O. Yours, W. (¿Fuiste al cementerio en Filadelfia? Supe que ahí estaba enterrado Owen)».



Nota: (postal de Owen a Josefina Procopio, Filadelfia, 1950): «Robin Hood Dell. Es el escenario abierto al trasmundo más completo que se conoce. Los fantasmas de atrás, del Laurel Hill Cemetery, vienen a dar conciertos que aplauden otros fantasmas del gran cementerio llamado Filadelfia. Cuando parece que está lleno el Dell, toman una fotografía y aparece todo vacío porque la placa es insensible a los fantasmas. Yo soy la sombra marcada con una X».

*

Supongo que es normal. Que llega un día en que las antiguas amantes de tu marido se ven las piernas, lloran un poco, se ponen unas medias de red, y le escriben una carta a su primer amor. Algunas noches, cuando su propio marido y sus hijos ya están dormidos, ponen un disco viejo. Se emborrachan modestamente. Escriben cartas con una gramática desesperada, enredada: líneas interrumpidas como piernas varicosas. La mañana siguiente van a clases de yoga y se pintan el pelo de rojo vivo. Quizá, un día, se hacen un tatuaje de araña en el vientre. Lo más probable es que este primer novio haya pasado años intercambiando correspondencia con ellas, así que ellas se sentirán en libertad de escribir una carta cuando sea, como sea, y reclamar su porción de juventud perdida, su felicidad a cuentagotas. Ellos, si son infelices con su mujer,

corresponderán. Ellas, si aún no les avergüenza su cuerpo, los invitarán a un hotel. Un hotel de Filadelfia.

*

Pedí una cita con el detective Matías y lo fui a ver a las oficinas de la policía. No vengo a hablar del caso, le dije mientras tomaba asiento frente a él en su escritorio —lo había ido a ver suficientes veces como para conseguir que ya no me recibiera en la sala de interrogatorios—. Te tengo una pregunta nada más. Me escuchó.

¿Qué pasa si alguien publica algo diciendo que lo escribió otra persona?

¿Como un negro literario? (La palabra que usó fue *ghost-writer*, así que no había carga emotiva).

Más o menos.

No sé. No leo mucho. Pero la Navidad pasada mi hija me regaló *The Maltese Falcon*, ¿usted lo ha leído?

*

Mi marido y yo estamos invitados a una cena. Entro al baño para delinearme los ojos antes de salir. Me maquillo y me lavo los dientes. Tengo ojeras muy oscuras. Cerramos el paso de gas, las ventanas y las puertas que dan al patio interior. Apagamos todas las luces (dejamos la del pasillo prendida). Nos despedimos de los niños y de la niñera. Lo tomo del brazo afuera de la casa y me cuenta que, antes de salir, mató una cucaracha de Madagascar junto a la cuna de la bebé. Enseguida dice: Tal vez me tenga que ir a Filadelfia a buscar locaciones, ya casi está listo el guión. Lo suelto y le digo que tengo que revisar una vez más a la bebé, que lo de las cucarachas me aterra. Entro a la casa y prendo las luces. Mi marido me sigue. Abro la llave del gas y la puerta que da al patio interior. No quiero salir, no quiero ir a ninguna cena. Entro al cuarto de los niños y el crujido de la puerta despierta a la bebé. Lloro,

la tengo que tomar en brazos. No puedo ir contigo, le digo, mejor ve tú solo.



Dejar una vida. Dinamitar todo. No, no todo: dinamitar el metro cuadrado que uno ocupaba entre la gente. Más bien: dejar sillas vacías en las mesas que se compartían con las amistades, no a modo de metáfora, sino en verdad, dejar una silla, volverse un hueco para los amigos, permitir que el círculo de silencio en torno a uno se ensanche y se llene de especulaciones. Lo que pocos entienden es que uno deja una vida para empezar otra.



Nota: Entre 1928 y 1929, Owen tuvo un empleo mediocre en el consulado mexicano de Nueva York. Durante ese tiempo, escribió un artículo titulado «Sistema en serie para mondar, limpiar y seleccionar el cacahuete».

*

El niño mediano habla con el fantasma de la casa. Me cuenta esto mientras bañamos juntos a la bebé. Él le moja la cabeza con una esponja mientras yo repaso todo su cuerpo con jabón neutro. Sabemos que estamos manipulando algo muy frágil. Pliegues y pliegues de carne muy delicada.

¿Sabes qué?

¿Qué?

Ya no me da miedo Consincara.

Qué bueno.

Tú no te preocupes, mamá, Consincara nos va a cuidar cuando papá se vaya a Filadelfia.

¿Por qué dices que papá se va a ir a Filadelfia?

¿Pero dónde es Filadelfia?

*

Mi marido tiene una historia futura en Filadelfia de la que no sé nada. Una historia que tal vez sucede en el revés de su película. No quiero saber más. Censuraría, a priori, irremediablemente, partes de una vida ya escrita y aún no vivida, donde hay una mujer, en un hotel, una mujer segura de sí misma, que gime mientras coge.

Mi marido escribe sobre eso y cree que no me doy cuenta. Sigue leyendo en las mañanas lo que escribo por las noches, y cree que no me doy cuenta.

*

Desde hace unos días, hay obreros trabajando en la casa de enfrente. Están levantando el piso de duela antigua, remplazándolo por parquet. Escuchan la radio todo el día. Me entero así de lo que está sucediendo allá afuera. Hubo un terremoto en Asia; elecciones ficticias en Nepal; 72 migrantes centroamericanos asesinados por el narco. Lo mismo, todos los días. Los obreros ya saben a qué hora le doy pecho a la bebé, en una mecedora junto a la ventana. Me miran desde la azotea, alineados como reclutas, expectantes de un convite al que no estarán invitados. Cierro las persianas y me desabrocho la blusa.

*

Nota: (Owen a Salvador Novo, Filadelfia, 1949): «Aquí, en el verano, les salen a las mujeres unos paricutinitos que llaman senos; son unas cosas perturbadoras que, a veces, resultan lo que llaman *cheaters*, los cuales pueden adquirirse en cualquier casa de modas femeninas».

*

Dakota se mudó a su nueva casa cuando empezó el verano. Era un departamento en Queens, cerca de un cementerio. El día que le entregaron las llaves fuimos a comprar tres botes de pintura azul cobalto. Quería que su baño fuera como el de Juliet Berto en *Céline et Julie vont en bateau*. Abrimos todas las ventanas y nos desnudamos hasta los calzones. Pintamos el baño, la cocina y la mitad del único cuarto. Nos pintamos los pezones de azul cobalto. Cuando se acabó la pintura nos tiramos boca arriba en el piso del cuarto y prendimos un cigarro. Dakota quiso que intercambiáramos calzones.



Todo es ficción, le digo a mi marido, pero no me cree.

¿No estabas escribiendo una novela sobre Owen?

Sí, le digo, es un libro sobre el fantasma de Gilberto Owen.



2 novelas

En *Las mil y una noches* la narradora hilvana una serie de relatos para posponer el día de su muerte. Tal vez un mecanismo semejante pero inverso le sirva a esta historia, a esta muerte. La narradora descubre que mientras hilvana un relato, el tejido de su realidad inmediata se desgasta y quiebra. La fibra de la ficción empieza a modificar la realidad y no viceversa, como debiera ser. Ninguna de las dos cosas es sacrificable. El único remedio, la única manera de salvar todos los planos de la historia es cerrar una cortina y alzar otra: bajar una persiana, para poder desabrocharse la blusa; desescribir una historia en un archivo y urdir una trama distinta en otro, Penélope esquivada. Escribir lo que sí sucedió y lo que no. Al final de cada jornada de trabajo, separar párrafos, copiar y pegar, guardar; dejar sólo uno de los dos archivos abiertos para que los lea el marido y sacie su curiosidad hasta colmarla. La novela, la otra, se llama *Filadelfia*.

*

Empezar así: todo sucedió en otra ciudad y en otra vida. Era el verano de 1928. Trabajaba como escribiente en el consulado mexicano de Nueva York, redactando oficios sobre el precio del cacahuete mexicano en el mercado yanqui, que estaba a punto de reventar —como una bolsa de cacahuates: una bolsa de mexicanos—. Han pasado casi veinticinco años desde entonces; aunque quisiera, no podría escribir esta historia como si todavía estuviera ahí y fuera ese joven flaco y lleno de entusiasmo, traduciendo a Dickinson y a Williams, enfundado en una bata gris.

(Me hubiera gustado empezar como empieza *The Crack-Up* de Fitzgerald).

*

Mis hijos viven con mi ex mujer, zorrita en Nueva York, y ella es una criolla hostigadora de criollos. Yo tengo un departamento y una tumba en Filadelfia. Ella es hija de un militar colombiano, ex presidente; yo, hijo de un irlandés gambusino que no me heredó lo pelirrojo pero sí el resentimiento de clase y la vocación para el derroche. Nos conocimos en Bogotá, ahí nos casamos. Tuvimos dos hijos morganáticos y fuimos, como casi todos, infelices —*largely unhappy*, dirían elegantemente los yanquis—. Hace unos años, ambos dimos el criollazo. Yo perdí todo en una casa de juegos bogotana y me largué a Filadelfia. Ella no perdió nada y se largó a Manhattan para empezar una carrera de poeta latinoamericana resentida.

Dar el criollazo: dejar a tu marido en la cima de tus treinta para dedicarte a los maridos de las otras. Dar el criollazo: dejar a tu mujer, en la puerta de tus cincuenta, para dedicarte a las que no tienen maridos.

*

Vivo en Filadelfia desde hace tres años. Conseguí, tras un chanchullo en la Secretaría de Relaciones Exteriores del cual prefiero no dejar nota, el nombramiento de cónsul *ad honorem*. Pero ya no importa nada de eso: me estoy quedando ciego, estoy gordo, tan gordo que tengo tetas, a ratos tiemblo, tal vez tartamudeo. Tengo tres gatos y ya me voy a morir.

Cada quince días voy a Manhattan a visitar a los niños. Regresar veinte años después a esa ciudad en donde morí tantas veces tiene algo de peregrinación hacia el cementerio, sólo que en vez de llevarle flores a un pariente o de lamentarme frente a la tumba de un niño desconocido, yo voy para encontrarme con los hombres y mujeres que nunca fui pero que al mismo tiempo nunca he podido dejar de ser.

*

El metro, sus múltiples paradas, sus averías, sus aceleraciones repentinas, sus zonas oscuras, podría funcionar como esquema del tiempo de esa otra novela.

*

El metro me acercaba a las cosas muertas; a la muerte de las cosas. Un día, mientras regresaba a mi casa en la línea uno desde el sur de la ciudad, volví a ver a Owen. Esta vez fue distinto. Esta vez no fue una impresión externa provocada por algo ajeno a mí, como aquella noche en el bar de Harlem, ni una impresión fugaz como ya había ocurrido antes en el metro, sino algo como un golpe interior, una certeza punzante de que estaba ante algo hermoso y a la vez terrible. Iba mirando por la ventana —nada salvo la oscuridad espesa de los túneles— cuando se acercó por atrás otro tren y por unos instantes anduvo a la misma velocidad que el tren donde iba yo. Lo vi sentado, en la misma posición que yo había adoptado, con la cabeza

reclinada sobre la ventana del vagón. Y después nada. Su tren aceleró y pasaron frente a mis ojos, barridos y afantasmados, muchos otros cuerpos. Cuando otra vez hubo oscuridad detrás de la ventana vi contra el vidrio mi propia imagen difusa. Pero no era mi rostro; era mi rostro superpuesto al de él —como si su reflejo se hubiera quedado plasmado en el vidrio y ahora yo me reflejara dentro de ese doble atrapado en la ventana de mi vagón.



Una novela horizontal, contada verticalmente. Una novela que se tiene que escribir desde afuera para leerse desde dentro.

*

Por supuesto hay muchas muertes a lo largo de una vida. La mayoría de las personas no se dan cuenta. Creen que se mueren una vez y ya. Pero basta con poner un poco de atención para darse cuenta de que uno va y se muere a cada rato. No es un modo poético de hablar. No estoy diciendo que el alma esto y el alma aquello, sino que un día uno cruza una calle y lo arrolla un carro; otro día se queda dormido en la tina y hasta ahí quedó; y otro, rueda por las escaleras de su edificio y se parte la cabeza. La mayoría de las muertes no importan: la película sigue corriendo. Nomás que ahí es cuando todo da un giro, aunque sea imperceptible y los resultados no sean siempre inmediatos.

Yo me empecé a morir en Manhattan, en el verano de 1928. Desde luego, nadie se daba cuenta de mis muertes más que yo —la gente está demasiado ocupada con su propia vida para reparar en las pequeñas muertes de los demás—. Yo me daba cuenta porque después de cada muerte me daba fiebre y perdía peso.

Me pesaba todos los días, para ver si el día anterior me había muerto. Y aunque no me ocurría tan seguido, fui perdiendo libras a una velocidad alarmante (nunca supe cuánto era en kilogramos). No es que me pusiera más flaco. Sólo perdía peso,

como si por dentro me estuviera vaciando pero mi molde exterior quedara intacto. Ahora, por ejemplo, soy un gordo tetón y peso apenas tres libras. No sé si eso significa que me queden tres muertes, como si fuera gato en cuenta regresiva. Creo que no. Creo que la próxima es la buena.

*

Acompañé a Dakota al cementerio de Queens junto a su casa. Le íbamos a dejar un ramo de flores a Lucky Luciano, un mafioso con el cual ella afirmaba compartir un remoto lazo de sangre. A Luciano lo habían apuñalado en la cara en 1929 y le habían dejado un ojo virolo. Dakota me contaba la escena con precisión casi literaria, mientras recorríamos los largos pasillos del cementerio, sembrados de fotografías y azucenas. Tres hombres lo habían metido a una limusina a punta de cañón y le habían devastado el rostro con una navaja, pero habían preferido no matarlo. Lo botaron en una playa de Long Island. Lucky Luciano caminó hasta el hospital más cercano, tapándose la cuenca del ojo leso con una mano. La historia me parecía más hilarante que trágica, a pesar del esfuerzo que hacía Dakota por conmoverme. Después de un rato buscando su tumba, dimos con la de Robert Mapplethorpe. Dakota tuvo un arrebató de falsa nostalgia y quiso que nos detuviéramos un momento. Pidió silencio. A mí nunca me habían gustado las fotos de Mapplethorpe, pero condescendí y nos sentamos a tomar el sol, cada una de un lado de la lápida, como dos efigies prematuras de Patti Smith. Al cabo de unos minutos apareció entre los arbustos un gato blanco y se vino a postrar en el regazo de Dakota. Le pareció una señal de algo, y tal vez tenía razón. Quiso llevárselo a su casa. La traté de disuadir, porque los gatos de cementerio nunca se acostumbran a la compañía de los vivos, pero Dakota no me hizo caso. Le dejamos a Mapplethorpe las flores que le habíamos llevado al pobre de Lucky Luciano y nos fuimos a comprar comida para gatos.

Enrico preparó una fiesta. Ven con tus amistades, me dijo. Estaba en ánimo celebratorio, histérico, preparando su cumpleaños número 70. Repasó conmigo el menú, una y otra vez: puerco relleno de semillas de granada, ensalada con nueces de la India y queso de cabra, un arroz blanco con leche de coco. Llevé a Dakota, que llevó a su nuevo gato y a su ex novio; llevé a Moby y a Pajarote; llamé a White, que no llegó; le llevé su tocadiscos de vuelta. Llegaron también, en un agonizante poco a poco, algunas de las amistades de Enrico. Una mujer que había sido bailarina y seguía enseñando las clavículas y metiendo el ombligo, como si el porte resanara los embates de tantos años sin haber usado mallas y tutú; un viejo profesor de biología que apareaba moscas frutales en un laboratorio; una jovencita, alumna de oceanografía, que trataba de ganar puntos con el cumpleaños.

Comimos alrededor de una mesa chaparra y llena de papeles, en el centro de la sala. Escuchamos pedazos de discos mientras nos rozábamos piernas y hombros, tirados en el sofá o en el piso, generándonos falsas expectativas de una orgía degenerada que no ocurriría. Enrico habló durante horas sobre la erección de un joven napolitano que había visto en una playa nudista a sus diecisiete años. Mientras masticábamos los trozos de carne de cerdo, hizo alguna referencia a la película de un director de cine portugués, de cuyo nombre nunca me acuerdo, en donde alguien se come una granada a mordidas. Se trataba, al parecer, de una escena erótica. Alguien vomitó en la cocina. El gato de Dakota se comió la vomitada. El profesor de biología tomó la batuta, con especulaciones sobre la relación entre la cantidad de azúcar en la fruta y los ciclos reproductivos de las moscas. La alumna de oceanografía se sentó sobre el respaldo del sillón, detrás de Enrico, y le enseñó los puntos fundamentales del masaje tailandés mientras reflexionaba sobre lo triste que era la inminente extinción del tiburón australiano. Pajarote se quedó dormido en

las piernas de Dakota. Ella tarareaba algo de Bessie Smith y le frotaba la cabeza a su ex novio, que estaba sentado en el suelo, frotando su pie contra el mío mientras hojeaba los papeles que Enrico había dispuesto sobre la mesa, en un desorden escenificado exclusivamente para esa noche, su noche de cumpleaños.

¿Quieren café?, preguntó el cumpleañosero, después de un largo silencio.

Varios levantamos la mano.

Enrico salió de la sala y no regresó. Había caído, rendido, en su cama. Antes de irnos, pasamos todos a su cuarto, en fila india. Su alumna le besó la frente y todos la emulamos. Como en un funeral. Después, todos se fueron al mismo tiempo, como los bailarines fantasma de una hipotética coreografía. Quedamos Moby y yo. Tratamos de hacer el amor en el sillón de Enrico, me tocaba los senos. Quise besarle, pero su nuca olía a granada y carne de puerco y me tuve que parar al baño para vomitar. Cuando volví a la sala, Moby se había ido. Ésa fue la última vez que lo vi.

Dejé de darle pecho a la bebé. Estuve cinco días con los senos rojos y durísimos. Pero la idea de dejar de producir leche me alienta. No era fácil, nunca es fácil, ser una persona que produce leche.

Cuando Moby desapareció, Pajarote empezó a venir otra vez los miércoles. Desayunábamos pan tostado con queso y miel; yo tomaba café con leche y Pajarote una lata de cocaola. Me explicaba teorías sobre el grado de opacidad semántica y convencionalidad de las metáforas. Estaba escribiendo un ensayo sobre los juicios y su relación semántica con una palabra asociada al significado figurado y literal de los enunciados. Me

gustaba más la teoría de los gatos. Pajarote hablaba con la boca llena mientras se comía su tostada. Se le caían migajas sobre la mesa y el piso de la cocina. Cuando se iba, yo aspiraba el departamento furiosamente.

*

El significado figurado y literal de los enunciados: Enrico no era oceanógrafo; era profesor de oceanografía.

*

Se taparon los dos escusados de la casa. Primero el de abajo. Se desborda si le jalas la cadena. Sale caca por todos lados. Mi marido lo destapa, anega el baño en cloro, limpia el piso frenéticamente con una escoba. Pero nada. Después el de arriba. Lo mismo.

*

El detective Matías se tardó varios meses en volver a contactarme. Pero por fin llamó. Cerramos el caso, me anunció por teléfono, me trasladaron a otro barrio. Me disculpo personalmente por no haber logrado nada. Fui a verlo una vez más a su despacho de la calle 126. Me ofreció un café y me habló de su infancia de niño ecuatoriano en el Bronx. Odiaba a los negros sin ningún pudor. Cuando era niño, dos afroamericanos le partieron la cara en el patio del recreo, porque no alcanzaba a meter la pelota en la canasta. Me partieron la cara y me bajaron los pantalones y los *panties*, me dijo. Me vieron el culito, me dijo, por primera vez en español.

*

La línea uno cruza Manhattan de sur a norte. Empieza en el embarcadero situado en el extremo sur de la isla, atraviesa parte

de Chelsea, y llega hasta la Universidad de Columbia por ahí de la calle 116, donde Owen tomaba el tren todos los días hacia el extremo sureño de la ciudad, después de pesarse en una báscula junto a la taquilla. La línea sube hacia Harlem y después no sé qué más. La vía sigue y sigue, más allá de la isla, más allá de esta historia.

*

Mi marido nos anunció durante el desayuno que se irá a Filadelfia pronto, que no sabe cuánto tiempo tendrá que estar fuera. ¿Tienes un trabajo en Filadelfia?, pregunta el mediano. No le hace caso y sigue hablando. Papá, papá, insiste el mediano, ¿tienes un trabajo de queso Filadelfia, papá?

Pa-pá, dice la bebé.

*

Filadelfia se está cayendo. Y este departamento se está cayendo. Hay demasiadas cosas, demasiadas voces. Hay tres gatos que un día aparecieron así nomás. También apareció un fantasma, o varios. A los fantasmas no los veo ni tampoco distingo muy bien a los tres felinos, pero en mi mundo de sombras blancas son un estorbo más con el que tropiezo todos los días—como el escritorio, el reposet donde antes leía, como las puertas entreabiertas.

Desde luego, mi ceguera no fue inmediata ni lo fue tampoco la aparición de los inquilinos. Pero desde el día en que comenzaron a llegar todas estas cosas—la ceguera, los gatos, el fantasma y, más adelante, las visitas esporádicas de gente que yo no había invitado, las apariciones de muebles y decenas de libros que no había adquirido, desde luego las moscas y cucarachas, y sobre todo el árbol plantado en una maceta que un día encontré—supe que había empezado el final. No el mío, sino el final de algo con lo que yo me había identificado tan estrechamente que acabaría también conmigo.

Las tragedias personales, como la ceguera paulatina y fatal, se imponen a nosotros como las cataratas a los ojos de agua en donde caen. Supongo que de ahí el eufemismo de las cataratas. La ceguera, como los castigos y las cataratas, viene desde arriba, sin un propósito o sentido determinable; y se acepta con la modesta resignación de un cuerpo de agua atrapado en una cuenca, perpetuamente alimentado por más de sí mismo, y finalmente remplazado por su propia materia enferma. Mi ceguera es blanquinegra y yo tengo al Niágara mismo en la frente.

*

La falsa traducción se publicó. Aparecieron reseñas de inmediato. Primero, en páginas de internet de poca relevancia, especializadas en autores del tercer mundo, traducciones, y escritores minoritarios en general (minorías étnicas, raciales, sexuales, etcétera). Después, salieron artículos en los *journals* universitarios, que acreditaban la veracidad del «manuscrito del poeta Zukofsky sobre el gran poeta mexicano Gilberto Owen, hallado en la Casa Hispánica, de la Universidad de Columbia». El departamento de Letras Hispánicas de la Universidad de Austin abrió un «Archivo Owen»; aparecieron los artículos de Owen para *El Tiempo* de Bogotá, escritos en los años treinta y cuarenta, que un profesor reunió y publicó en un tomo de Porrúa, en la ciudad de México, y que enseguida tradujo la Harvard University Press. Y finalmente llegó el día que White había esperado con tanto entusiasmo y yo con horror: un crítico del *NYRB* quería entrevistarnos a mí y a White, para publicar un perfil íntegro del poeta Gilberto Owen. Agendamos la cita con él para una semana después.

*

Supongo que así es la enfermedad, un relevo de uno mismo por uno mismo —el fantasma de uno mismo—. Pero a la vez, la enfermedad, y quizás de un modo particular un mal como el

mío, que se expresa en la ceguera, permite al aquejado mirarse como miraría la pintoresca caída de unas cataratas impetuosas —desde lejos, sin mojarse, azorado pero no tocado por la experiencia—. Todo lo que me empezó a suceder desde que llegué a Filadelfia —mi cuerpo cada vez más gordo, mi rostro desapareciendo ante mí en el espejo, las sombras de las cosas sustituyendo platónicamente a las cosas mismas—, le empezó a suceder a ese otro, al fantasma de mí, al pobre pendejo atrapado bajo el chorro constante de las cataratas.

*

En todas las novelas falta algo o alguien. En esa novela no hay nadie. Nadie salvo un fantasma que a veces veía en el metro.

Owen

*

White me llamó por teléfono al día siguiente. Me invitaba a brindar por Owen y a cortar su árbol. Por fin se había decidido a hacerlo. Usaríamos una sierra eléctrica que conectaríamos con una extensión a un enchufe de su departamento. Teníamos dos pares de guantes gordos, de piel. Botas de lluvia. Una botella de whisky. Mucho aplomo.

Pero la sierra no sirvió, así que pedimos pizzas y nos sentamos en la escalera de la fachada de su edificio. White me habló de su mujer, de lo difíciles que habían sido los primeros años sin ella, de la imposibilidad de deshacerse de su ropa, sus libros, sus artículos de baño. White era un hombre inconsolable. Había decidido montar la editorial porque era un proyecto que ella había concebido.

¿Por qué me contrataste a mí en la editorial, White?, le pregunté después de un largo trago de la botella.

Porque me di cuenta, el día que te entrevisté, que fumabas el mismo tabaco que ella. Era un modo de olerla todos los días. Pero Owen, hablemos de Owen y Zukofsky.

Me había calado, me di cuenta unas horas después, saber que White nunca había creído en mí. Tampoco en Owen. Si

íbamos a publicar a Owen era porque White había creído que Zukofsky lo había traducido. Si me había contratado a mí era porque olía al mismo tabaco que su mujer. Yo era un rastro, una estela, una exhalación de humo.

Go'ing

*

O un fantasma. Me pesaba todos los días en la estación del *subway* de la calle 116. Pesaba cada vez menos, desaparecía despacio adentro de mi trajecito de burócrata malquerido, y le escribía a una muchacha muy bonita para decirle que estaba engordando, que ya era un hombre, casi, que se casara conmigo, ándele no sea malita. Mentía: 126 libras, 125 libras. Amada Clementina, dulce Dionisia, empezaban mis cartas. En el fondo, yo mismo no creía nada de lo que escribía, pero me gustaba la idea de ser un poeta despechado en Nueva York. Llevaba una vida imbécil, pero me gustaba. Guardaba una distancia casi metafísica de las cosas y de la gente, pero me gustaba. Me sentía fantasma, y eso me gustaba más que nada. No sabía que yo era de esas personas que tienen el don de producir *self-fulfilling prophecies*, como dicen los yanquis. No sabía que, con el tiempo, me afantasmaría de verdad. Tenía veintitantos años, me daba el lujo de escribir sobre mi cuerpo flaco, de masturbarme frente a la ventana enfundado en una bata de seda gris —gris como mi juventud en Harlem, parda como todas las juventudes en barrios que tienen nombres literarios.

*

No una novela fragmentaria. Una novela horizontal, contada verticalmente.

+

*

Unos días después de aquella conversación con White, me llegó una invitación de no sé qué instituto que homenajeaba

a artistas mexicanos radicados en Brooklyn. Desde el primer instante, supe en qué clase de pesadilla me metería si terminaba yendo. Ese tipo de homenajes me parecían, ya desde entonces y creo que con razón, uno más de los rituales de la barbarie latinoamericana decimonónica. La diferencia era que ahora no existía un Rubén Darío que pudiera escribir una crónica redentora que denostara justamente a los participantes.

Le pedí a Pajarote que me acompañara al evento. ¡Vamos a ligar con *trustafarians* criollos!, dijo —y al principio no supe si entusiasmado o con franco sarcasmo—. Pajarote me explicó que los *trustafarians* eran asalariados, como nosotros, no más que por sus padres. En Nueva York vivían como bohemios pero en México tenían criadas con uniformes. Se metían cocaína pero eran vegetarianos. Se vestían como adolescentes —camisetas que dicen «Brooklyn» y «Mind the Gap»— pero ellos tenían poco pelo y ellas patitas de gallo.

Rentamos un atuendo de época en alguna calle del Soho —la verdad es que no sé si de los veinte o los cincuenta o una mezcla malhecha de ambas— y llegamos tomados del brazo, llenos de rencor y odio de clase media. Nos ofrecieron un mezcal y un Brinquito: «¿Verde o anaranjado?», preguntaba una guapa en minishorts con un membrete que decía «Fani» y falsos bigotes a la Frida Kahlo. Ambos escogimos verde y nos perdimos entre nuestros compatriotas *trustafarians*.

Quería hablar con Pajarote. Era la única persona con estatura moral que conocía en esa ciudad, el único que me diría si debía seguir mintiéndole a White o si debía decirle que todo había sido una gran ficción producida por mí. Pero esa noche Pajarote no estuvo a la altura de nada. Sedujo a Brinquitos Fani enseguida: se había puesto unos lentes falsos, las monturas gruesas y los cristales anchos, y andaba muy seguro de sí mismo. Daba la impresión de ser un rókstar londinense —lánguido, indiferente—. Yo seguí bebiendo mezcales de ala de pollo, más bien sola, deteniéndome con esmero frente a todos los cuadros e instalaciones del local (*loft*). Estaba viendo una serie donde se representaban los pies venosos de una mujer,

cuando se me acercó un calvito que pudo haber sido interesante si se hubiera esmerado un poco menos en ser interesante.

Yo pinté esas madres.

Me gusta ése de los pies.

Son los pies de mi ex mujer.

Perdón.

No hay pedi... ¿Tienes tarjeta?

(Eso dijo: «pedi»).

No.

¡La señorita no tiene tarjeta!

(Era una persona que hablaba con signos de admiración).

Te voy a dar la mía... si me dejas te pinto un cuadro.

(Era una persona que hablaba con signos de admiración y puntos suspensivos).

Gracias.

¿Cómo te llamas?, me preguntó.

Owen.

¿No es un nombre de hombre?

Así me llamo.

Me gustaría ver tus pies...

¿Mis qué?

El calvito me invitó a su propio *loft*. Soy artista, dijo, vivo acá en Brooklyn —como si decir artista y Brooklyn fuera erigir un mundo autosustentable—. Tomamos un taxi que por supuesto él pagó. Antes de salir, me despedí de Pajarote, apenada, derrotada, humillada, pero sintiendo que de algún modo era su culpa, y no la mía, que yo me estuviera yendo con un criollo *trustafarian*. Me subí al auto, me quité los zapatos y acomodé los pies desnudos en la entrepierna del calvito.



Creo que cuando era joven cargaba con una sensación constante de insuficiencia social —nunca era el más simpático ni el más elocuente de una mesa; nunca el más leído ni el mejor escritor;

ni el más afortunado ni el más habilidoso; definitivamente no el más apuesto ni el que tenía mejor suerte con las mujeres—. Al mismo tiempo albergaba la secreta esperanza, o mejor, la secreta certeza, de que un día me terminaría de convertir en mí mismo; en la imagen que durante años había elaborado de mí mismo. Pero cuando releo ahora las notas o poemas que escribía entonces, o cuando recuerdo las conversaciones con los otros jóvenes de mi generación y las ideas que defendíamos con tanto arrojo, me doy cuenta de que más bien me he ido volviendo cada vez más pendejo. Llevo demasiados años dormido, adormilado. No me explico en qué momento se empezó a invertir el proceso que yo imaginaba lineal y ascendente, y que al final resulta ser una especie de búmeran despiadado que regresa y te tumba los dientes, el entusiasmo y los huevos.

*

Pregunta el niño mediano, mostrándome un dibujo.

¿Sabes qué hay debajo de esta casa?

¿Qué?

Huevos.

¿Huevos?

Sí, huevitos.

¿Y qué más?

Y puntitos, como 56 puntitos.

¿Y encima de la casa? ¿Qué es eso?

Encima hay un hombre dormido.



Cuando dormía en camas ajenas, dormía profundo y me levantaba muy temprano la mañana siguiente. Me vestía rápido, me robaba alguna prenda —toallas, sobre todo, que olieran rico, o camisetas blancas— y salía a la calle de buen ánimo. Compraba un café para llevar, un periódico, y me sentaba en algún lugar muy público y en plena luz del día a leer. Lo que más disfrutaba de dormir

en camas ajenas era precisamente eso, despertarme temprano, salir corriendo, comprar un periódico de verdad, y leer al sol.

*

Mi marido pasa detrás de mí mientras escribo. Me masajea los hombros, demasiado duro, y lee lo que hay en la pantalla.

¿Es él quien dice eso o eres tú?

Es él.

¿Y tú con cuántos hombres te acostabas?

Sólo con cuatro, o tal vez cinco.

¿Y ahora?

Contigo, ¿y tú?



Nota (Owen a Villaurrutia): «No estoy enamorado. Es una sueca. La he tenido virgen, que es una experiencia mística recomendable. Tiene un fervor frío. Se tira a mí como las mujeres hindúes a la pira en que arde el cuerpo del rey consorte. Y como se levanta antes que yo, nunca estoy seguro de si me habré acostado con una estatua de nieve que se ha derretido».

*

El problema con los criollos, y hasta en mayor grado con las criollas, es que están convencidos de que merecen una mejor vida de la que tienen. La mente criolla está convencida de que bajo la corteza del cráneo porta un diamante que alguien tendría que descubrir, pulir y poner en un cojín rojo, para que los demás se admiren, se pasmen, se den cuenta de lo que siempre se habían perdido.

*

Pasé cuatro días y tres noches escondida, no sé bien de qué o de quién, en la casa del calvito. La primera noche no tuvo una erección. El segundo día, salió antes de que me despertara y no llegó a dormir. Le hablé a Pajarote a ver cómo le había ido con Fani la edecán y no me contestó el teléfono. Cuando me quedó claro que el dueño del departamento no regresaría a dormir ese día, le hablé a Dakota y la invité a pasar la noche conmigo. Llegó hacia las diez y vimos *Pet Sematary* proyectada sobre una pared blanca, enorme. Cenamos latas de surimi y nos bañamos juntas en una tina llena de figuritas estelares de caricaturas de los años noventa: estaba Úrsula, la mujer pulpo, la hiena de *El rey león*, Aladino, una de las hadas gordas de *La bella durmiente*, y un pitufo filósofo. Dakota cantó todos los fragmentos de las canciones que recordaba. Yo, cuando podía, le ayudaba con el coro. Cuando salimos, arrugadas, de la tina, nos secamos con unas toallas inmensas que tenían las iniciales del calvito bordadas en hilo de oro, y Dakota me pidió que le untara crema en la espalda. Nos untamos crema y pusimos una serie de televisión protagonizada por un güero que invariablemente salvaba el mundo.

Al tercer día, el calvo llegó hecho un toro, con una caja de pinturas de aceite, un surtido de botellas de licores, condones, drogas duras. Dakota y yo estábamos muy bien instaladas en su sillón de cuero, viendo las hazañas del güero para salvar el mundo de una bomba biológica. Nos ofreció un martini; lo aceptamos con la condición de que pudiéramos terminar de ver el disco entero. Nos espetó un discurso sobre el carácter episódico de las series y su relación con la estructura de *Don Quijote*. Era un hombre inteligente pero enredado. Owen habría dicho que hablaba como con faltas de ortografía. Nos ofreció cocaína colombiana, y nos tomó quinientas fotos con una cámara digital mientras el güero torturaba a tres musulmanes con una sola mano.

Cuando terminó la temporada ya despuntaba el amanecer. Dakota y el calvito se habían pasado a la cama. Yo salí corriendo. Me compré un café en la calle, compré el periódico

y me encaminé al metro —al día siguiente tenía una cita con White.

Dakota se quedó con el calvito, como se había quedado con Moby, y con todo lo demás que me sobraba. Era como una langosta; y yo, como la porquería que se acumula en el fondo del mar.

En el metro, camino a casa, vi por última vez a Owen. Creo que me saludó con una mano. Pero ya no me importaba, ya no sentí ningún entusiasmo. El fantasma, me quedaba claro, era yo.

*

Supongo que la diferencia entre ser joven y ser viejo radica en el grado de frivolidad con el que nos relacionamos con la muerte. De joven, era tal mi desprecio por la vida que me iba provocando muertes cada vez más opulentas. Lo jodido es que ahora, que preferiría estar vivo nomás, me he provocado una muerte lenta, humillante y aburrida. Mis muertes en Manhattan eran rápidas y venían de fuera: un *subway* me partía los huesos del cráneo; un negro me enterraba un cuchillo a la salida de un bar; me estallaba el apéndice a medianoche; me dejaba caer a una calle desde el último piso de un edificio del Distrito Financiero. Pero la muerte en Filadelfia se me acerca como un gato mustio, me embarra el culo contra la pantorrilla, me lame las manos, me araña la cara, me pide de comer; y yo le doy de comer.

*

Desayuné con Pajarote. Le conté del calvito y de Dakota. Le conté de White y de Owen. Me escuchó. Luego me dijo:

Imagina una serie de hombres. El primero de ellos es completamente peludo y el último está completamente calvo. El sucesor de cada miembro de la serie tiene un cabello menos que su antecesor. Parece ser que los siguientes tres enunciados son verdaderos:

1. El primer hombre de la serie no es calvo.
2. Si un hombre no es calvo, un cabello menos no lo volverá calvo.
3. El último hombre de la serie es calvo.

¿Y eso qué?, respondí.

Eso es la Paradoja Sorites.

¿Cómo?

La paradoja es que, aun cuando estos tres enunciados parecen ser verdaderos, en conjunto implican una contradicción.

¿Y qué se supone que tengo que hacer con eso?

Nada, entenderlo.

*

Al día siguiente hablé con White. Era el día de la entrevista. Llegué a la editorial temprano, cargando la silla de madera que me había robado hacía casi un año. Habíamos decidido vernos unas horas antes para repasar los detalles de nuestra historia, empezando por esa primera carta con las coordenadas del antiguo departamento de Owen en Harlem, hasta las notas y traducciones de Zukofsky. White estaba como un niño, emocionado como nunca antes lo había visto. Incluso me pareció que la sombra que le oscurecía el rostro desde hacía meses o años había desaparecido. Le quería contar al reportero el episodio del bar donde yo había alucinado a Owen comiéndose los cacahuates que desperdiciaba Pound. White me estaba diciendo esto cuando lo frené en seco.

Todo es mentira.

¿Qué?

Que yo escribí el manuscrito que publicamos. Yo traduje esos poemas de Owen, no Zukofsky.

¿Cómo? ¿Te quieres llevar los créditos tú?, me dijo, como no queriendo entenderme.

No, te estoy diciendo que todo es mentira. Lo más probable es que Owen ni siquiera haya conocido a Zukofsky. La traducción la hice yo.

A White le tembló un poco el labio superior. Pero no dijo nada.

*

Nota: Owen se fue a Detroit unos días después del Martes Negro, cuando empezó la Gran Depresión.

*

Mi marido empaca. Se va a rodar su película. No me queda claro por qué un guionista debe estar presente en el rodaje. Pero él insiste en que así es como tiene que ser en esta película, su película.

La bebé se despierta a medianoche. Lloro. Hay que hervir una mamila.

*

El calvito se quedó prendado de Dakota. Ella de su tina. Comenzaron una relación tortuosa, peligrosa, multilateral.

*

¿Cuándo te vas a Filadelfia?

La próxima semana.

¿Y por qué estás empacando desde ahora?

Porque eso escribiste. Dejaste tu computadora abierta y leí un fragmento.

Pero es sólo una novela, nada existe.

*

White me mandó mi último cheque por correo. Decidí irme en cuanto antes de la ciudad.

*

Moby existió. Pero no se llamaba Moby. Se llamaba Bobby. Cuando lo supe —me lo contó Dakota— me sacudió un ataque de risa, y luego de llanto. Pero Bobby no importa, porque tal vez ya no existe.

Existen el niño mediano y la bebé. Existe una casa, el crujido de la duela antigua, los estremecimientos internos de las cosas que poseemos, las ventanas palimpsésticas que guardan huellas de manos y de labios. Existimos mi marido y yo, aunque cada vez existimos más por separado, y existen también los vecinos, la vecindad, y las cucarachas que pasean en silencio.

*

Eres una mentirosa.

¿Por qué?

Eres una mentirosa.

Tú también.

*

Seguir la línea de una historia, como la línea del culito de un niño ecuatoriano que después fue detective en Harlem. Partirse la cara con todos y contra todo, el pasado y el presente, siempre y cuando avance la historia. Nunca abandonar la línea. Cerrar los ojos, ponerse una cubeta en la cabeza y ponerse a cantar, sólo para imaginar ese culito plano y prieto.

*

Regalé todos los muebles del departamento y repartí las plantas entre mis conocidos. Pero no el árbol muerto. Ése lo dejé en Filadelfia. Tomé el tren hasta ahí. Quería dejarlo en el cementerio. Laura y Enea me llevaron, no hicieron preguntas:

son personas que saben respetar a los demás, no pedir explicaciones. Fuimos al cementerio pero nunca encontramos la tumba de Owen. Ellas quisieron quedárselo. Todavía lo riegan, me dicen cuando hablamos por teléfono. No pasa nada aún, pero están seguras de que algún día retoñará. La maceta está en la puerta de su casa. Sus vecinos, nuevos cristianos, les preguntan por la planta muerta. Ellos tienen gardenias en la entrada. Son personas que piden explicaciones y tienen gardenias. Eso me dicen cuando hablamos: Son nuevos cristianos, tienen gardenias en el porche.

*

El niño mediano regresa de la escuela. Su padre se va mañana a Filadelfia y está en la cocina preparando la comida. El mediano se sienta en la mesa del comedor a dibujar. Los escucho desde la sala:

Mira, papá, hice una casa para vivir.

Ajá.

¿Sabes qué le pasó a mi casa?

¿Qué?

Vino un girasol de viento y la chompó.

No se dice girasol, se dice tornado.

Vino un tornado de viento y la chompó.

No tornado de viento, nomás tornado.

A mí me gusta tornado de giraviento.

*

Primero, el mutuo acoso. Perseguir al otro y dejarse perseguir hasta que nadie tenga un centímetro de aire. Gestar un odio infinito por el otro. No tanto el tedio (eso hubiera sido seguir veinte años a su lado y terminar durmiendo en otra cama). No tanto el desprecio (el tamaño insuficiente de sus manos, la temperatura inofensiva de su cuerpo dormido, el sabor de su sexo). Sino el odio. Romper al otro, quebrarlo emocionalmente

una y otra vez. Dejarse romper. Escribir esto es vulgar. Pero la realidad lo es aún más. Después, las acusaciones de orden moral. La lista de defectos del acusado, siempre acompañada de la lista tácita de virtudes del acusador. Sube la temperatura de las discusiones, empieza el histrionismo casi cómico del drama. Caras, caretas. Uno grita; la otra llora; y después, cambiar de careta. Así una, dos, tres o seis horas, hasta que por fin se cae el mundo: el día de mañana, este domingo, el próximo miércoles, la Navidad. Pero al final, una extraña paz, recogida de quién sabe qué entraña podrida. Hubo un solo gesto que me rompió —que me terminó de romper—. Su grito de júbilo después de cerrar la puerta de la casa.

*

El niño mediano le canta a la bebé y entre los dos practican una coreografía que involucra palmas y movimientos coordinados de brazos: La casa caída, los trastes tirados, papá enojado, mamá llorando... ¡Jesús, qué cuidado!

*

No sé qué hacer con los tres gatos que al parecer quieren vivir aquí definitivamente. Hace un par de noches les puse un chorro de whisky en un platito, imaginando que tal vez así renunciarían a mí como dueño y santo patrón de sus tres viditas miserables. Pero les ha de haber conmovido el gesto porque la mañana siguiente los tres despertaron en distintas partes de mi colchón y me vinieron a lamer las lagañas cuando dieron las seis.

*

Dakota quiso organizarme una despedida. Decidimos hacer una fiesta en el departamento sin muebles. Llegó su ex novio y algunos miembros rotatorios de la banda. Llegó Pajarote con Fani y con un número del *NYRB* donde había un artículo de

White sobre el caso Owen. Lo puse encima del refrigerador para leerlo cuando estuviera otra vez sola. No invitamos a Bobby ni a White. Vino el calvito con su ex mujer —una criolla mexicana un poco tonta que se había pagado una maestría en NYU para terminar dando clases de español en una secundaria de Brooklyn—; y ella llevó a su nueva pareja, otra criolla mexicana que citaba repetidamente a Joaquín Sabina. Y eso fue todo.

En la cocina, el ex novio de Dakota me preguntó por qué me iba así nomás, de un día para otro. Le dije que me había vuelto fantasma; o que quizás era la única viva en una ciudad de fantasmas; que, en todo caso, no me gustaba morirme a cada rato. Me acarició la frente. No supe qué hacer. Los gestos espontáneos me paralizan. Tal vez le pude haber tocado la cara; lamido la cicatriz desnuda que le zanjaba el rostro en dos posibles rostros. Le pude haber dicho que me iba porque era incapaz de sostener y habitar los mundos que yo misma fabricaba, que yo también tenía una cicatriz que me partía la cara en dos. Tal vez le pude haber hecho el amor en la tina empotrada. Tal vez le hice el amor.

*

Leí el artículo de White la mañana siguiente, en el departamento vacío. Owen se convertiría, sin duda, en un nuevo Bollaño. O, mejor, en un nuevo y perdurable Neruda.

White decidió no revelar la mentira completa al crítico del NYRB. Pero escribió un artículo explicando que él se había equivocado, que el manuscrito que publicó la editorial era en realidad apócrifo, y que todos, en un arrebato de entusiasmo, habíamos caído en la trampa. Pero el error que se había adjudicado White, sabiendo que su prestigio como editor terminaría con eso (y por supuesto, así fue), provocó una euforia inusitada a partir de la cual surgirían, a lo largo de los siguientes meses y tal vez años, una lluvia de manuscritos apócrifos relacionados con la estancia de Owen en Nueva York. Aparecieron, incluso, pruebas perdidas de un número de la revista *Exile*, que editaba

Ezra Pound, con selecciones del poemario *Línea*, publicado por Owen alrededor de 1930. Quise hablarle por teléfono a White, pero me respondió Minni: Dice que no puede hablar contigo, pero que no te preocupes, no sé a qué se refería, ya lo conoces, pero me dijo que te dijera que no te preocuparas.

*

El final no importa. Mi marido se mudó a otra ciudad. Digamos, Filadelfia. Quizás se encontró a sí mismo. O se fue a la chingada. Salió por la puerta de la casa, con una sola maleta y un portafolios lleno de versiones de un guión, y después no supimos más de él. Digamos que encontró a otras mujeres: mulatas ocasionales, una japonesa, gringas expansionistas que se lavaban la conciencia acostándose con intelectuales del tercer mundo, y hasta mexicanas criollitas para quienes la vida era un compendio de canciones de Joaquín Sabina.

*

En aquel departamento no había niños ni cucarachas ni fantasmas. Era un séptimo piso. Había sólo una tina empotrada.

⊙ Owen Loria

En esa otra ciudad vivía a algunas cuadras de Federico, pero el maricón pasaba todo el día en una residencia de estudiantes en el número 2960 de la avenida Broadway, escribiendo sus versos. A veces, me lo encontraba camino a la boca del metro y nos extendíamos la mano. Era un españolito bien comido, sobreprotegido, que se quejaba virtuosamente de su vida bohemia en la urbe: palomas y enjambres de monedas, edificios en obra perpetua, multitudes que vomitan, la enajenación, la soledad. El problema de los poemas de Federico era que todos terminaban siendo afedericados. El españolito (así le decía de cariño Salvador Novo) se engolosinaba con sus metáforas

raritas: las convertía en calles de un solo sentido, en sistemas de equivalencia única. Le gustaban Harlem y los negros, no hablaba inglés. Sus padres le enviaban cien dólares mensuales, que él desperdigaba por los bares de la ciudad. A mí me gustaban las suecas y las yanquis, y estudiaba inglés todo el santo día; me gustaban las tertulias a la Henry James, llenas de arios generalizados —franceses, alemanes o ingleses—, su carácter de raza muda, de gente «perpendicular», como decía James.

Una vez le escribí una carta a Xavier Villaurrutia diciéndole casi lo mismo, y nunca entendió el chiste, tal vez porque los chistes proféticos no dan risa. El mayor defecto del yanqui, le dije, es su incapacidad para hablar mal de la gente. En algún sentido, yo tenía razón. Pero entonces, en esa vida, no tenía conciencia de la capacidad más incisiva del yanqui —vivía frente al parque Morningside, entre negros que comían sandía y pollo frito todos los domingos (como mexicanos), y una sobrepoblación de grillos que hacían sonar a Los United como zócalo de pueblo sinaloense—. La virtud más alta del yanqui —ahora ya lo sé— es no decir nada; alimentar el silencio en torno a una persona hasta que esa persona empieza a cavarse una tumba en el cementerio más cercano, consciente de su incapacidad para cumplir con la cita de las cinco de la tarde y la felicidad de los domingos, ser siempre un *good sport*, etcétera.

Pero Federico: el españolet y su hermoso cullet, decía Salvador Novo.

*

Pajarote me llevó al aeropuerto en su Buick. Nos despedimos afuera. Me abrazó con un brazo largo, lampiño, y me dio un beso en la frente. Cuando se había metido de vuelta en el Buick y lo vi perderse entre los demás coches, solté una o dos lágrimas. O tal vez un poco más.

*

Era flaco y le tenía fe a las antologías de poesía. Le propuse al maestro Alfonso Reyes una colección de poetas norteamericanos. Quería traducir a Pound, a Dickinson y a William Carlos Williams. Me inquietaba la idea de que Pound hubiera vivido en una jaula; de que Williams fuera ginecólogo; y de que Dickinson no hubiera salido nunca de su casa. Había en esta constelación de poetas una extraña correspondencia determinada tal vez por la jaula, la casa y las vaginas. Supongo que esa clase de motivos son los que cuentan, aunque por supuesto no hice mención de eso en mi carta, sino que hablé de la importancia de incorporar a nuestra tradición las voces de estos tres gigantes. El maestro se entusiasmó con la idea. Traduje más de 200 poemas de Dickinson al vuelo. Se los envié en un sobre destinado a Brasil que probablemente nunca cruzó ni el Suchiate.

*

Imprimí las últimas veinte páginas de la novela para leerlas en voz alta, tachar, reescribir. Las olvidé sobre la mesa de la cocina durante la noche. Esta mañana bajé a desayunar y encontré a mi marido en la cocina. Mientras prende la estufa para el café, pregunta:

¿Por qué me desterraste de la novela?

¿Cómo?

Escribiste que me había ido a Filadelfia. ¿Por qué?

Para que pase algo.

Pero si me voy, ya no tiene sentido escribir dos novelas.

Entonces te quedas.

O tal vez mejor me voy. ¿Me estás dejando ir?

O tal vez te mueres.

O ya me morí.

*

En esa ciudad me moría a cada rato. Creo que la primera vez que me ocurrió ni siquiera me di cuenta. Era uno de esos días de

verano en que hace tanto calor que el cerebro entra en un letargo apantanado y blando que impide el brote y consolidación hasta de la idea más sencilla. El cerebro se pone a burbujear nomás.

Acababa de llegar a la ciudad y me tocó atender un asunto que el cónsul consideró de alta urgencia diplomática. Un piloto de nombre Emilio Carranza había querido volar sin escalas entre México y Nueva York y el pobre se fue a estrellar contra una montaña en Nueva Jersey. Entre mis tareas taquigráficas y hojas de contabilidad fiscal, tuve que redactar un informe sobre la muerte del piloto. Me tardé más de tres horas en sacar un párrafo.

Salí del consulado, aturdido, tristísimo por el pobre desconocido que se había estampado esa mañana. Caminé las cuadras de todos los días, y bajé por las escaleras de la boca del metro. Tal vez me tropecé ahí y me rompí el cráneo contra el filo de las escaleras. O tal vez llegué hasta el andén y me dejé caer a las vías. Después me habré quedado dormido en el vagón porque no recuerdo nada del viaje. Ese ángel relojero que despierta a la gente en su estación precisa me despertó en la parada de la calle 116. Lo primero que recuerdo es el rostro de Ezra Pound entre la multitud que esperaba el tren en el andén —sabía que no podía ser él, porque por esa época Pound estaba en Italia, pero la cara de futuro loco enjaulado era inconfundible—. Se abrieron las puertas y ahí estaba, apoyado contra una columna de la plataforma. Nos miramos directamente a los ojos, como si nos reconociéramos, aunque era imposible que él supiera de mí, tarasco o toluqueño, ni pelirrojo ni bonito, más poeta que cabrón. No pude moverme de ahí —en vez de salir entre la gente, dejé que los pasajeros salieran y los remplazaran otros, idénticamente feos, acalorados y normales—. Pound se me perdió entre los demasiados rostros del andén, como los pétalos húmedos esos de su poema.



Federico tenía una o dos virtudes. Durante mis primeros meses en Manhattan nos vimos todas las semanas en un *diner*

por ahí de la calle 108. Nos reuníamos porque estábamos escribiendo un guión para el pobre de Emilio Amero, que nunca lograba pegar una idea con otra, pero que nos había pedido una colaboración conjunta para su siguiente película. No sé qué haya movido a Federico, pero yo acepté porque era un modo de hablar español con alguien afuera del consulado una vez por semana. Se trataba de un guión irrealizable sobre viajes a la luna. Yo quería viajes interminables en un elevador que se llenaba de ojos; Federico reescribía, lleno de resentimiento, secuencias de Buñuel y Dalí pasadas por aguas niuyorquinas. Así nos empezamos a hacer amigos.

Terminamos teniendo tan poco de qué hablar que Federico decidió invitar a otro poeta a la tertulia para que después pudiéramos criticarlo. En realidad, fue así como empezamos a ser muy amigos. Para eso siempre hemos sido buenos los hispanos. El español es una lengua que se presta para la crítica y por eso somos malos críticos y buenos enemigos de nuestros amigos. El poeta era yanqui y se llamaba Louis. Pero nos dirigíamos a él por su apellido: Zukofsky. Y, entre nosotros, cuando él no estaba, era simplemente «Z». Tenía una nariz tan larga y fálica como la isla de Manhattan y unos lentes en forma de huevo que hacían de su cara una analogía perfecta del órgano sexual de un potrillo. Estaba empezando a escribir un largo poema, largo como *Los Cantos* de Ezra Pound, nos explicaba. Federico no entendía una sola palabra de lo que decía Z, que hablaba inglés como si estuviera dando misa en yiddish, así que yo hacía de traductor entre los dos. Y no es que yo entendiera mucho. *The poem will be called «A»*, nos explicaba el poeta, *because a little boy, when he's learning how to talk & enumerate the World, always says: «A dog», «A lolly-pop», & so forth and so on.* Dice que su libro se va a llamar «A», le explicaba yo a Federico, que porque un niño chiquito siempre dice «A perro», «A paleta», y algo así.

Federico siempre se entusiasmaba cuando entendía una idea nueva, ésa era su virtud. Pero luego luego se llenaba de angustia y se desilusionaba; ésa también era su virtud. Cuando

se iba el poeta gringo, hablamos de Gide y de Valéry. Nuestra condición de latinos recién egresados de la liga clásica nos redimía: éramos dueños del pasado de un puñado de lenguas, y el inglés era el hijo bastardo que siempre se regodearía en sus hallazgos lerdos; la función demiúrgica de los artículos, inventar al mundo enunciándolo. Los únicos que valen la pena son Eliot y Joyce, decía yo. Y también Williams y Dickinson. A Federico le gustaba Langston Hughes y acababa de descubrir a la mulata Nella Larsen. Nuestro amigo «Z» era un *dog* y un *lolly-pop*. No entendíamos nada de lo de las lenguas analíticas y lenguas sintéticas.

*

¿Crees que pude haber visto a Pound en el metro?, le pregunté a Federico camino a casa después de una sesión de trabajo en el *diner*.

¿Cómo?

Al poeta, Ezra Pound.

Pero si está en Italia o en París o qué sé yo.

Está en Italia, le dije, pero eso qué importa.

Ah, ya te entiendo. Definitivamente no, es imposible que alguien como tú lo haya visto.

¿Alguien como yo?



Pero no sólo había visto a Ezra Pound. Me di cuenta un día, entre mis idas y vueltas del consulado, de que llevaba un tiempo viendo a una serie de personas en el *subway*, y que éstas no eran, por decirlo de un modo, personas comunes, sino ecos de personas que tal vez habían vivido en la ciudad de arriba y ahora sólo transitaban por sus entrañas de ballena sobrecrecida. Entre esa gente había una mujer de cara morena y ojeras hondas que vi en repetidas ocasiones; a veces en el andén, esperando, otras a bordo del tren, pero siempre en

uno distinto al mío. La mujer se me aparecía, sobre todo, en esos momentos en que dos trenes andan por vías paralelas a la misma velocidad durante unos instantes y uno puede ver a los demás pasar como si viera correr los cuadros de una cinta de celuloide.

Le escribí una carta a Novo y le conté de esa mujer que siempre llevaba un abrigo rojo, de su cabeza apoyada suavemente contra la ventana del vagón, leyendo; o a veces sólo mirando la oscuridad de los túneles desde el andén, sentada sobre una silla de madera. Le hablé de Pound también, y de toda esa gente que estaba pero no estaba en los vagones del subterráneo, un poco como yo. Me respondió que yo era un subgüey y que en vez de andar buscando fantasmas donde no había, le mandara un poema sobre el *subway* o algo que sirviera para llenar las páginas de la revista *Contemporáneos*. Y yo le hice caso y escribí un poema de más de 400 versos, porque siempre le hacía caso a Salvador. Pero la mujer morena de ojeras tristes se me siguió apareciendo hasta el último día que estuve en esa isla de subgüeyes.

*

Mi marido dejó abierto el cajón donde guarda sus agendas, tarjetas, y la libreta café donde anota los poemas que no deja ver a nadie.



En el cuarto que rentaba en el edificio enfrente del parque Morningside había una maceta sobre el pretil de la ventana que parecía una lámpara. La maceta tenía redondas llamas verdes y adentro crecía un naranjo. Bajo la sombra magra de ese arbolito, le escribía cartas a Clementina Otero, a los Goros, a Salvador y a Villaurrutia. Me ponía yo muy poeta de provincia. Contaba mi vida en la gran urbe una y otra vez como para hacerla mía, consciente, quizá, de que también la

felicidad depende de la sintaxis. «Querido X: Vivo en Morningside Av. No. 63», una y otra vez, a cada uno de mis interlocutores invisibles.

*

Tomo la libreta café, que lleva algunas horas abandonada sobre la mesa. Abro al azar y leo. En definitiva, son versos escritos para otra persona. No quiero seguir leyendo.

*

Es sábado y me toca ver a los niños. Llego al edificio de mi ex mujer en la avenida Park y saludo desde afuera al portero, que enseguida hace llamar a mis hijos y sale a fumar conmigo en silencio hasta que ellos bajan, llenos de un entusiasmo estúpido por la vida. Me cuentan que su madre ha adquirido un nuevo radiotransmisor, que les regaló no sé cuántos juguetes nuevos, que vieron una película de guerra en una sala de cine grandísima, y que el próximo fin de semana se irán de viaje al mar. Me los llevo, cada uno de una mano, a caminar por Central Park.

Es hora de que vean a los patos, niños.

Siempre vemos a los patos, papá.

Hasta ahora, he sabido disimular muy bien el inconveniente de la vista. Cuando baja el sol y las cosas se me empiezan a esconder, le digo a la más chica: Generala, enumere usted en inglés todo lo que tenemos enfrente, y empieza: *a duck, a lake, a big tree, a little tree*. Pronuncia el inglés exagerando el acento yanqui, como es propio de los niños latinoamericanos de clase alta. Dice: *a dack, a leik, a beg twee, a lirl twee*. Y al grande le digo, cuando pagamos los helados al final del paseo: Soldado, usted cuente las monedas y páguele al vendedor la cantidad exacta.

Cuando nos despedimos otra vez al pie de la escalera del edificio, les doy un beso en la frente con los ojos cerrados, para que no se me vayan a asomar —imagino mis ojos como dos uvas

pasas, un poco agrisadas, arrugadas, pequeñas, podridas—. Luego tomo el tren de regreso a Filadelfia. Ya en el vagón, recuesto la cabeza sobre el asiento y me tiento los párpados cerrados a ver si siguen ahí mis ojos. Ahí están, llenos de agua, con el recuerdo de mis hijos como efigies heridas.

*

Es domingo y mi marido se lleva a los niños al zoológico. Darán un largo paseo por Chapultepec y el mediano regresará excitado a contarme de los elefantes, que no pueden acostarse nunca porque no se podrían volver a levantar. Después se pondrá un poco triste y me preguntará por qué: ¿Por qué los animales no pueden salir del zoológico ni tú de la casa, mamá?

*

Dios y la gente se solidarizan con las víctimas. Pero no con cualquier víctima, sino con las víctimas que se victimizan con éxito. Mi ex mujer, por ejemplo. Cuando nos divorciamos, la criolla se volvió poeta y víctima; la profeta de las víctimas divorciadas.

Ella acaba de publicar un librito de poemas en prosa muy rencorosos, autogestionados y trilingües, en la editorial imaginaria de su mentora, una poeta gringa que dirige un taller de poesía que se llama Hijas Espirituales de Mina Loy (SDML, por sus siglas en inglés). Tiene la descortesía de invitarme a la presentación, que se celebra en su propio departamento. Como sé que le tengo que caer bien porque si no, no me presta a los niños nunca, tengo la cortesía de ir hasta Nueva York a verla.

Me abre la puerta un mayordomo. Pregunto por los niños; están dormidos. El departamento huele a una mezcla de perfumería de barrio alto, maquillaje, ropa recién planchada y espárragos. El mayordomo me ofrece un martini y un plato de espárragos hervidos, precisamente. Me podrá traicionar la vista pero sigo siendo un perro para olfatear la amenaza de un aquelarre de brujas reunidas en torno a sus rencores y un plato

de botanas caras. Cuelgo mi saco junto a la entrada, entre bolsas y abrigos de mujer de todos los tamaños y texturas posibles; acepto sólo el martini y me abro camino hacia la estancia.

No las veo bien, pero por el rumor y el hedor que despiden deben ser más de veinte, más de treinta, sentadas en semicírculos concéntricos alrededor de mi ex mujer y otras dos presentadoras —las tres brujas de *Macbeth*, pero más vulgares y más enojadas con la vida—. De pie frente a la sala, se me encogen repentinamente los testículos. Dos cacahuates. Tal vez desaparecen por completo. Me quedo parado atrás de la última fila de sillas, lo más cerca posible del mayordomo, aterrado.

Mi ex mujer está leyendo, con su acento de bogotana internacional. La pobre tiene una voz muy fea —puja las consonantes guturales, alarga las vocales abiertas y rechina las íes como una máquina mal calibrada—. Lee un poema sobre la utilidad práctica de los maridos. Siempre se le curvaron un poco hacia abajo los labios mientras leía en voz alta; también cuando me reprochaba mi lista infinita de defectos. Imagino el rictus amargo, ahora subrayado por las zanjias y las bolsas de piel envejecida. De tanto en tanto, entre las convidadas, irrumpen risas como de hienas. Quizá, en cuanto termine la ceremonia, me desnudarán y me atarán las manos y las piernas, me abrirán los párpados y me llenarán los ojos de escupitajos. Se cagarán encima de mí —años de retención intestinal.

Ella termina de leer el poema y la sala entera reverbera en un éxtasis de aplausos. Yo estiro el brazo para ver si el mayordomo sigue a mi lado. Ahí está. Lo tomo del hombro:

No me abandones, hermano, quédate aquí cerquita.

Aquí me quedo, señor, no me muevo.

Lee otro poema y otro. Cuando termina el último, dedicado presuntuosamente a la poeta Mina Loy, empieza una ovación y las mujeres se ponen de pie. Rechinan las patas de las sillas contra la duela. (¿De dónde habrá sacado tantas sillas?)

Mi ex mujer, araña en el centro de su tela, me mira desde la otra esquina del cuarto. Soy una mosca diminuta atrapada en su universo baboso. El mayordomo me suelta para atender las

demandas de las damas; y yo me quedo ahí, sin saber dónde poner la mano libre; y la que sujeta el martini, ahora tiembla un poco.

Empieza a hablar la bogotana internacional: la poesía, la disolución de la identidad, la extranjería, y no sé qué criolladas más. Hace una pausa y para cerrar dice: Agradezco la presencia de mi ex marido, poeta tan injustamente desconocido pero tan capacitado. Las cabecitas giran hacia mí. ¿A qué se refiere con eso de capacitado? Me dan unas ganas urgentes de orinar. Decenas de hocicos pintados sonríen —todavía distingo el blanco contra el negro y sé que sonríen porque el cuarto oscurecido de pronto se enciende como un cielo estredentado—. La aceituna palpita dentro de la copa. Mis órganos, dentro de mi traje, palpitan. Las caras que me ven palpitan; allá afuera, palpita la ciudad: el bombeo persistente de la sangre, la temperatura de la humillación. ¡Que hable! ¡Que diga algo! Deseo una muerte súbita que no me logro provocar. Entonces hablo:

Yo vine porque me invitaron.

(Silencio).

Vine porque siempre he sido un feminista de vocación.
¡Viva Mina Loy! ¡Viva!

(Silencio).

En realidad vine, Celeste, porque quería pedirte nomás que me prestaras un poco de dinero para llevarme a los niños a la feria el próximo fin de semana.

*

He conocido a un solo hombre ciego en mi vida. Se llamaba Homer Collyer y durante el año de 1947, poco después de su muerte y un año antes de mi regreso definitivo y fatal a Los United, se volvió una fugaz celebridad. Pero mucho antes de eso, cuando llegué a Harlem en 1928, Homer vivía con su hermano Langley a algunas cuadras de mi departamento, en una mansión en la esquina de la calle 128 que ambos habían heredado de sus padres.

Homer estaba lengüeteando un helado en las escaleras de la fachada y me acerqué a pedirle direcciones para una iglesia donde habría un servicio especial ese domingo, sobre el cual los muchachos de la revista *Contemporáneos* me habían pedido una crónica. Disculpe, señor, ¿dónde queda Saint John?, le pregunté. Señaló con su bastón hacia el cielo. Me reí discreta, pero honestamente, y me quedé parado como un lerdo, esperando que de algún modo el chiste rematara en coordenadas terrenales. Pero cambió de tema.

¿Usted sabe que el helado de chocolate está hecho con polvo de cocaína?

No, señor.

Eso dice mi hermano Langley, ¿usted lo conoce?

¿A su hermano?, no, señor.

Me senté junto a Homer en el escalón.

Es un buen hombre. Un poco cochino pero empeñoso a su manera. Dice que si tomo una hora de sol todas las mañanas y como suficiente helado de cocaína, voy a recuperar la vista poco a poco.

No me diga, ¿usted es ciego?

Homer se quitó los lentes oscuros que traía y me sonrió —tenía los dientes como de caballo, grandes, ovalados y amarillos.

*

Cuando le lavo los dientes al niño mediano, contamos hasta diez para la fila de arriba en medio, diez abajo, quince las muelas de un lado (arriba y abajo), quince las del otro. Un buche de cinco, otro más, y a la cama.



Me gustaban las tertulias largas, para largarme despacio, despreciar a todos mis interlocutores, sentir que el mundo me quedaba corto. Amero nos citaba en un bar donde casi siempre

éramos los únicos blancos. El dueño se hacía llamar «México» (era un yanqui muy yanqui que había peleado del lado de Villa en la Revolución Mexicana y nomás por eso se creía metonimia del país). Yo iba poco a esas cosas, pero cuando iba, iba para largo. Los regulares eran Emilio Amero, Gabriel García Maroto y Federico, que casi siempre llevaba a Nella Larsen. A veces nos sumábamos yo y nuestro amigo Z, a quien entre whisky y whisky le daba por hablar del *objectivism*, palabra que Federico era incapaz de pronunciar. Decía algo así como «ojetivicio» y luego se volteaba para buscar complicidad conmigo.

Esa noche todos bebimos como damas y nos emborramos como cerdos. Creo que a Nella Larsen le dimos penita desde el principio, porque se cambió de mesa antes de que empezara el show. En una esquina del bar presentaron al famoso Duke Ellington, a quien yo sólo conocía de oídas. Federico se puso de pie y se estiró las calcetas. Tenía unas piernitas cortas y rechonchas, llenas de pelos alambrados, y el pobre insistía en usar pantalón corto (cosa de europeos, bola de mariquitas). El españolet aplaudió tan eufórico que, antes de sentarse al piano, el músico se inclinó el sombrero y le agradeció personalmente el aplauso. Federico me volteó a ver como diciendo, ¿Viste?, el Duke y yo somos cuataches, o colegas, en español del bueno. El hombre se sentó al piano y comenzó. Z se quitó los lentes y los dejó sobre la mesa, entre los vasos. García Maroto, tal vez la persona más aburrida del mundo, escuchó el concierto entero con los ojos cerrados, o tal vez sólo se quedó dormido.

En una pausa de aplausos al final del primer *set*, Federico se me acercó al oído y me dijo: No voltees, atrás de ti está Ezra Pound. Yo me levanté tan rápido de mi silla que casi tiro la mesa. Se cayeron todos los vasos, se voltearon los ceniceros, saltaron hielos. García Maroto se despertó de un salto y detuvo el cataclismo con un manotazo que aterrizó sobre los anteojos de nuestro amigo Z, que se rompieron. Volaron cristales diminutos como fragmentos del mundo de un niño; *a chair, a man, a poet, a sad, a broken: a broken sad poet man*. A Federico le entró un ataque de risa y el pobre Z ya andaba a gatas por el suelo

buscando los pedazos de sus anteojos. Qué crédulo, mejicanito, ¿cómo crees que va a estar Pound aquí?, me decía Federico entre carcajadas (tenía una lengüita roja y áspera como de gato y la sacaba tal vez demasiado cuando se reía). Hicimos tal escena que una especie de gorila de dos metros con corbata se acercó con otros dos chalanes igual de changos y nos sacó del lugar a chingadazos. Yo creo que esa noche en vez de whisky nos dieron loción, porque todos estábamos en un estado francamente alucinatorio. Es posible que al salir del bar alguien me haya apuñalado y me haya robado mis zapatos y todo mi dinero, porque la mañana siguiente desperté descalzo y sin un quinto en un hospital de Harlem. Ésa ha de haber sido la segunda vez que me morí.

*

Nota (Owen a Araceli Otero): «Ya no me muero tan a menudo. Me parezco casto y ya fuerte sin exageración. Como muy bien y soy un tiempo inconjugable, futuro pluscuamperfecto. Me interesa la fiebre, pero de ella lo que más me interesa es lo que por ella pierdo, medido en libras de año. Peso 124 meses. Nueva York es azul, gris, verde, gris, blanca, azul, gris, gris, blanca, etc. A veces es también gris. (Sólo de noche no es negra). (Sino gris). ¿Y usted?».

*

Mi marido les lee a los niños un libro aleccionador y moralista que compraron en el zoológico, sobre un delfín recién nacido que pierde a su clan en el mar por no hacerles caso a sus papás.

Tal vez se lo va a comer un tiburón, especula el mediano. Sus voces me llegan como desde lejos, como si yo estuviera abajo del agua y ellos allá fuera, yo siempre adentro y ellos siempre afuera. O al revés.

Bebé delfín se pone a llorar. Hace un silbido finísimo, que atraviesa el agua como una flecha, continúa mi marido.

¿Las flechas pueden atravesar el agua?, interrumpe el mediano. La voz de los delfines es única, sigue leyendo mi marido, como las huellas digitales. El mediano hace ruidos, como de flechas atravesando un cuerpo de agua.

Pon atención, lo regaña su papá. Ya casi acabamos.

Me quedo pensando en la pregunta del mediano.

Mi marido sigue: Mamá delfín escucha a su bebé, desde muy lejos. Nada por todo el mar para buscarlo.

¿Lo encuentra?, pregunta el mediano.

Sí, mira, acá en la última página del libro se ve cómo lo encuentra.

*

Cuando los niños eran más chicos y vivíamos todavía en la casona de la calle 70, en Bogotá, jugábamos a las escondidas. Yo me escondía detrás de las ramas delgadas de una jacaranda joven. ¿Dónde está papá?, les preguntaba. Ambos corrían hasta mi lado y cada uno se me colgaba de una pierna. ¡Aquí!, gritaba la chiquita. ¡Te encontramos!, el niño. ¡No, yo soy un árbol!, replicaba, y los alzaba en el aire, cada uno en una de mis ramas.

*

Homer, el ciego, tenía un ojo más grande que el otro. Uno de ellos, el chico, estaba entornado perpetuamente hacia su lagrimal, inmóvil. El más grande revoloteaba en su cuenca violácea como un pájaro blanco desorbitado —parecía una de esas palomas atrapadas en el interior de una iglesia o una estación ferroviaria, dando aletazos contra un ventanal cerrado—. Me gustaba quedarme viendo ese ojo errático, que no me veía a mí. Homer me esperaba todos los domingos con un helado de chocolate en cada mano, a las diez en punto de la mañana. Si llegaba dos, tres minutos tarde, el helado que me correspondía estaría mitad derramado, bañando su puño.

Usted es un fantasma, señor Owen, ¿no es así? (Pronunciaba mi nombre como lo han de haber pronunciado mis ancestros).

¿Por qué dice eso, señor Collyer?

Pues porque yo a usted sí lo puedo ver.

¿Y no será que está recuperando la vista con tanto helado de cocaína?

No señor, no es eso. Usted tiene cara de indio americano pero constitución de japonés. Y tiene temple como de aristócrata alemán. Hoy trae sombrero, tal vez gris, y un saco que no le va nada bien.

¿No le gusta mi saco?

A usted se le vería bien el *tweed*. El próximo domingo le regalo un saco de *tweed* de mi hermano Langley. Lo tengo que buscar y lavar. Mi hermano tiene muchas cosas allá dentro.

Nunca entré a la residencia Collyer, aunque tiempo después, cuando los hermanos murieron y todos los periódicos de la ciudad hablaban de ellos, supe que la casona se había ido llenando de basura con el paso del tiempo. Langley llevaba algunos años coleccionando todos los periódicos que se publicaban en la ciudad y los colocaba en torres e hileras que sirvieran como un muro de contención para que Homer no se estrellara contra los muebles victorianos de la casona. Pero Langley, al parecer, acumulaba no sólo los periódicos de la ciudad, sino máquinas de escribir, carreolas, llantas, bicicletas, juguetes, botellas de leche, mesas, cucharas, lámparas. Homer nunca me habló de la afición coleccionista de su hermano, pero ahora puedo imaginar que el afán no era gratuito. Tal vez pensaba que trayendo a casa ejemplares de objetos mundanos, podría su hermano ciego mantener una idea de las cosas que sostienen tontamente al mundo: un tenedor, un radio, una muñeca de trapo. Quizá la suma de sombras terminarían por apuntalar la cosa en sí y Homer quedaría a salvo del vacío que poco a poco se iba abriendo camino en su cabeza.

*

Z era un poeta mayor. En una ocasión nos convocó a Federico y a mí para leernos unos fragmentos de «A». Nos vimos en una banca en la explanada central de la Universidad de Columbia. Federico llegó tarde, con su acostumbrada arrogancia de estrella a punto de ser descubierta. Es que estaba con Nella Larsen, dijo, como si dijera que había estado chacoteando con el rey de Francia. Federico era como un Narciso que sí había leído a Freud pero, en vez de espantarse, se había enternecido.

Z comenzó a leer sin introducciones, como hacen los muy seguros de sí mismos o los demasiado inseguros de todo. Escucharlo leer era como ser testigo de una ceremonia religiosa de abisinios. Yo casi no entendía nada, aunque mi inglés había mejorado bastante. Eran versos atravesados por teorías marxistas, cabetistas, spinozistas, teorías en general, y eso los emparentaba con los profetas que se paraban en las esquinas del Distrito Financiero a adivinar el fin del mundo, del capitalismo, de *the world as we know it*. Pero más allá de las teorías había en sus versos una plasticidad que no había escuchado en ninguno de mis contemporáneos yanquis (que jamás sospecharon, por lo demás, que fuera yo su contemporáneo). Se me grabaron unos versos que nunca he terminado de comprender del todo, pero que de tanto en tanto regresan a mí, y me revuelcan como a una puerca en el detritus de su desconsuelo:

*No one really knows us who does not love us,
Time does not move us, we are and love, searing
Remembrance — veering from guises which cloak us,
So defined as eternal, men invoke us.*

*

Tal vez si les pongo una barra de jabón en su platito de comida o un poco de loción de afeitar, los gatos estos se morirán y me dejarán en paz.

*

Jugamos a las escondidillas en esta casa enorme. Es una versión distinta del juego. Yo me escondo y los demás me tienen que encontrar. A veces pasan horas. Me encierro en el clóset y escribo párrafos larguísimos sobre otra vida, una vida que es mía pero no es mía. Hasta que alguien se acuerda de que estoy escondida y me encuentran y el mediano grita: ¡Encontrada!

*

Este sábado me toca ir a Manhattan a ver a los niños. Su madre sale de fin de semana —a los hoteles de lujo del sur de la ciudad o las casas de mar en la costa de Long Island— y yo me quedo en su departamento de niña bien en los números altos de la avenida Park.

Llego un poco tarde y el portero me hace pasar al departamento. Sé que hay, aunque ahora me cuesta verla, una mesa de mármol en el recibidor, que sostiene un jarrón con flores frescas; hay una mesa larga y una sala para entretener. Hay trinchadores con la vajilla en la que comí durante muchas cenas, una pared llena de retratos familiares en los que no figuro —salvo en la cicatriz de un clavo—; hay un piano y su partitura ilegible, charolas, una criada uniformada, una cama tan grande y amarilla amarga como el mar de Mazatlán. Hay una cava llena de licores indispensables.

Mi ex mujer ha tenido la delicadeza de no estar para recibirme. Me deja una nota con instrucciones que me lee la criada: el chiquito no puede comer azúcar, por ahora; la chiquita se baña a las ocho de la noche. Como si yo no supiera.

Es una tarde luminosa, espléndida. Me meto la nota al bolsillo, agarro una botella de aguardiente de Cundinamarca y me llevo a los niños de paseo a mi antiguo barrio.

Queremos ir a la feria, papá.

Ni modo, niños, no hay dinero.

Tomamos el *subway* hasta los ciento y pico y cruzamos la isla a pie de este a oeste. En una esquina compramos una sandía y unas sodas. Llegando al parque Morningside nos

sentamos bajo un sicomoro blanco, de más de quince metros, la sombra enmarañada, como las cabelleras de los negros. Partimos la sandía con las manos, con una piedra, con un palito y con los dientes; los obligo a comérsela entera, sentados sobre nuestros suéteres, porque hemos olvidado las cobijas especiales que su madre guarda para los días de campo.

Ya no podemos comer más sandía, papá, vamos a explotar, imploran.

Sigan comiendo, nada es gratis.

Nada, salvo el aguardiente de Cundinamarca, que me entra bien. Tiene algo de milagroso el alcohol para un hombre en mis condiciones: destraba algo, relaja los nervios del otro lado de la esfera de los ojos, y deja ver lo que hace tiempo se ocultaba entre las cataratas.

Distingo una familia a unos metros de nosotros. Tienen manteles, música, bebidas, niños con guantes de beisbol, me dice el niño. Un poco borracho y envalentonado, me acerco al grupo y trabo amistad con el capo de familia. Me ofrece un ron. Se me ha terminado el aguardiente, así que acepto. Llamo a mis niños, que titubean un poco frente a la nueva tribu. Se presenta amable, alegre, rechoncha, una de las niñas: Soy Do, *nice to meet ya*. Finalmente, el chico accede a ponerse el guante y su hermana lo sigue. Los niños juegan beisbol en Morningside: es un poco como la felicidad.

Tomo asiento sobre el filo de una piedra desde donde veo la ventana de mi antiguo cuarto, en el número 63 de la calle que bordea el parque. No alcanzo a ver la ventana, por supuesto, pero es un cuadro que conozco bien y que puedo recomponer con facilidad. Con cada nuevo trago del licor, además, reaparece un nuevo tono, se vuelven más nítidos los contornos perdidos de las cosas. Interrumpen el recuadro, intermitentes, los grandes pechos de la mujer de mi nuevo amigo. En esa ventana me sentaba a escribirle a Clementina Otero, le pedía matrimonio una y otra vez. Bailan sus enormes pechos, ella baila y se come el último pedazo de sandía —nuestra única contribución para entrar al convite—. Mi hijo conectó un *home*

run, me reporta el capo de familia, y todos aplaudimos desde lejos. Ahí mismo yo estudiaba inglés obsesivamente, subrayando los números del *New Yorker* que la casera había dispuesto en un librero junto a varias ediciones de la Biblia, *always New Testament*. La mujer muerde la sandía y me mira, *hey Mexican poet*, me dice, todo escurre, discurre, y se le queda una semillita negra aferrada a la línea del escote. Veo perfectamente la semilla y mi ojo gancho se engarza en ella, último asidero en mi planeta de sombras. Yo me masturbaba, era joven, mientras veía mi reflejo desnudo en esa misma ventana. Los niños se le abalanzan encima a mi hijo y forman una montañita blanquinegra sobre él: Papá, me grita desde lejos, papá, me pegan. Ella baila, me baila. La línea, la semilla, mi cuerpo de ahora inclinándose hacia ella, mis brazos hinchados arremetiendo, rodeándole la cintura, sus manotazos, *you madafaka*, mi lengua que se abalanza sobre la semilla, recorre la línea suave del escote, Papá, había un *Spanish poet* mejor que yo, se llamaba Federico, me pegan, Papá, la negra sabe a loción, y había un *American poet* muy bueno, se llamaba Z, un golpe seco sobre mi nuca, el *capotavola* me pega una y otra vez con la botella vacía, *you madafaka*, hay vidrio por todos lados, miles de pedacitos incrustados en mi cabeza, todo desaparece. Los niños juegan beisbol y una espiga me hace cosquillas en la oreja derecha.



Nota (Owen a Araceli Otero): «Los negros son transparentes. De noche se visten de vidrio. Yo he ido a veces por Harlem entre un río de voces sin cauce, sin manantial tampoco (grito que nadie lanzó). A través de todos se veía la noche, transparente... Hablan como sus yucatecos. *C'mon, c'mon in, mise, two dollahs*. Un día entré. No se puede escribir sin música y coreografía».

*

¿De quién te estás escondiendo mamá? ¿De papá?

No.

¿De Consincara?

De nadie.

Si te quieres esconder, mamá, tienes que encontrar un lugar más escondoso.

¿La cama no es escondosa?

No, la cama es brincosa y un poco estorbosa cuando quieres correr.

*

Federico y yo decidimos fundar un grupo inspirado en nuestro amigo Z. Tal vez a expensas de él, pero no necesariamente en su detrimento, que no es lo mismo. Fue idea de Federico, pero yo me fui convirtiendo en su palero, así que no sólo accedí sino que me involucré de lleno y aporté algunas ideas. A pesar de su insistencia en que incluyéramos a Nella Larsen, convenimos que seríamos sólo dos miembros y que el grupo se llamaría Los Ojetivicios. La idea era que yo tradujera al vuelo los poemas de Z mientras él mismo nos los leía y que luego Federico los recitara o cantara en lugares públicos (su teoría era que en andalú todo rimaba, así que sería fácil conservar el espíritu y las rimas imposibles de los versos de Z, incluso, o sobre todo, si hacíamos algunas traducciones sólo fonéticas). Podríamos, además, pedir un poco de dinero a cambio.

El pobre Z, por supuesto, no sabía nada de nuestros planes, y pensaba que nomás queríamos escucharlo, así que cuando le pedimos que nos leyera de nuevo esos versos de «A» que nos habían gustado tanto, llegó a la explanada de Columbia muy contento y bien vestido. Esta vez, nos explicó que en el fragmento le interesaba poner a hablar a los objetos. Le traduje a Federico:

Que aquí van a hablar los objetos.

¿Cómo que hablan los objetos?

Federico is asking how come do things speak.

Z nos miró a los dos y nos dijo, con absoluta solemnidad: *I'm trying to make the table eat grass, although I can't make it eat grass.* Le dije a Federico: Que te calles y te sientes en el pasto. Z sacó sus papelitos, y se puso a leer:

*These, each in itself is saying, «behoove us,
Disprove us least as things of love appearing,
In a wish gearing to light's infinite locus,
Balm or jewelweed is according to focus.
No one really knows us who does not love us,
Time does not move us, we are and love, searing
Remembrance — veering from guises which cloak us,
So defined as eternal, men invoke us».*

Y yo: Creo que al principio habla de las Hoover, las máquinas ésas que sirven para aspirar el piso y hacen un ruido endemoniado. Pero me parece que dijo «behoover», así que se refiere a la acción de aspirar, ya ves que en inglés transforman todos los pinches sustantivos en verbos. Así que los objetos piden ser aspirados por una Hoover, o algo así. Y luego hay algo de un whisky y la luz que emana de infinitas langostas. Después dice: Palma o hierbajoya, según sea el foco... (eso último le había entusiasmado a Federico, que tomó nota cuidadosa para la siguiente aparición pública de Los Ojetivicios). Seguí: Los cuatro versos finales son los que nos leyó la otra vez y son magníficos. Mejor los trato de traducir en papel y luego te digo. Tú mientras toma nota de todas las palabras importantes y luego vemos cómo le hacemos.

Lo bueno era que Z no entendía español, y Federico fingía entenderme a mí, así que no había modo de que yo quedara como un idiota.

*

Decidí ponerle nombre a los tres infames, que ya se terminaron de instalar en mi departamento. No sé si sean machos o

hembras y no he querido tentarles la barriga por miedo a que me arañen si de pronto mi mano temblorosa da con un par de testículos felinos. Se llaman Cantos, Paterson y The. Naturalmente, nunca sé cuál es cuál, así que a veces digo al aire «¡The Paterson Cantos!», y vienen los tres. Pero son nombres demasiado serios como para estarse repitiendo a la ligera, así que la mayor parte del tiempo llamo a todos por su característica en común: putos yanquis.



Después del incidente de Morningside Park, mi ex mujer no me dejó volver a Manhattan a ver a los niños. Te me embriagas, Gilberto, y los niños se me espantan. A la Señora le gustaba eso del «me», como si todo fuera una conspiración contra su persona. Al pobre chiquito me lo golpearon unos niños y la niña tuvo que buscar un taxi ella sola que los trajera a todos de vuelta; y tú en ese estado, Gilberto, no me lo merezco.

El primer fin de semana que me tocaba estar allá con ellos, se los llevó a Coney Island. Los niños me llaman por teléfono desde ahí, con las monedas que les da su mamá de domingo. Saben que yo nací en domingo y que sólo por eso me puedo deprimir muchísimo. Por eso llaman, son niños educados: Hoy vimos el show del enano vomitador y nos recordó a ti, papá, pero en pequeño. Se tomaba litros y litros de agua y luego los vomitaba en una cubeta. No era un efecto, papá, de verdad bebía y vomitaba muchísimo. Y luego mamá nos compró unas *lolly-pops* de fresa. Pero tú eres alérgico a la fresa, papá, y te puedes morir.

*

No he hablado con mi marido en más de una semana. Sé que duerme en la casa, porque algunas noches, cuando no puedo conciliar el sueño, lo siento entrar a la cama. Huele mal. Huele a calle, a restoranes. Huele a personas. Otras veces, sé que se mete a la cama del niño mediano y duerme ahí. Los escucho

levantarse juntos en la mañana, bañarse, desayunar con la bebé, salir a la escuela. A veces, se lleva a la bebé con él a lo largo de todo el día. Otras, me la deja aquí y no vuelve hasta la noche. Cuando vuelve, saluda a los niños y se tira en nuestra cama a ver la televisión. Cuando me meto yo a la cama, él se levanta y se pone a trabajar en algo.



He empezado a sospechar que ese verano del 28 hice algún tipo de pacto fáustico. No recuerdo haberlo hecho, por supuesto, ni creo de veras en el Diablo, ni en Goethe ni en Marlowe. Pero algo en medio de mis sucesivas muertes tuvo que haber ocurrido, algo que explique al ciego gordo de tres libras que soy ahora. Tal vez, como Tiresias, haya yo ofendido a la diosa Hera, pinche feminista. Por su culpa, Tiresias también supo de tetas y tinieblas. Juro, Hera, que no me vuelvo a divorciar.



Homer sí me creyó cuando le dije que había visto a Ezra Pound en el metro y que había una mujer a la que siempre veía en otro tren. Lo que te pasa a ti, me dijo, es que tú también puedes recordar el futuro.

Villa umtía

En esa vida, casi nadie se había muerto de manera definitiva. Xavier, por ejemplo, no se había muerto, aunque él también se moría a cada rato. Junto a mi naranjo, le escribía cartas a todos como si ya fuéramos fantasmas, como si contribuyera con mis descripciones de un Manhattan barco hundido a la escenificación de nuestra posteridad. «Por las dos ventanas llegaba el parque, todo voces de niños», le decía a Xavier. «Es un parque escalonado, como un espectáculo que se viera desde el foro de mi ventana. Aquí los niños son niños. Los grandes se besan, a

veces, cuando no están muy cansados. Yo estoy solo y desnudo, con sólo una bata de seda cubriéndome»: la sintaxis de la infelicidad aspiracional.

Pero un día se me murió el naranjo. Me había ido de viaje a las cataratas del Niágara, y no lo regué antes de salir. Cuando volví estaba completamente seco —como si hubieran pasado años y no apenas dos semanas—. Me puso tan triste su repentina muerte seca, me pareció tan profética a su manera, que subí las escaleras de mi edificio hasta la azotea y ahí mero lo abandoné.

*

Una vez, hacia principios del otoño, pude ver a la mujer de rostro oscuro y ojeras por más que los brevísimos instantes que nos solían propinar nuestros respectivos viajes en trenes paralelos. Las puertas del subterráneo en el que yo viajaba se habían atrancado y llevábamos más de diez minutos varados en el andén. En eso, se aproximó otro tren desde atrás por las vías contiguas y se detuvo junto al nuestro. En el vagón de enfrente, la cabeza apoyada contra la ventana, estaba la mujer, con un sombrero de tela verde oliva y un abrigo rojo, abotonado hasta el cuello. Iba leyendo un libro de tapa blanca. Inclinando un poco la cabeza, alcancé a leer el título, que para mi sorpresa era una palabra en español: «Obras», decía. La mujer se sintió observada y alzó la vista —sus ojeras enormes, sus ojos enormes—. Nos quedamos mirando como dos animales deslumbrados por un violento destello de luz artificial hasta que su tren volvió a arrancar.

*

¿Usted ha estado casado, Homer?

Después de un silencio, Homer me puso una mano sobre la rodilla y preguntó:

¿Sabe usted cuál es la diferencia entre los enunciados analíticos y los sintéticos?

el error de

Nos habíamos estado comiendo nuestro helado de chocolate en silencio, y yo tenía ganas de contarle a Homer que me quería casar con una mujer que se llamaba Clementina y que ella no me quería a mí ni un poquito.

No, respondí, ¿cuál es?

Se limpió los dedos con un pañuelo celeste que sacó de su bolsillo y, en tono profesoral, empezó:

Analíticos: enunciados verdaderos en virtud de su significado. Ejemplo: «Todo soltero es un hombre no casado». Sintéticos: requieren algo del mundo para ser verdaderos. Ejemplo: «Todo hombre casado cree que la felicidad duradera es bailar toda la vida con la más fea».

¿Y yo qué soy?

Tú no eres un enunciado, Gilberto. *fin una línea una línea*

*

Pero ahora soy precisamente eso, un enunciado. Y también por eso dejé a mi mujer, porque ya no estaba, a mis cuarenta y tantos, para bailar con la más fea. Ni así, tan gordo y tan ciego.

*

Los niños juegan a las escondidillas en esta casa llena de huecos. Es una versión distinta del juego. El mediano esconde a la bebé y yo la tengo que encontrar.

*

Ayer en la noche regresé a mi casa un poco más borracho de lo que acostumbro, de una cena en casa del vicecónsul inglés. Estaba él, su mujer, un posible maricón argentino y tres yanquis (hombres, no gatos) con sus tres mujeres yanquis (tampoco gatos, aunque casi). El problema moral de los y las yanquis es que creen que son suecos pero en circunstancias límite son igual de maleducados que los hondureños, sólo que más

calculadores e hipócritas. Hablamos toda la noche sobre las obras públicas de Filadelfia, el nuevo gobernador, el clima bárbaro del verano, el exceso de moscas y moscos, hasta que llegó el postre y una de las señoras propuso el tema de la escandalosa infidelidad de no sé qué político famoso. Empezó a hablar el que tenía más *seniority*, y seguramente más experiencia en lo mismo que estaba denostando. Mientras se atornillaba un anillo de bodas —como para apretar la tuerca nodal de un engranaje a punto de desgazarse— construía frases elocuentes sobre el sentido último de los votos matrimoniales. Alguien hizo alguna referencia al *Marriage and Morals* de Russell. Yo me acordaba —había leído el libro de joven— que el capítulo titulado «Matrimonio» iba seguido de otro titulado «Prostitución». Lo dije en voz alta y todos me miraron, guardando silencio, hasta que uno de los yanquis, el que estaba a mi derecha, irrumpió en una carcajada paternal, palmadas en la espalda, *oh you Mexicans*. Me entraron unas ganas desesperadas de orinar —me pasa siempre que me vuelvo el centro de atención—. Una de las esposas exigió una explicación, que no le tuve que dar gracias a que el argentino se levantó de la mesa para despedirse y rompió la tensión. Las señoras hicieron equipo, los señores encendieron sus puros y, en cuanto pude, me despedí efusivamente del vicecónsul inglés, de sus amigos, y salí por la puerta de su casa.

Los vecinos de su cuadra tienen mecedoras y flores en los porches: probables gardenias, geranios, petunias. Subí los escalones de uno de los porches y oriné sobre unos geranios aromáticos. Al darme la vuelta para bajar otra vez hacia la calle, tropecé con una maceta, que rodó por escalones, desparramándose. En la oscuridad, pude reunir parte de la tierra que se había regado, la estofé como pude en su lugar y, nomás por no dejar huella, me fui cargando la maceta hasta mi casa.

Abrí la puerta y saludé a los putos yanquis. Puse mi nueva adquisición sobre la mesa del comedor y arrimé una silla para sentarme a compartir con ellos lo último de mi reserva de whisky. Los gatos giraban, no sé si inquietos o sólo curiosos,

alrededor del nuevo objeto. Cuando había terminado de disponer nuestros cuatro vasos sobre la mesa, y servido a cada uno su onza, a tientas, puse una mano sobre la maceta. Sondeé sus bordes, removí con mis uñas la tierra suelta. En su centro crecía un arbusto o un pequeño árbol seco —un naranjo muerto, por la textura del tronco central y el desparramo con que se repartían sus ramillas—. Toqué el recipiente primero con las palmas, luego con las yemas de los dedos. Supe casi de inmediato que no era cualquier maceta. Pude constatar, repasando sus relieves, que era mi maceta, la de las llamas verdes, junto a la cual había escrito todas las cosas buenas que escribí en mi juventud. Y si no era mi vieja maceta, era igual, y con eso bastaba. Me entusiasmé tanto que corrí a los putos yanquis a patadas. En un pedazo de papel que encontré sobre el refrigerador, empecé una carta como para un amigo muerto o quizás las notas para una novela.

Las vuelvo a leer hoy, ya con luz de día y una lupa. Lo único que logro descifrar:

«La novela estaría narrada en primera persona, por un árbol una mujer de rostro moreno y ojeras hondas que tal vez ya se haya muerto. La primera línea se la voy a robar a Emily Dickinson: Escuché el zumbido de una mosca al morirme».

*

Fue con Homer con quien desarrollé mi teoría de las muchas muertes. O quizá deba decir que fue él quien la propuso, y yo nomás la elaboré a su lado.

Lo que sucede es que la gente se muere muchas veces en una misma vida, estimado Sr. Owen.

¿Cómo así, Sr. Collyer?

La gente se muere, deja irresponsablemente un fantasma de sí mismo por ahí, y luego siguen viviendo, original y fantasma, cada uno por su cuenta.

¿Y cómo se puede saber quién es fantasma de quién?

A veces es fácil. El parecido físico, sobre todo de las orejas. ¿Ha usted oído hablar de un joven escritor, Samuel Beckett, que este año publicó su relato «Conjetura»?

Nunca.

¿Y del filósofo vienes que publicó hace unos años unas locuras sobre el lenguaje y la lógica, que había escrito en una trinchera de guerra?

Claro, Ludwig Wittgenstein, ése sí es famoso: «El mundo es todo lo que acaece». Pero tampoco lo he leído.

Bueno, no importa. El otro día mi hermano llegó a la casa con el periódico. Me leyó, como todos los días, la sección de sociales, la de cultura y la de política. En política aparecía una nota sobre Wittgenstein, y en cultura una sobre el muchacho Beckett. Me pareció que ambas notas hablaban de la misma persona. Le pregunté si había imágenes de ambos. Mi hermano confirmó mi sospecha: las mismitas orejas. Le dimos vueltas al asunto durante unas horas y estuvimos de acuerdo: entre esos dos, Ludwig es el fantasma y Samuel el original.

¿Pero no será más viejo Wittgenstein?

Eso no importa.

¿Cómo?

Carajo, Sr. Owen. ¿No que usted podía recordar el futuro?

*

Regañé al niño mediano porque escondió a la bebé en un cajón del refrigerador.

*

Los niños nunca vienen a Filadelfia. Ayer les envié una carta diciéndoles que papá estaba contento y reverdeciendo, y en el sobre metí una foto que me tomó una especie de alumno tonto de Marcel Duchamp donde salgo escondido detrás de mi maceta con su manojito de ramas secas; yo, nuevo romántico, gordo

y encorbatado, frente a mi escritorio de eterno papá burócrata
sin hijos en la costa este sin costa de este país sin sexo.

Los extraña aquí, Papá,
Gilberto.

(2 de enero de 1951).



La primera y última aparición pública de Los Ojetivicios fue, predeciblemente, un fracaso. Federico y yo nos buscamos un pasillo bien amplio del ferrocarril subterráneo. Llevábamos un banquito donde Federico se pararía mientras duraba la declamación. Él recitaría en español mientras yo enunciaba los versos en inglés, más quedito, a su lado. Llevábamos también una aspiradora Hoover que, como habíamos convenido, era el objeto en torno al cual giraba ese fragmento tan oscuro de «A». La pista para empezar sería que él señalara el botón de encendido de la Hoover y entonces:

Aquí le pica y dice,	<i>These, itching and saying,</i>
«hooveréanos,	<i>«behoover us,</i>
Despáchanos mica como cosas	<i>Dispose us least as things of</i>
del amor-alegre-anillo,	<i>love-happy-ring,</i>
Del bordecillo del whisky,	<i>From a whisky-brim to</i>
hasta la luz de infinitas	<i>the light of infinite</i>
langostas,	<i>locusts,</i>
Palma o hierbajoya, el	<i>Palm or jewelweed is</i>
acordeón y la foca.	<i>accordion to fuck-us.</i>
No nos conoce quien no nos	<i>No one really knows us who</i>
toca,	<i>does not touch us,</i>
El tiempo no nos convoca,	<i>Time does not move us, we</i>
somos amor-mar-anillo	<i>are a love-sea-ring</i>

Restos, membranas: sortija	<i>Remembranes: ring of</i>
de apariencias que nos	<i>guises which choke</i>
sofocan,	<i>us,</i>
Tan sordos como eternos, los	<i>So deaf as eternal, men</i>
hombres de las troikas».	<i>in troikas».</i>

Sucedió lo que más le pudo haber dolido a Federico: nadie ni siquiera se detuvo a vernos, por más que el españolet se había aprendido los versos de memoria y los recitaba con más afectación que un elefante en celo. Cuando me di cuenta de que nadie nos hacía caso, me senté en el suelo y me puse a leer —a hacer como que leía— atrás del banquito, y saboreé la carta que le escribiría a Salvador Novo describiéndole los pequeños espasmos musculares del cullet de su adorado andalú mientras se esforzaba con todo su cuerpo y todo su carisma por llamar la atención de la raza más inmovible del planeta. Gente perpendicular.

Federico tenía una virtud, o yo un defecto. O quizá era al revés. Él no le tenía miedo al ridículo y yo le tenía pavor. Siempre que hice el ridículo terminé dando explicaciones. Y no hay nada que me provoque más hastío que dar explicaciones. Me enredo, me tropiezo, me emboto.

Por eso no le dije nada a Federico cuando vi pasar frente a nosotros a la mujer del abrigo rojo cargando una silla de madera —esbelta y un poco frágil, como ella— y me paré del suelo como si me hubieran puesto un cohete en el culo. Abandoné ahí a Federico y la seguí por la estación hacia la calle. Pero cuando llegó a la escalera de la boca del metro, no subió, no salió a la calle. Se dio media vuelta. La saludé con una mano, pero creo que no me vio, porque siguió de largo y volvió a adentrarse en la estación.

*

¿Cómo está eso de recordar el futuro?, le pregunté un día a Homer mientras nos atascábamos de helado de chocolate con cocaína.

Eres un idiota, eso es lo que eres. (La expresión que utilizó fue *moron*, y como yo no conocía la palabra, la primera vez que la dijo no supe si era cumplido o reproche).

¿Cómo así?

¿No eras novelista, tú?

Escribí un par de novelas líricas, a ratos a la luz y a ratos a la sombra de André Gide.

Entonces eres un mal novelista, pero eres novelista.

Concedido.

Si te dedicas a escribir novelas, te dedicas a doblar el tiempo.

Creo que más bien se trata de congelar el tiempo sin detener el movimiento de las cosas, un poco como cuando uno va subido en un tren, viendo por la ventana.

Y también es normal que si eres novelista seas un idiota.

*

Paseaba poco, en esa ciudad donde todo el mundo pasea. Se me iba el día postrado frente a un escritorio, redactando oficios. Pero una tarde, mientras me comía mi sándwich en la cocineta del consulado, leí una noticia que me puso de tan buen humor que dejé todo como estaba y salí a la calle. Un joven esposo exigía al juez del tribunal de Newark un divorcio porque su novia no le había revelado hasta la misma noche de bodas que en vez de pierna derecha tenía una prótesis de madera. Él le había robado la pierna falsa como evidencia para su apelación, y ella lo había demandado por el robo. Hasta ahí llegaba la nota. Era una historia perfecta que pedía un final que tal vez hubiera escrito yo esa misma noche, si no fuera porque otra historia me distrajo de todo lo demás.

Salí del consulado general en ánimo autoliterario y me fui caminando por las callejuelas del sur de la ciudad un poco como ese personaje de Edgar Allan Poe que persigue las multitudes sin un propósito claro. Cruzando una esquina vi a una mujer. Era una de esas escandinavas que no ingresarían nunca

*prohibido
herencia*

a la clase pudiente de Los United, pero que justificaban todos los escupitajos de petróleo de transatlánticos lanzados al mar, todos los kilos de cemento vertidos sobre la isla de los pobres manhattoes, todas las hamburguesas grasosas, todos los escusados, las cucarachas, el léxico atropellado de los recién llegados que piden un *sunny-side-up* para desayunar. Yo creo que ésa fue la tercera vez que me morí.

Ha de haber ocurrido mientras cruzaba la avenida hacia la esquina donde ella estaba parada. Seguramente me arrolló uno de esos taxistas desquiciados. Después, terminé de cruzar y me paré junto a una farola, para verla más de cerca. Daba diez pasos en una dirección, se volteaba, y daba diez pasos en la otra. Punta talón, punta talón. Siempre diez. Tenía los pies huesudos, del color de la nata, apuntalados por unas sandalias oscuras con dos listones que le trepaban por unos tobillos finos y terminaban en un moño a media pantorrilla. Una sola de esas piernas valía más que todas las piernas de la isla, o del mundo. Si la pobre mujer coja que se iba a divorciar prematuramente hubiera tenido al menos una de esas piernas, su joven esposado no hubiera sentido que le daban gato por liebre y no hubiera pedido un divorcio. Me acerqué a ella y le puse la mano en el filo del hombro. Se volteó, no supe qué decir —aunque después le mentí a Villaurrutia en una carta: «Es una sueca y no estoy enamorado de ella, pero la tuve virgen».

La verdad era que Iselin no era ni virgen ni sueca. Era, para decirlo con elegancia, una noruega muy trabajadora. Pero caí como una piedra. Me enamoré como una piedra hubiera podido enamorarse de un pájaro. Esa tarde me llevó de la mano hasta un cuarto de hotel del Bowery y, como dirían los hombres, me tuvo virgen. Dejé de ser, como decían entonces, un pobre *cherry* y me sentí, con todo y mi metro 45 de altura, un pinche charro.

*

Mi marido ya no lee nada de lo que escribo, estoy segura. Ya no le importa, ya no importa.

*

Mi ex mujer quiere llevarse a los niños a Europa. Considera que es parte fundamental de la educación en un buen criollo codearse con gente más rubia y mejor vestida que uno. Lo que no sabe, lo que ni siquiera se imagina la Lagartona Mayor, es que lo único que va a lograr con ese viaje es sembrar en mis niños la semillita del autodesprecio. Consciente de que irse a malgastar su fortuna familiar en vestidos para cocteles que siempre terminarían con ella abriéndole las piernas a algún holgazán aficionado a susurrar versos de Mallarmé a las latinoamericanas adineradas le produciría algún tipo de culpa, le pedí que me prestara el departamento de Manhattan mientras estaba fuera. Creo que no es buena idea, Gilberto, me dijo, con esa mirada tan petulante de quien cree que es su obligación educar a su ex marido.



Nota: La tumba de Owen en Filadelfia no tiene epitafio. Su familia quiere mover los restos a El Rosario.

*

Son los fines de semana los que más me cuestan sin los niños. En los días laborales me preparo un café a las seis de la mañana, me lo bebo mientras tomo un baño, me visto con la paciencia y resignación con la que un padre viste a su hijo, cada botón un rito, las vueltas de la corbata, la pausa y media de las agujetas. Les dejo algo a los gatos, que se ha de comer más bien el fantasma porque nunca un ser vivo se comería una barra de jabón ni un litro de colonia. Voy a la oficina, salgo, me emborracho modestamente, solo o con algún colega, y regreso a la tiniebla de mi departamento lleno de cosas que van trayendo los fantasmas. Hoy, por ejemplo, apareció una bicicleta en la cocina y una torre de libros en el pretil de la

ventana. Y así todos los días. Algunas noches no alcanzo a quitarme el traje y duermo aferrado a una almohada de plumones hasta que vuelven a dar las seis de la mañana en mi reloj despertador y los putos yanquis llegan a lamerme los ojos.

Pero los sábados no tengo el asidero de la corbata ni la esperanza mentolada de la crema de afeitar. Creo además que ése es el día que sale a pasear el fantasma, porque no se escucha ningún ruido y la casa se siente más vacía que de costumbre. Yo salgo también, a comprar los periódicos, que por supuesto ya no puedo leer bien. Pero los acumulo en torres, como los hermanos Collyer, y pronto voy a hacer una muralla que parta el departamento en dos: ya tengo tres torres en la cocina, casi de mi estatura. Antes de regresar a casa, compro un café en la esquina y regreso dando pasitos cortos y lentos —punta talón, punta talón—, alargando lo más posible el retorno a ese mundo sin risas ni pleitos ni llantos de niño, deseando que al menos haya vuelto el fantasma de su caminata. Cuando llego, me acuesto en mi reposet y me pongo a acariciar a los tres gatos que se me echan encima como si fueran ellos los que necesitaran consuelo.

*

Regresé a la misma esquina a buscar a Iselin. No estaba. Volví dos, tres, cuatro veces. Sus compañeras de trabajo no quisieron darme ningún número telefónico, ningún domicilio: No te encariñes, niño. Al quinto intento la encontré en su esquina. Me la llevé a cenar en el Bowery. Después, ella me llevó al hotel. Ni remedio.

*

Me estoy encariñando con los tres gatos. Han resultado además tener un lado útil y muy solidario. Ya no les pongo ni colonia ni jabón, nomás les dejo mis restos de comida sobre la mesa y ellos llegan a lamer los platos. Los lamen tan bien, tan a fondo, que ya no es necesario lavarlos. Me ha dado por

acariciarlos todo el tiempo. Me gusta pasarles la mano de la punta de la cabeza a la punta de la cola.

*

Entra el mediano a mi recámara, donde estoy escribiendo:

Mira, mamá, ésta era nuestra casa.

Qué bonito.

No, no es muy bonito. Vino un dinosaurio muy fuertísimo y la casa se derrumbaba.

¿Y quién es éste?

Tú, que te quedabas abajo del techo que se cayó.

¿Y esto?

Eso nada más es un corazón que estaba ahí pintado.



Nota (Gilberto Owen a Celestino Gorostiza, el 18 de septiembre de 1928): «El paisaje y todas mis aspiraciones son ahora verticales. Estos hombres del Norte, místicos, sin muestra alguna de sensualidad de ojo por poro, son pobres místicos nomás. Nosotros nos movemos, despiertos, en un espacio efectivo, y amplio. Ellos en el tiempo. Nueva York es una teoría de ciudad construida sólo en función del tiempo, Manhattan es una hora, o un siglo, con la polilla de los *subways* barrenándola, comiéndosela segundo tras segundo».



Un día le pregunté a Z si alguna vez había visto a Ezra Pound. No, me dijo, pero le mandé unos poemas hace unos años y me los publicó. ¿Y qué me dirías si te digo que lo vi hace unos días en una estación del *subway*? Pues que seguramente él te habrá visto a ti también.

Supongo que la mujer morena me veía también. Tal vez me veía incluso cuando yo no alcanzaba a verla a ella; cuando

iba distraído con un libro, o me quedaba dormido hasta mi parada en la calle 116. Quizá ella también me buscaba a mí entre la multitud de subgüeyes y sólo sentía que su imbécil jor-nada había valido la pena después de haberme visto, aunque fuera en un destello.

*

Salgo de la cama sólo para hacerles de comer a los niños. Me miro las piernas, parecen dos trompas de elefante.

*

Iselin lo hacía como los hombres. Era mucho más alta y más fuerte que yo. Cuando entrábamos a un cuarto de hotel me arrojaba sobre la cama con tremenda violencia, me ordenaba quitarme la ropa —yo, siendo pequeño de constitución, aprendí pronto a ser sumiso—, y se abalanzaba sobre mi cuerpo desnudo con más aplomo que las tropas revolucionarias sobre una ciudad ya rendida. Cuando la tenía encima, henchida de los jugos previos al orgasmo, su rostro guardaba un leve pero inquietante parecido con el presidente Álvaro Obregón, que había muerto hacía unos meses, así que yo me cuadraba y casi siempre prefería cerrar los ojos en el instante del orgasmo.

*

¿Oiga, Sr. Collyer?

Dígame, Owen.

¿Usted tiene fantasma?

Varios.

¿Quiénes son, dónde viven?

Con todo respeto, querido Owen, a usted qué carajos le importa.

*

Consideré que un *speakeasy* era un lugar apropiado para ir con Iselin. Como la mayoría de los lugares de esa calaña habían cerrado definitivamente en el Bowery, donde ella casi siempre prefería verme, la cité en la boca del metro de la calle 125, cerca de mi casa. La esperé. Tarde, apareció vestida de *garçonne*, el pelo recogido adentro de un sombrero. A Manhattan se le empieza a ver desde el *subway*, me dijo mientras me daba un abrazo prieto más fraternal que prometedor. Los que la ven desde arriba, desde la torre del Woolworth, no ven nada, viven en una maqueta de ciudad. Iselin era como un Paul Morand al que se le perdonaban esa clase de observaciones nomás por el prodigio de sus piernas.

Fuimos a un tugurio de la calle 132. Se vendía ginebra. Estuvimos poco tiempo porque yo estaba seguro de que aparecería Nella Larsen y no me la quería encontrar. Pero bebimos rápido y bien. Después de la cuarta ronda, mi compañera le regaló su sombrero a un saxofonista y le dijo: *You're the cat's pajamas boy*. En ese momento no entendí la expresión, pero algo en mí entendió, y los celos me hirvieron la sangre. Bebí demasiado, le pegué al saxofonista con su instrumento, recuperé el sombrero y me morí de nuevo. No sé de qué ni me importó: desperté acostado en la azotea de mi edificio, la cabeza de Iselin apoyada en mi pecho, su sombrero de niño en la mía, mi mano acariciando su cabello liso desparramado sobre mi hombro. Creo que la quise de verdad.

Cuando se despertó y nos levantamos del piso para cruzar la azotea y bajar a desayunar, noté que el naranjo y su maceta tan horrible, que había abandonado ahí meses atrás, ya no estaban.



Nella Larsen era escritora. También era mulata y sueca. Reunía, como lo haría una paradoja que tuviera culo y piernas, las dos características que separaban a los Owenes de los Federicos de este mundo: lo sueco y lo negro, lo mío y lo suyo. Nella nos

invitó a una fiesta en su casa en el número 331 de la avenida Convent. Sólo he invitado a negros, pero tú, Federico (pronunciaba la d de Federico como si sostuviera una canica entre los dientes), eres suficientemente negro, y tú, Gilberto, tú pareces apache o suomi, y tienes la nariz más fea que un mulato promedio, ¿así son todos los mexicanos? Además, necesitamos un traductor para Federico. Le sonreí y dije, Gracias, Nella, y luego le expliqué a Federico: Que dice Nella que en su fiesta va a haber puros negros y que el único blanco vas a ser tú.

A Federico le enloquecían los dientes pequeños y perfectamente cuadrados de Nella, su puchero de niño, el labio superior un poco más oscuro que el inferior; a mí no sé qué me gustaba. Creo que, en el fondo, no me gustaba nada y hasta me caía mal. No quería ir a su convite, pero Federico estaba en plan de eterno recién llegado a la ciudad y me insistió. No sé por qué me prestaba a la tortura de las tertulias de Harlem a las que yo acompañaba a Federico como un chihuahua faldero, y en las que nunca fui más que una presencia remota que no sabía ni cantar ni bailar; sólo traducir y ladrar un poco.

Esa noche en casa de Nella hubo mucho whisky. Nos sentamos alrededor de una mesa chaparra, centro de sala. Federico me quedó lejos, del otro lado de la estancia, y yo no tenía con quién hablar. Me sirvieron un trago que sorbí en silencio hasta que entró por el arco que separaba la sala del comedor un hombre delgado, muy joven y muy moreno, a su manera amanerado. Ésta es una sorpresa que les traje, niños, anunció Nella, y todos se callaron. Me volteó a ver, sonrisa de media luna: Una joyita mexicana, Gilberto, que he traído sólo para ti.

Los invitados reanudaron conversaciones, indiferentes, y el joven se vino a sentar a mi lado, casi sobre mi regazo, y me estrechó una mano huanga: José Limón, pintor y bailarín. ¿Pintor o bailarín?, le dije, y enseguida me caí mal yo mismo. Las cosas que pienso nunca las he podido decir en el tono en que las imagino antes de enunciarlas. Creo que tiene que ver con que tengo mal oído. Por eso siempre he sido mal bailarín y nunca he aprendido a tocar un instrumento. Me

pasa con las canciones: las oigo perfectamente en la cabeza y luego no las sé tararear. Y creo que la elocuencia al hablar se reduce a eso mismo: saber decir las cosas en el tono exacto en que uno las imagina. Limón parecía un muchacho decente. Más bailarín, me dijo, con una sonrisa amplia, explicativa.

José Limón era de Sinaloa, como yo, y también había salido de ahí muy niño. Tenía un modo afectado de contar su historia; estaba lleno de confianza, como si supiera prematuramente que la suya era una trayectoria y no una vida nomás; un tren que salió de Sinaloa para llegar a algún lugar. Hay personas que saben contar su vida como una secuencia de eventos que conducen a un destino. Si les das una pluma, te escriben una novela aburridísima donde cada línea está ahí por un motivo: todo engarza, como en una cobija asfixiante. Pero si les callas la boca y los pones a bailar o a pintar, les acabas perdonando la fealdad, la cara de tontería, la arrogancia sin límites de niño superdotado.

Federico se puso a tocar una española en el piano. Los invitados se entusiasmaron y se quitaron los sacos. Yo me achiqué. Nella cantó un poco, doblando las letras de un blues que evidentemente todos conocían, para hacerlas caber en la copa abierta que ofrecía Federico, otro autista superdotado, empeñado ahora en complacer a una bola de yanquis; negros pero yanquis al fin. Yo me achiqué más: un chihuahua entre mastines. El niño Limón se levantó del piso, seguramente envalentonado por los tragos y la euforia de los demás, y se fue a parar cerca del piano. Cuando Federico terminó la última pasada, le dijo algo al oído. El español le devolvió una sonrisa y empezó a tocar un vals.

Limón se puso a bailar, o algo así, y Federico siguió. Los invitados se apartaron, formaron un semicírculo en torno a ellos; los observaban, un poco como se observa a una familia de cangrejos tropicales en una pecera. Limón movía el torso y los brazos como si fueran partes independientes de un péndulo. Alzaba las piernas más allá de la cabeza, se anticipaba a la

música para volver a caer en el compás justo. Había algo de virtuosismo triste en ese cuerpo compacto, delgado, moreno, negociando caídas y suspensiones con la vida y la muerte. Federico —era evidente— estaba dejando la boca y el alma entre las piernas de Limón.

Yo estaba francamente conmovido, cuando comenzaron a brotar algunas risas entre los invitados. Primero tímidas vibraciones de lenguas, después dientes y trompetillas de labios, luego vientres, pectorales, cuerpos enteros languideciendo en la estridencia de una carcajada que se prolongaba más allá de esa casa, más allá de esa noche de jaurías.

Es devastador el efecto de la risa: capaz de destruir cualquier cosa que se pronuncie sincera, de darle la vuelta y mostrar su lado ridículo. Aparté la vista hacia la ventana, la ciudad y sus luces, la oscuridad que rodea a cada esfera de luz artificial. Federico siguió tocando hasta el final y Limón siguió bailando. Cuando terminaron, yo aplaudí febrilmente y los demás se pusieron a bailar lo suyo, con Nella otra vez al piano. Limón desapareció, como hacen los fantasmas o los valientes; yo me quedé en mi lugar en el piso, viendo bailar a los demás, aplaudiendo obediente al final de cada canción, hasta que amaneció y Federico me sacó de ahí.

¿De veras no me crees que veo a mis fantasmas futuros en el subway, maricón? le pregunté a Federico camino a casa. La avenida Broadway, sus charcos como grandes monedas de plata, el cielo casi siempre triste y un poco tonto del amanecer en esa ciudad.

Ya te creo, Gilberto, ya te creo: hoy vimos bailar a mi fantasma.

Un poco borracho y con esa sensibilidad como sudamericana que se le pega a uno con los demasiados tragos, lo abracé y le dije que lo quería de verdad y que ojalá un día también fuéramos fantasmas del subway, que así por lo menos nos salvaríamos de vagón a vagón por el resto de la eternidad. Dios nos libre, me respondió.

*

Una novela vertical, contada horizontalmente. Una historia que se tiene que ver desde abajo, como Manhattan desde el subway.

*

Tal vez lo último que pierde un hombre es el vigor. Después, cuando eso también se ha perdido, un hombre se convierte en un depositario de huesos y rencores. En otro tiempo, yo era una persona llena de vigor, capaz de tomar a una prostituta noruega de la mano y correr por una calle de Harlem, subirla a mi azotea, subirle la falda. También a Iselin se le empezaba a ver desde abajo. A veces, le pedía que se parara sobre la cama y me quedaba tendido debajo de ella, viendo nomás.



Ya entendí lo de recordar el futuro.

Lo felicito, Owen.

Conocí hace unos meses a una prostituta, y el otro día estuvimos en mi azotea en plan de novios y le estuve acariciando la cabeza hasta que salió el sol.

Dobles felicidades, dormir con una prostituta.

De algún modo supe que en un futuro recordaría ese instante y sabría que fue el único que justificaría todas mis historias de amor, y que todas las demás mujeres serían para mí un intento por volver a esa azotea, con esa mujer.

Creo que usted no ha entendido nada sobre nada.

*

Como una forma de reciprocidad, supongo, Federico nos convocó a mí y a Z al mismo lugar, para escuchar unos versos que

había estado puliendo en esos días. Imaginé que serían una versión a la vez simplificada y exagerada de otro fragmento que nos había leído Z sobre las calles de Manhattan. Hasta entonces, Federico venía escribiendo poemas aniñados sobre su soledad en el barrio de la Universidad de Columbia y su admiración un poco condescendiente hacia los negros. Quería que yo tradujera partes al vuelo. Yo obedecería, un poco apenado, o quizás un poco alentado por la idea de bajarle las calcetas al españolet y desnudar el mecanismo de sus versos que, según mi percepción, serían siempre menos ricos que los del yanqui. Pero Federico leyó unos versos proféticos, brutales, hermosos, sobre un vals vienés. Había un museo de la escarcha, un salón con mil ventanas, y un bosque de palomas disecadas. No recuerdo mucho más. «Fotografías y azucenas», terminaba un verso que yo hubiera querido escribir.

*

Unos meses antes de irme de Manhattan le mandé a Novo mi «Autorretrato o del subway», que llevaba meses cortando y editando, como con Pound y Z y Federico a mis espaldas:

Viento nomás pero corregido en cauces de flauta
con el pecado de nombrar quemándome hijo en un hilo de mis
ojos suspenso
adiós alta flor sin miedo y sin tacha condenada a la Geografía
y a un litoral con sexo tú vertical pura inhumana
adiós Manhattan abstracción roída de tiempo y de mi prisa
irremediable
caer
fantasma anochecido de aquel río que se soñaba encontrado en
un solo cauce
volver en la caída noche al sube y baja del Niágara
qué David tira la piedra de aire y esconde la honda
y no hay al frente una frente que nos justifique habitantes de
un eco en sueños

sino un sonámbulo ángel relojero que nos despierta en la
estación precisa
adiós sensual sueño sensual Teología al sur del sueño
hay cosas ay que nos duele saber sin los sentidos

*

Llegó una invitación al consulado. José Limón y compañía presentan el ballet The Moore's Pavane, con música de Purcell. Se presentan en el auditorio Robin Hood Dell de Filadelfia. En mi calidad de representante de México de algún tipo, se espera de mí que vaya a esa clase de eventos, aun estando más ciego que una langosta. Me acordaba bien del niño Limón, que había fracasado magistralmente en un departamento de Nueva York, luego desaparecido durante tantos años, y que ahora resultaba ser una estrella de la danza moderna. Y la verdad, me daba mucho gusto.

Nos mandaron dos boletos, así que me acompañó la secretaria del consulado: una gordita muy oaxaqueña a la que no le paraba la lengua nunca. Se apagaron las luces y se encendió un solo foco, un punto luminoso en el centro exacto del escenario. Mi acompañante me empezó a narrar al oído (la boca le olía un poco a lechuga pasada): Ahorita ya están ahí los cuatro bailarines con las manos enlazadas, dos hombres y dos mujeres, con un cuerpazo los cuatro, haciendo un círculo. Los dos hombres levantan la pierna muy alto y luego las mujeres. Precioso.

La interrumpí: No me tiene que contar cada cosa, Chela, sólo dígame lo más importante y si quiere yo me imagino el resto.

Está bien, licenciado. Ahorita sacaron un pañuelito muy mono y se lo van pasando. Yo le aviso cuando pase algo.

Otra vez levantan las piernas altísimo. Ay no, perdón, eso mejor usted se lo imagina solo.

Como que se van coqueteando unos y luego otros, pero no se entiende bien quién es pareja de quién.

Después de un silencio más que largo, volvió a narrar Chela: Esto sí es importante porque no se lo va a poder imaginar

usted; los dos hombres se acaban de caer al piso pero ni sonó la caída, como si pesaran lo mismo que una pluma. Impresionante.

Las cuatro figuras que se alternaban en el escenario eran, por lo que pude deducir, los cuatro personajes de *Otelo*. Las cuatro figuras espectrales, me pareció, eran mucho más parecidas a mí que las secretarias del consulado, que la dueña del supermercado en donde compraba mi alacena semanal, los conductores de los trenes, los carteros, los peluqueros, que mis hijos y su madre en alguna ciudad de Europa. Supongo que, de algún modo, yo me había pasado la vida bailando alrededor de un pañuelito.

La función fue un éxito. Al salir del teatro, un periodista nos tomó una foto a mí, a Limón y a dos de los bailarines. Yo tomé al niño Limón del brazo y puse mi mejor sonrisa. También se coló la secretaria, que se plantó en medio de los dos bailarines y dijo «chis».

*

Los finales amorosos nunca son épicos. Nadie se muere, nadie desaparece de veras, nada termina de terminar nunca. Pero yo sí me muero y la gente sí desaparece. Mi historia de amor con la noruega termina así: el 29 de octubre de 1929 Iselin y yo nos despertamos en el hotel Astor del Bowery y prendimos la radio. Sonaba la canción de Gutty Cárdenas «Peregrino de amor», que había hecho verano y que seguía sonando en las radios niuyorquinas. Yo prendí un cigarro y le dije a Iselin: Gutty Cárdenas de seguro es de Sinaloa. Iselin no sabía ni dónde quedaba la ciudad de México. Ella quería escuchar las noticias. Los noticieros llevaban algunos días obsesionados con la bolsa de valores y su caída inminente. Yo quería llorar en paz: por Gutty Cárdenas, por lo que fuera. Me iban a reasignar a Detroit, y yo ni siquiera sabía dónde quedaba eso en el mapa de Los United. Iselin insistió. Giramos la perilla hasta pescar a un *reporter*. A unas cuadras del hotel, según narraba

la voz incorpórea, empezaba el final. Basta, Iselin, le dije, y busqué otra vez la estación de música en español. Pero Iselin siempre ganaba: Vamos, vamos a ver qué está pasando en la calle, Gilberto.

Las calles del Bowery estaban vacías. Pero a medida que nos acercábamos al Distrito Financiero, empezamos a escuchar un zumbido desesperado, como de cientos de abejas enloquecidas. Había gente caminando aprisa, como todos los días, pero ahora todos se parecían un poco a esas sombras de personas que yo veía de tanto en tanto en las entrañas de la ciudad.

Al acercarnos al edificio de la bolsa, Iselin me señaló el cielo: había un hombre, inclinado sobre una ventana. En ese mismo momento lo vimos saltar. O, tal vez, sólo soltarse, dejarse ir. El cuerpo cayó lento, primero —casi un pájaro, suspendido en vuelo—. Pero antes de que pudiéramos bajar la vista, ya había un sombrero rodando hacia nuestros pies, un zapato clavado entre los respiraderos de una cloaca, una pierna separada del resto del cuerpo, la cabeza pelirroja despedazada contra la banqueta. Iselin me tomó del brazo y hundió la cara contra mi hombro. Lento, seguimos caminando para alejarnos lo más posible de la multitud, que ya formaba un círculo en torno al caído.

Entonces vi a Federico. Estaba sentado en el filo de una banqueta, eufórico, con un cuaderno entre las manos, tomando notas. Nos acercamos.

¿Qué puedes estar escribiendo ahorita, Federico?, le pregunté.

Alzó la vista como un autómata.

No he podido escribir nada, colega, sólo una línea: «Murmullos en el Distrito Financiero...».

¿Y entonces qué haces aquí?

Pues según yo me había tirado del último piso de ese edificio, pero parece que aluciné porque aquí estoy, hablando contigo.

Te quiero presentar a Iselin.

¿A quién?

A Iselin.

¿De qué estás hablando, machito? ¿Ya estás viendo a tus subgüeyes otra vez?

*

Para la cena hay tamales dulces. El padre de los niños está arriba viendo la televisión, mientras los niños me hacen compañía en la cocina. La bebé juega con una olla en su silla alta. El niño mediano me ayuda a poner la mesa (tres manteles individuales, plato grande, plato chico, tenedor, cuchillo, dos vasos de vidrio, uno de plástico).

Si quieres yo ya puedo tomar en el vaso de vidrio, me dice, y por primera vez le dejo usar un vaso adulto.

La bebé le está dando a la olla con una cuchara cuando empezamos a sentirlo. Quizás, primero, sólo algo como un presentimiento, un mareo ligerísimo. Después, el estremecimiento interior, y luego exterior, de los objetos. Nos volteamos a ver, como para confirmar lo que todos estamos presenciando. Tiembla. Todo tiembla, la casa cruje, los vasos caen desde las repisas y se quiebran en tantos pedazos que la luz del único foco se multiplica una y otra vez por toda la cocina. De algún modo, el espectáculo de luces es bellissimo. La bebé se ríe. Escuchamos los libros caer en la sala, primero unos pocos y después en carata. Y después nada. Una quietud que no conocíamos.

Saco a la bebé de su silla y los tres nos metemos debajo de la mesa. Se va la luz. Nos quedamos abrazados ahí, debajo de la mesa puesta, mirando en silencio la flama prendida de la estufa, donde se siguen calentando los tamales.

Contra la luz del fuego, vemos pasar la silueta de una cucaracha de Madagascar.

Pa-pá, dice la bebé.

Es lo único que sabe decir. Tiembla de nuevo; esta vez, más fuerte.

Pa-pá, dice la bebé, y suelta una carcajada.

*

Hoy se fueron los niños a Europa con su mamá. Fue un día ajetreando así que no tuve tiempo de llamarles para despedirme. Expedí cuatro pasaportes y otorgué nueve permisos de turista. También recibí un sobre donde venía la foto de la noche del ballet del Moro. La estudié con una lupa. Yo simplemente no aparecía. No era que me hubiera cortado el lente de la cámara.

En vez de mi cuerpo había una sombra, un espacio que sonreía al vacío. Marqué la sombra con una X y fui a enseñarle la foto a Chela, para ver cuál era su diagnóstico. Se estaba limando las uñas en su escritorio —hace un ruido insoportable, como de jis rayando un pizarrón.

¿Usted me puede ver, Chela?

Faltaba más, licenciado, aquí lo tengo enfrente.

No, aquí, en esta foto.

Ay que bonita. No, usted no está.

Pero yo sí estaba ahí parado cuando la tomaron, ¿cierto?

Mire qué pasada de peso me veo junto al Sr. José Limón.



En cuanto estamos seguros de que ha dejado de temblar, salimos de debajo de la mesa de la cocina y enfilamos hacia la puerta de la casa, por el pasillo. No abre. Tampoco podemos subir al segundo piso, donde estará mi marido. No lo escuchamos. Tal vez no esté ahí. Tal vez nunca estuvo. Regresamos a la cocina. Cargo a la bebé en un brazo y le doy la mano libre al niño mediano.

*

Salí de la oficina más temprano y pasé a un estudio fotográfico para hacerme un retrato, nomás para ver si los demás sí me ven y por supuesto para mandarles la foto a los niños una vez que su madre me llame y me dé una dirección. La dueña del estudio

me sienta en un banquito, lo ajusta a mi altura, y me da a escoger entre un fondo italiano, uno suizo o uno tropical. Escojo el italiano, aunque la verdad me da igual. Hacen primer intento y un segundo. Vuelve a ajustar la altura del banquito. Hace un tercer intento. Cambia la pantalla de fondo. Al cuarto intento se disculpa conmigo. No le puedo hacer su retrato, señor, algo le pasa a nuestro equipo. Vuelva en unos días.

*

Tenemos acceso sólo a la cocina y a la sala. Rumiamos, como arqueólogos o buzos, en busca de algo —cada vez estamos menos seguros de qué.

*

Después del fallido viaje al estudio fotográfico pasé por el supermercado y compré un paquete de galletas, un bote de leche para los gatos y un whisky. Pensé que Fitzgerald se habría comprado un whiskey, con «e». Yo no preparé ninguna maleta ni me fui a ningún lado. Él preparó una maleta y se fue, conduciendo un auto descapotable. Yo caminé hasta mi casa. Es fácil suponer que, tras horas de conducir por la despiadada monotonía de los *highways*, se detuvo en algún lugar, cualquier lugar. Un motel. Con el dinero que tenía, se compró una porción de carne cocida, manzanas, un paquete de galletas, una botella. Se encerró en un cuarto de hotel. Sabía que había desarrollado una actitud triste hacia la tristeza, una actitud melancólica hacia la melancolía y una actitud trágica hacia la tragedia.

*

Entramos a la sala. El piso está cubierto de libros y objetos. Deposito a la bebé en el piso, la dejo gatear entre el escombros.

*

Entro a mi casa y le doy dos vueltas al cerrojo. Los tres gatos se me enredan entre las piernas, alternándose. Me siento en la mesa de la cocina, saco dos hielos, vierto el whisky y abro el empaque de galletas. Junto a mí, abro la comida para gatos y los tres se acercan a lamer la lata con asco. La botella se me derrama sobre la mesa, saltan, despavoridos, y luego regresan para lamer el charco. Fitzgerald tuvo un presentimiento: había que entender algo, algo que quizá fuera la punzada tardía de un golpe, el dolor reflejo de uno de esos embates lentos pero rotundos que no vienen de fuera ni se pueden prevenir. Me como una galleta y otra y no dejo de masticar hasta que formo una bolita de masa, avalancha que se remoja y crece con cada trago de whisky. Fitzgerald advirtió muy temprano la desintegración inevitable y ensayó demasiado prematuramente su eventual y definitivo colapso. Yo quizá me tardé demasiado. La pelotita crece. Supo también que el único remedio era seguir escribiendo. ¿Pero qué carajos voy a escribir yo? Sé que quiero escribir una novela que sucede en una casona en la ciudad de México y en el Nueva York de mi juventud. Todos los personajes están muertos, o afantasmados, pero no lo saben. Me contó Salvador Novo que hay un joven escritor en México que está haciendo algo parecido. Me meto otra galleta a la boca, la última del paquete, y le llamo por teléfono a los niños, que ya no contestan. Tengo el paladar escaldado, escribo unas notas junto a mi naranjo.

*Ayer a tuenter
Pedro Pádamo - Zulo*

El niño mediano juega a las escondidillas en esta casa enorme llena de hoyos. Es una versión distinta del juego. Hay que encontrar a su papá.

¿Sabes qué fue lo que pasó, mamá?

¿Qué?

Que la casa se hizo más más grande y papá se hizo más chiquito y hay que encontrarlo y guardarlo en un frasco, como una araña, o una cucarachita.

*INSCRITA EN 136
(ZULO - FORTER) PERO 'EXCÉNTRICA'
(NANCY) LEU PU YUPIO A GIVEMAN*

*

De entre las ramas secas del naranjo encima de la mesa cae una hoja de papel, pequeña y cuadrada. Tomo mi lupa y con trabajo leo:

Nota (Owen a José Rojas Garcidueñas, Filadelfia, 1951): «Puede ser que sea mi último libro. Se va a llamar, con un título que nadie ha empleado en este siglo, *La danza de la muerte*. Yo tuve amigos, en la Edad Media, que me enseñaron cómo debe escribirse. Ellos lo hacían bastante bien. Pero yo me quemo mucho más cuando escribo».

No recuerdo haber escrito yo eso. Pero sí es cierto que me quemo cuando escribo.

*

Jugamos. Buscamos a mi marido en la sala. Encontramos algunas cosas entre la pedacería: un Buzz Lightyear, una mordedera refrigerable, un brontosaurio espumoso, una sonaja. No encontramos a mi marido. Encontramos, entre los libros caídos, uno de mis viejos *post-its* de notas sobre Gilberto Owen.

Nota: De niño, Owen poseía «los seis sentidos mágicos». Vaticinaba temblores. Los médicos de El Rosario sugirieron abrirle la cabeza.

Imposibilidad

*

Si sí escribiera esa novela, llevaría un epígrafe de Emily Dickinson:

Presentiment —is that long Shadow— on the Lawn
Indicative that Suns go down—
The Notice to the startled Grass,
That Darkness —is about to pass—.

muerto.

*

Nota: Después de la recomendación de los médicos sinaloenses, y algunas amenazas de movimientos revolucionarios en el norte, la familia de Owen se mudó a Toluca.

*

La narradora de la novela tiene que ser una especie de Emily Dickinson. Una mujer que se queda para siempre encerrada en una casa, o en un vagón de metro, da lo mismo, hablando con sus fantasmas.

Owen

*

Yo creo que Consincara ya se mudó a Toluca.

¿Por qué dices eso? ¿Por qué Toluca?

Porque yo creo que si estuviera aquí nos ayudaría.

*

Un día la narradora se roba una maceta con un arbolito muerto de la casa de un vecino y empieza a escribir una novela sobre lo que ve esa planta desde una esquina de su departamento. La planta empezaría a dominar la voz de la narradora hasta suprimirla por completo. El árbol muerto narra desde una esquina, a un lado de la entrada, donde se ve la cocina, la pequeña sala-comedor, y parte de la recámara. Le gusta ver a la mujer desnudarse por las noches en su cuarto antes de pasar al baño: ve la estela enmarañada de su pubis cuando pasa y entra, y luego estudia el contorno de sus nalgas cuando sale y se mete al cuarto.

*

¿Ayudarnos a qué?

No sé, a encontrar insectos, a comer cereal, a ir al baño.

*

Me levanto de la mesa de la cocina y voy al baño para orinar. Puedo reportar, con el máximo grado de seguridad que le está concedida a un hombre en mis circunstancias, que ahora sí ya me quedé rotunda y absolutamente ciego. Pensé que, gracias a que todo este proceso ha estado edulcorado con la concesión de la gradualidad, la blancura definitiva sería más o menos fácil —que incluso significaría un descanso de los confusos claroscuros de los últimos meses—. Pero la ceguera no es lo que yo esperaba. Me parece que las cosas están otra vez volviendo a aparecer, mientras yo desaparezco.

Enciendo la luz del baño. Hace tiempo que la luz eléctrica hace poca diferencia y más bien sirve, como escribía ese infecto filósofo alemán, para iluminar mi casi completa ignorancia del mundo. Pero en esta ocasión, sucede lo contrario —o tal vez, más inquietantemente, lo contrario de lo contrario—. Prendo la luz y veo mi baño completo, el piso tapizado de caca de gato, las botellas semivacias de productos higiénicos tiradas, rollos de papel de baño a medio terminar formando una pirámide junto al escusado, una botella de whisky en el lavadero, una enredadera entrando por la ventanilla que ventila el minúsculo espacio de la tina. En el aire pesado, una veintena de moscas, o tal vez mosquitos, zumban.

Miro hacia el espejo para situarme a mí mismo en medio de ese escenario de pesadilla. Pero yo no estoy. En vez de mi rostro, está el de Nella Larsen, mulata cochina. De modo que mi teoría era correcta. Ésta es mi ceguera. Éste es mi infierno. Apago la luz y efectuo mi modesto ritual de higiene a sinciegas y sin mí.

*

¿Y a dónde se habrá ido Consincara?

No sé. Tal vez esté encima de la casa. O tal vez se fue a Filadelfia con papá.

Papá no está en Filadelfia, mi amor.
Pa-pá, dice la bebé.



Hago unas gárgaras frente al espejo del baño. Soy una sombra, con la mueca mortecina de mí incrustada en el hueco donde estaba mi cara. Soy un sinciego consin cara. No es que me esté quedando ciego; me estoy borrando. Mi cara ya no termina en un contorno; se extiende hacia la enmarcadura del espejo que me contiene, como un vaso a punto de derramarse, al contrario del antihombre del poema que por fin terminó Gorostiza: «sitiado en mi epidermis». Qué palabra tan obscenamente clínica, epidermis. ¿Por qué no piel? ¿Por qué no pellejo?

Las gárgaras me producen náusea. Vomito en el lavabo. Si los niños me vieran dirían que soy el enano vomitante.

*

Los niños y yo deambulamos como tres gatos por rincones oscuros, recogiendo cosas que se cayeron, que se caen y se siguen cayendo. La bebé gatea por el piso tapizado de libros.

*

Uno de los gatos, posiblemente Cantos, mi favorito, me está esperando afuera del baño. Me conmueve. Es como si se diera cuenta de que me pasa algo, el muy gato. Sabe que estoy teniendo un mal día. Él sí me ve, estoy seguro. Lo acaricio, recorro su lomo con la palma de mi mano. Pero cuando llego a la altura de la cola, la cola no está. ¿Se quedó sin cola? ¿Se habrá metido en una riña con los otros dos peludos? Cabrones abusivos. Ahorita mismo me los sueño.

*

Mamá, dice el mediano señalando por la ventana de la sala, mira eso.

¿Qué, hijo?

¡Un gatito sin cola!

Es una visión inquietante. En efecto, en el patio hay un gato sin cola. Me llevo a los niños de vuelta a la cocina.



Al cruzar la sala para regresar a la cocina, Cantos perchado sobre mi lomo, veo a Ezra Pound, tumbado sobre mi reposet, tomando notas en una libreta. Encima de su cabeza, vuelan moscas en círculos perfectos, formando una especie de vórtice. Está concentradísimo en su labor, y yo no quiero interrumpirlo —no vaya a ser que por mi culpa se le escape un verso importante. Cruzo la sala en silencio, hacia la puerta de la cocina.

*

Ya no vamos a salir de la cocina, le digo al mediano. Es demasiado peligroso. Si vuelve a temblar se nos pueden caer cosas encima.

¿Cómo que si vuelve a temblar?, replica el mediano.

*

De vuelta en la cocina, me sirvo un dedo más de whisky y busco debajo de la mesa a The y a Paterson. Ahí están los cobardes. Los palpo, les busco la cola. Nada. ¿Cómo se quedan tres gatos sin cola? Ni siquiera un rabillo, una cicatriz, nada. Sólo un cullet redondo y peludo ahí donde antes había un cola.

Empiezo una carta para mis niños, que no tengo a dónde enviar porque su madre nunca me dice en qué ciudad están. «Si les dicen que me morí, niños, es mentira. Los doctores dicen que me estoy quedando ciego. Pero tampoco es cierto: lo

que pasa es que me estoy borrando, pero ustedes siempre me van a poder ver. Lo que sí, es que estoy panzón. Vivo con tres gatos sin cola que les caerían muy bien».

*

Hay cucarachas en la cocina. No sé qué pasó, pero están por todos lados. Quizás se murieron los sapos del vecino en el temblor y las cucarachas se reprodujeron. El niño mediano y yo las pisamos con las suelas de nuestros zapatos. A la bebé le divierte muchísimo la zapateada.

*

Si pudiera hablar en este instante con Homer, le diría:

¿Le puedo hacer una pregunta, Homer?

Dígame, Owen.

¿Las palabras se van desvaneciendo también?

¿A qué se refiere?

Si usted lleva diez años sin ver un árbol, ¿tiene sentido la palabra «árbol»?

¿Cuánto tiempo lleva usted sin acostarse con una mujer?

Un rato.

¿Y ya no se acuerda?

¿De qué?

Pues de cómo.

No, sí.

Pues es igual.

*

El niño mediano dice que si le cortas la cabeza a una cucaracha, sigue viva durante dos semanas.

*

Creo que hubiera preferido nomás quedarme ciego. Desaparecer, borrar me así sin más, no me parece la mejor manera de terminar mis días. Pero sobre todo: ya estaba yo muy hallado con no tener que ver nada ni a nadie. Y ahora resulta que se me aparece Nella en el baño, Pound en mi reposet. Hace rato me pareció escuchar, clarísima, la voz un poco nasal de Guty Cárdenas cantando «Un rayito de sol».

*

Por fin terminamos de matar a todas las cucarachas. Le digo al mediano que se meta debajo de la mesa. Vamos a dormir ahí, le digo, vamos a hacer una camita.

*

Alguien llama a la puerta. Me paro, salgo de la cocina y camino a la entrada. Cuando comienzo a abrir la puerta escucho un estruendo como de sapos que suben y bajan por las escaleras del edificio. Me da un ataque de algo: las dos piernas se me ponen tiesas como columnas de un Partenón y un temblor me empieza a sacudir las manos. Cierro la puerta con doble candado y me encamino a mi cuarto, deslizando una mano por la pared de periódico que ya cubre casi completamente la pared izquierda del pasillo (la del lado derecho estaba ocupada por un librero).

*

¿Por qué tenemos que dormir debajo de la mesa, Mamá? ¿Por qué no mejor encima?

Es peligroso. Vamos a dormir debajo.

¿Como gatitos?

Sí, como tres gatitos.

*

*gatitos de
Owen*

Entro a mi cuarto y ahí está Federico rasurándose las piernas al pie de la cama, sentado en mi buró. A su lado, sentado en mi mesa, está Z limpiando sus anteojos. Prefiero no decir nada —me educaron en la creencia de que siempre es mejor no hacer olas, aunque mi primer instinto es decirle a Federico que ya era hora de que se quitara tanto pelo de las pantorrillas—. Regreso a la cocina, me sirvo un vaso de agua con tantito whisky y me lo paso de un trago. Los tres gatos siguen debajo de la mesa. Tal vez me puedo acostar un rato encima de la mesa, acá junto al naranjo, dormir un rato o no más pensar.



Trato de dormir un rato, debajo de la mesa de la cocina, con los dos niños pegados a mi cuerpo.

Nos da miedo la oscuridad porque las cucarachas salen a pasear y no las vemos. Me despierta el sonido de sus patitas, raspando contra el cemento o el metal del fregadero. Les cubro los oídos, para que las cucarachas no se les metan por las orejas, para que no se les metan en los sueños.

¿Qué es ese ruido, mamá?

No es nada.

*

Me quito el saco, lo hago bola para formar una almohada y me subo a la mesa.

*

Yo creo que son las cucarachas, mamá.

O es tu papá.

*

Tumbado sobre la mesa, los ojos abiertos como platos, oigo un zumbido de un mosquito que se transforma en la sirena distante de una ambulancia que nunca termina de acercarse y vuelve a ser un mosquito y vuelve a ser una sirena. Me pregunto si éste va a ser mi último asidero en el mundo: un efecto Doppler que no culmina en nada, que no termina nunca. Sudo, me doy media vuelta sobre mi costado.

Por la puerta, entra William Carlos Williams:

Llevo todo el día recibiendo niños en ambulancias. ¿Por qué las mujeres ya no paren en los hospitales?

No sé.

Si me lo permites, Gilberto, voy a lavarme las manos aquí en el fregadero.

Adelante, William. ¿O te llamas Carlos?

Me cubro el rostro con el saco y trato de dormir un poco.

*

No, son las moscas. Y los mosquitos. De día están en la regadera y de noche nos pican.

*

Me descubro el rostro y le digo a William Carlos, que ya terminó de lavarse las manos y me mira, parado al pie de la mesa, como un cirujano a punto de empezar una operación.

¿Qué tal este verso?: *Mosca muerta canción del no ver nada, del nada oír, que nada es.*

No está mal. Es como de Dickinson.

Sale de la cocina. Me vuelvo a cubrir el rostro. Siguen zumbando los mosquitos o las moscas.

*

Sadness

La bebé se despierta y se pone a llorar. Entre su hermano y yo la consolamos.

¿Por qué no le cantamos, Mamá?



Here's one

La casa caída, los niños enfermos, papá enojado, mamá llorando... ¡Jesús, qué cuidado!



¡Encontrado!

4 burras: colinas mlt. frequentes
em bndes 2-3m, 4-5m, 6-7m
Vergues 1-2m, 3-4m, 5-6m
floradas
calmo, indigen
to

Graviflora (fritia) fura de acaia
que se produce entre mltos olo-
los de mata (New 100)

A > mata, mltos fura de acaia;
po o the fura, e mltos acaia
entre os objetos, > fura de
a fura